

***SOBRE UNA POSIBILIDAD
TEÓRICA Y DE LA LUCHA POR
LA DICTADURA DEL
PROLETARIADO***

Stéphane Just

(Agosto de 1979; publicado en *La Vérité*, n° 588, septiembre de 1979, páginas 207-295)

Índice

<i>Introducción</i>	3
<i>Una posibilidad teórica planteada por el Programa de Transición</i>	3
1 Primeros ejemplos: Yugoslavia, Albania, China.....	6
Cambios en profundidad.....	8
Estados obreros burocráticos desde su origen	10
China: descomposición de las relaciones fundamentales; el PCCh toma el poder	11
2. Indochina, otro ejemplo	13
La guerra y la política del PCV	14
La revolución en el Norte	17
La revolución en el Sur.....	19
La revolución en marcha	20
Una apreciación sobre la política del PCV y la revolución.....	22
La convención del 6 de marzo de 1946	24
Consecuencias ineluctables	25
Derrota del imperialismo francés	26
Derrota del imperialismo USA: el GRP en Saigón	27
“Excelentes acuerdos”... no morirán todos.....	29
Fracaso de los acuerdos de París	30
Hundimiento del aparato comprador	31
Lo que ha intentado el imperialismo USA	32
El PCV en el poder en el Sur.....	33
3. El caso particular de Europa del Este	34
Hundimiento del imperialismo alemán, crac de la sociedad burguesa, papel del Kremlin.....	34
El capitalismo desmantelado	37
Radical cambio económico y social en el campo	38
La burocracia del Kremlin se levanta contra la revolución proletaria.....	43
La burocracia del Kremlin alinea las relaciones de producción de Europa del Este con las de la URSS	44
El problema de los territorios ocupados	47
Problema de método	49
4. La revolución cubana y el nuevo estado.....	52
Las masas derrocan a Batista.....	53
Una revolución proletaria	55
Una vez más: un problema de método.....	57
El papel del PC cubano.....	60
El Movimiento 26 de Julio, el PC cubano y la burocracia del Kremlin	62
Sobre la naturaleza del estado de Cuba	64
5. Estrategia de la lucha por el poder, por la dictadura del proletariado	65
El revisionismo y la posición de Trotsky	66
El producto de contradicciones no resueltas.....	68
Revolución política: se trenza la crisis conjunta	70
Las burocracias parasitarias incompatibles con las nuevas relaciones de producción	72
La línea de la lucha por la dictadura del proletariado.....	75
El gobierno obrero y campesino.....	77
Esta variante sigue siendo posible	81

Introducción

El programa de fundación de la IV Internacional, La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional, llamado Programa de Transición, es la esencia de las aportaciones de Trotsky al marxismo, de las enseñanzas de más de cuarenta años de su combate por la victoria de la revolución proletaria. Para el movimiento obrero tiene tanta importancia como El Manifiesto Comunista. Estos dos documentos fundamentales son complementarios.

Al escribir El Manifiesto Comunista, Marx y Engels le dieron al proletariado, al movimiento obrero, los principios, el método, la concepción histórica y la comprensión del papel histórico del proletariado como clase, sin los cuales éste no puede vencer, tomar el poder y, emanciparse edificando el socialismo, el comunismo. El Programa de Transición. La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional, condensa la estrategia del proletariado en la época del imperialismo, que también es la época de la revolución proletaria mundial, época en la que cada gran crisis, cada potente movimiento del proletariado, plantea la cuestión del poder, de la dictadura del proletariado, pero cuestión que no puede ser resuelta sin resolver la crisis de la dirección revolucionaria; la tarea de la IV Internacional ha de ser, precisamente, resolver esa crisis. La lucha por el poder, por la realización de la dictadura del proletariado, la lucha por construir la IV Internacional y sus partidos nacionales, la lucha por solucionar la cuestión de la dirección revolucionaria son, pues, la esencia del Programa de Transición. Estas luchas son indisociables.

Una posibilidad teórica planteada por el Programa de Transición

El Programa de Transición afirma:

“Las condiciones objetivas para la revolución proletaria no sólo han “madurado”, han empezado a pudrirse. En el próximo período histórico, de no realizar la revolución socialista, toda la civilización humana se verá amenazada por una catástrofe. Es la hora del proletariado, es decir, ante todo de su vanguardia revolucionaria. La crisis histórica de la Humanidad se reduce a la crisis de su dirección revolucionaria.”¹

Por otra parte formula la siguiente posibilidad teórica:

“La consigna de “gobierno obrero y campesino” sólo nos resulta aceptable si se le da el sentido que tenía en 1917 para los bolcheviques, es decir un sentido antiburgués y anticapitalista. Pero no la aceptamos con el significado “democrático” que le han dado los epígonos actuales, transformándola, de un puente hacia la revolución socialista, en el principal obstáculo en su camino.

A todos los partidos que se asientan sobre una base obrera y campesina y hablan en su nombre les exigiremos que rompan políticamente con la burguesía y se sumen a la lucha por un gobierno obrero y campesino. Para esta lucha les ofrecemos todo nuestro apoyo contra la reacción capitalista. Al tiempo, agitaremos incansablemente a favor de aquellas consignas transitorias que, en nuestra opinión, deberían constituir el programa del “gobierno obrero y campesino”.

¿Puede esperarse que semejante gobierno sea formado por las organizaciones obreras tradicionales? La experiencia del pasado demuestra, como se ha visto, que es, por lo menos, muy improbable. Sin embargo, no puede negarse de antemano la posibilidad de que, en circunstancias excepcionales

¹Trotsky, *El Programa de Transición*, Akal Editor, Madrid, 1977, página 13.

(guerra, derrota, quiebra financiera, ofensiva revolucionaria de las masas, etcétera), los partidos pequeñoburgueses, estalinistas incluidos, puedan ser empujados más allá de lo que desearían por la vía de la ruptura con la burguesía. De algo no hay que dudar: incluso aunque esta improbableísima variante pudiera materializarse en algún lugar y momento, aunque se creara un “gobierno obrero y campesino” en el sentido que acabamos de defender, no sería más que un episodio en la ruta hacia la verdadera dictadura del proletariado.”²

¿No hay aquí una contradicción?

Antes de responder a este interrogante es necesario precisar lo que entendía Trotsky por “gobierno obrero y campesino”. Trotsky explica:

“La consigna de “gobierno obrero y campesino” apareció por primera vez en 1917 en las campañas de agitación bolchevique, para ser definitivamente aceptada tras la Revolución de Octubre. En última instancia no significaba otra cosa [tras la revolución de octubre, S. J.] que la denominación popular para la dictadura proletaria ya establecida. Lo importante de esta designación es que subrayaba la idea de la *alianza entre el proletariado y el campesinado* en que se basaba el poder soviético.”³

El contenido que el Programa de Transición da a la consigna del “gobierno obrero y campesino” es la que los bolcheviques le dieron en su agitación en 1917, y no la que tomó después de Octubre:

“De abril a septiembre de 1917 los bolcheviques exigieron a mencheviques y socialrevolucionarios que rompiesen con la burguesía liberal y tomaran el poder. Si lo hacían, el partido bolchevique prometía a mencheviques y socialrevolucionarios, representantes pequeñoburgueses de los obreros y campesinos, su ayuda revolucionaria contra la burguesía; aunque rechazaba categóricamente entrar en el gobierno de los mencheviques y socialrevolucionarios o aceptar ninguna responsabilidad política por sus actos. Si los mencheviques y los socialrevolucionarios hubiesen roto con los cadetes (liberales) y el imperialismo extranjero, el “gobierno obrero y campesino” que se hubiese formado habría acelerado, facilitándola, el establecimiento de la dictadura del proletariado.”⁴

Pero un gobierno no puede ser calificado de “gobierno obrero y campesino” por el solo hecho que esté compuesto de ministros de las organizaciones obreras en los países capitalistas imperialistas, o de organizaciones consideradas como antiimperialistas en los países semicoloniales. El Programa de Transición aún especifica:

“La consigna de “gobierno obrero y campesino” sólo nos resulta aceptable si se le da el sentido que tenía en 1917 para los bolcheviques, es decir un sentido antiburgués y anticapitalista. Pero no la aceptamos con el significado “democrático” que le han dado los epígonos actuales, transformándola, de un puente hacia la revolución socialista, en el principal obstáculo en su camino.”

Un “gobierno obrero y campesino” es un gobierno de transición que, atacando al estado burgués y tomando medidas anticapitalistas radicales, le da un nuevo empuje a la movilización de las masas organizadas en sus comités, en sus soviets. Por este hecho, prepara la destrucción del estado burgués y la constitución de un nuevo estado que realiza la dictadura del proletariado, el estado de los comités, de los soviets, el estado obrero, emanación del proletariado organizado en clase dominante. El empuje a

² *Ídem supra*, página 39.

³ *Ídem supra*, página 37.

⁴ *Ídem supra*, páginas 37-38

la movilización, a la acción política, a la organización del proletariado, por la realización de su dictadura: en ello radica el valor de la consigna del gobierno obrero y campesino y, eventualmente, de su plasmación.

No existe, pues, ninguna contradicción entre la afirmación que “Es la hora del proletariado, es decir, ante todo de su vanguardia revolucionaria. La crisis de la humanidad se reduce a la crisis de su dirección revolucionaria”, (es decir del partido y de la internacional revolucionarios), y la consigna de gobierno obrero y campesino, la reivindicación dirigida sistemáticamente a la vieja (o viejas) dirección: “Romped con la burguesía, tomad el poder”.

En su movimiento, las masas se giran, obligatoriamente, hacia las “viejas direcciones” de las que esperan que respondan a sus necesidades y satisfagan sus aspiraciones. Esta reivindicación tiene por el contrario para las masas, como lo dice el Programa de Transición, “un enorme valor educativo”. En apoyo de esta demostración, Trotsky recuerda:

“La obstinada negativa de mencheviques y socialrevolucionarios a tomar el poder, tan dramáticamente demostrada en las jornadas de julio, los condenó definitivamente ante las masas, preparando la victoria de los bolcheviques.”⁵

Ahora bien

“La tarea central de la IV Internacional consiste en librar al proletariado de su vieja dirección, cuyo conservadurismo está en completa contradicción con las catastróficas erupciones de un capitalismo en descomposición y constituye el obstáculo fundamental para el progreso histórico.”⁶

Esta línea política es indispensable para que, partiendo de la experiencia de las masas e impulsándola, se construya en la acción política la nueva dirección, es decir que esta experiencia concluya positivamente. Las masas sólo aprenden mediante su experiencia práctica durante su acción práctica.

Pero la vanguardia organizada sobre la base del programa, que interviene en el movimiento de las masas y lo impulsa, es indispensable para que esta experiencia concluya positivamente en la construcción de una nueva dirección que lleve al proletariado a la toma del poder y a la realización de su dictadura.

Pero si “La acusación principal de la IV Internacional a las organizaciones tradicionales del proletariado es que no desean separarse de ese semicadáver político que es la burguesía” ¿Cómo la IV Internacional puede admitir la posibilidad que “en circunstancias excepcionales (guerra, derrota, quiebra financiera, ofensiva revolucionaria de las masas, etcétera), los partidos pequeñoburgueses, estalinistas incluidos, puedan ser empujados más allá de lo que desearían por la vía de la ruptura con la burguesía.”, es decir, que avancen hacia la constitución de un “gobierno obrero y campesino”?

Al principio del Programa de Transición se puede leer:

“Las condiciones económicas para la revolución proletaria han alcanzado ya el más alto grado de madurez posible bajo el régimen capitalista. Las fuerzas productivas de la Humanidad han dejado de crecer”⁷

En el artículo que precede a este, el camarada Denis Foliás⁸ desarrolla lo que significaba para Trotsky la incapacidad del modo de producción capitalista, una vez alcanzada su fase imperialista, para desarrollar las fuerzas productivas. No es una

⁵ *Ídem supra*, página 38.

⁶ *Ídem supra*, página 38.

⁷ *Ídem supra*, página 11.

⁸ Ver *La Vérité* número 588 (septiembre de 1979): *La théorie de la révolution permanente, théorie de la révolution prolétarienne mondiale*.

noción pasiva: el impasse del modo de producción capitalista engendra enormes catástrofes.

La posibilidad teórica según la cual “los partidos pequeñoburgueses, estalinistas incluidos, puedan ser empujados más allá de lo que desearían por la vía de la ruptura con la burguesía” tiene en cuenta diversos casos que pueden obligarles a hacerlo, pero que todos se reducen a uno solo: la posibilidad de un verdadero hundimiento social y político de sectores completos del sistema imperialista, de la sociedad burguesa en putrefacción, en descomposición. ¿Hasta dónde pueden ir estos partidos obligados bajo tales circunstancias a ir más lejos de lo que ellos desearían por la vía de la ruptura con la burguesía? Trotsky no lo dice. El programa dice que “es inútil perderse en adivinanzas”. Sin embargo, el programa especifica hasta dónde, bajo cualquier circunstancia, no pueden ir los partidos pequeñoburgueses, incluyendo los estalinistas: hasta la instauración de la dictadura del proletariado. En cualquier caso, la realización de la dictadura del proletariado exige la existencia de un partido de la IV Internacional que conduzca el proletariado a la victoria, y ello en cada país. Pero la lucha de clases del proletariado en un país es un componente de la lucha de clases mundial. La toma del poder por el proletariado en un país es un momento del proceso de la revolución proletaria mundial, que se desarrolla de forma desigual pero combinada. La solución a la crisis de la dirección revolucionaria resultará igualmente de un proceso desigual pero combinado en el que se imbricarán la construcción de partidos revolucionarios que dirijan a las masas proletarias a la toma del poder, a la realización de su dictadura, y la construcción (reconstrucción) de la IV Internacional. La “posibilidad teórica” que el programa de fundación de la IV Internacional evoca está, pues, plenamente conforme con la afirmación de principios que lo esencial es la solución de la crisis de la dirección revolucionaria.

1 Primeros ejemplos: Yugoslavia, Albania, China

La “improbabilísima variante” que el Programa de Transición tiene en cuenta se concretó a una escala gigantesca a fines e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. En Yugoslavia primero. El estado burgués yugoslavo fue constituido a continuación de la Primera Guerra imperialista mundial. Su aparato de estado era la prolongación del aparato de estado de Serbia, aliada de Francia e Inglaterra contra Alemania y Austria-Hungría. Después de esta guerra, Serbia devino “cliente” del imperialismo francés. El estado serbio, extremadamente débil sin embargo, estableció una dura opresión sobre las diferentes nacionalidades, fragmentos del antiguo imperio austrohúngaro. La opresión nacional se conjugaba en Yugoslavia con la feroz explotación social que hacían reinar los grandes propietarios terratenientes y los capitalistas subordinados al imperialismo. Este estado burgués se hundió como un castillo de naipes cuando Hitler lo invadió a principios de 1941. Como todos los PC, a partir de junio de 1941 el Partido Comunista yugoslavo se orientó hacia la constitución de un movimiento de partisanos armados bajo la línea de la lucha nacional contra Alemania.

Constituyó “comités populares de liberación nacional” que se llenaron muy rápidamente con otro contenido social y político. En el mismo curso de la guerra de guerrillas, estos comités comenzaron a expropiar y a expulsar a las clases dominantes, generalmente colaboradoras del aparato militar de ocupación. Tirando de sus riendas, canalizando y orientando ese movimiento, la dirección del PCY y su aparato han adquirieron una gran independencia en relación con el Kremlin, del que estaban aislados. El PCY tuvo que comprometerse mucho más en esta vía cuanto que su

existencia, la de su aparato, del movimiento guerrillero que dirigía, dependían de ello. Tuvo que enfrentarse a los “chetniks” serbios de Mijailovic, que colaboraban con los alemanes a pesar de recibir el apoyo de Londres y del rey de Yugoslavia, refugiado en Inglaterra, que presentaban a los “chetniks”, restos del antiguo ejército, como un movimiento de resistencia y les suministraban armamento con paracaídas.

En su obra *Le Glacis soviétique*, Nicolas Clarion explica:

“En Yugoslavia, el ejército de los chetniks dirigido por Mijailovic y que estaba reconocido por el gobierno del rey Pedro, emigrado en Londres, empleó la mayor parte de su tiempo en enfrentarse a muerte con el ejército de los partisanos de Tito cuyo núcleo principal estaba constituido por el Partido Comunista. En plena guerra se asistió incluso a una curiosa explosión de las antiguas contradicciones nacionales: el “quisling” croata, Ante Pavelic, el mismo adversario feroz de la política de Mijailovic que quería reconstruir una Yugoslavia dirigida por los serbios, confesó públicamente que este último gozaba del apoyo de Italia. Se publicaron documentos oficiales al respecto en 1944 por la revista croata Neue Ordnung, que se publicaba en Zagreb.

En Albania, el “Balli Kombetar”, dirigido en principio contra Italia, se beneficiaba también de la tolerancia de esta última que veía en el ejército guerrillero constituido por los comunistas en Peza, en 1942, un peligro mucho más grande.

Por su suerte, así como también por su carácter popular como por la represión salvaje que sufrían y la lucha que habían entablado contra los antiguos cuadros del aparato estatal, los movimiento de resistencia dirigidos por los partidos comunistas representaban en potencia una forma nueva de poder de origen plebeyo que en el momento de la liberación se enfrentarán, cara a cara, con aquellos que querían restablece el statu quo anterior.

En Yugoslavia y en Albania es donde el crecimiento de este nuevo poder y de esta nueva estructura estatal puede observarse mejor al enraizarse durante la derrota y la ocupación.

La entrada en guerra de Yugoslavia en 1914 había necesitado una revolución de palacio, los círculos dirigentes del país estaban divididos sobre la orientación a tomar. Tras la derrota, los siete partidos tradicionales se escindieron y desagregaron. Por otra parte, desde hacía mucho tiempo la vida política descansaba no sobre partidos sino sobre el aparato militar y policial.

La derrota hundió en un torbellino ese pilar del estado. Y mientras que los “Quislings” serbios o croatas se esforzaban en poner en pie una estructura “nacional” gracias a las bayonetas enemigas, un verdadero nuevo poder basado en los comités populares, ya elegidos ya nombrados, apoyados y defendidos por los guerrilleros en armas, tomaba cuerpo y se afirmaba a medida que se ampliaba el territorio conquistado al enemigo por el ejército de los guerrilleros.

El régimen de los comités de liberación nacional reemplazó así tanto al ejército de ocupación como a los tambaleantes regimenes de los “Quislings” y se diferenció netamente del “orden” existente antes de la derrota.

Desde el otoño de 1942, se pudo constituir en Yugoslavia un organismo político central que reagrupaba al conjunto de estos comités (AVNOJ), y en noviembre del mismo año tuvo una profunda resonancia la “Asamblea del Movimiento de Liberación Nacional y Popular de Yugoslavia”.

Un año más tarde, en noviembre de 1943, cuando el movimiento de Mijailovic se debilitaba, el Segundo Congreso del AVNOJ fue lo suficientemente fuerte como para instituirse como organismo legislativo supremo del país, gozando de hecho de todos los derechos de un parlamente efectivo y capaz de proclamar la transformación del Comité de Liberación Nacional en “Gobierno Provisional”.

Así, aunque había buscado en la cumbre acuerdos con los líderes de las antiguas organizaciones políticas, el Partido Comunista se encontró a la cabeza de una pirámide de comités elegidos por la base, nombrados por las cumbres pero que constituían en plena guerra una nueva forma de estado que reemplazó al antiguo.

El mismo fenómeno tuvo lugar en Albania.

El “Movimiento de Liberación Nacional” constituido en 1942 amplió tan deprisa su influencia porque, independientemente de su programa, aparecía como un movimiento de subversión social y como el mensajero de un cambio. Rompió rápidamente tanto el “Balli Kombetar”, apoyado por los británicos, como el pequeño movimiento de los “Legaliteti” que reagrupa a los partidarios de la vuelta al poder del rey Ahmed Zog que, como se sabe, había sido depuesto por los italianos antes de la guerra, tras haber colaborado con ellos durante quince años.

En octubre de 1944, el “Consejo Antifascista” nombró un gobierno provisional, coronando el nuevo aparato de los comités.

La nueva arquitectura estatal constituida bajo esas condiciones habría corrido el riesgo de sufrir modificaciones profundas si un ejército aliado pero políticamente hostil hubiese penetrado en el país. Pero no fue el caso.”

Cambios en profundidad

El PCY pudo proseguir la lucha y, finalmente, vencer, solo expresando las aspiraciones sociales y políticas de las nacionalidades y de las masas explotadas para enfrentarse a los alemanes y aplastar a los chetniks. Desde el 23 de noviembre de 1943, la segunda sesión de la AVNOJ (Consejo Antifascista de Liberación Nacional de Yugoslavia) constituía un gobierno apoyado en los comités populares de liberación. En este gobierno participaron, ciertamente, ministros “burgueses”. No eran gran cosa aparte de fantoches en manos del aparato del PCY.

Fue el ejército de guerrilleros el que se apoderó de Belgrado, cuando huyeron los alemanes, y no el ejército de la URSS. En octubre de 1945, los dos últimos especímenes burgueses fueron eliminados del gobierno al mismo tiempo que las clases explotadoras fueron en gran parte expropiadas. La expropiación no presentó ninguna dificultad y no hizo más que ratificar una situación de hecho. La gran mayoría de la propiedad industrial y del sistema de crédito, a consecuencia de la ocupación, estaba en manos del capital alemán e italiano o controlado por él:

“Por fin, en Yugoslavia, en las regiones anexadas por el Reich, el conjunto de los bienes mobiliarios e inmobiliarios fueron expropiados y concentrados en manos de la “Energieversorgung Steyermark” que absorbió, de la misma forma que la “Hauptreuhandstelleost” en la Polonia anexada, numerosas empresas.

En Serbia, la pieza maestra de la penetración alemana fue la Banca Nacional Serbia, constituida por el ocupante que se apoderó, desde su entrada en Belgrado, del importante Banco Nacional del Reino de Yugoslavia.

En la Croacia “libre”, el conjunto del mercado fue tomado en explotación, mitad por los bancos alemanes de Viena y mitad por el capital italiano, por otra parte dueño absoluto de Dalmacia.

Como en Checoslovaquia o en Polonia, Alemania se preocupó de dotar también de un fundamento “jurídico” a su nueva propiedad y procedió a importantes compras en el mercado de capitales francés: adquirió así las acciones y la propiedad de las famosas minas de Trbovlje, la tercera empresa yugoslava por tamaño, y las minas de Bor antiguamente controladas por la Banque Mirabeau. Esas acciones pasaron a formar parte de la cartera de la Preussische Bank.

Si se lanza, pues, una mirada de conjunto sobre los tres países anexados por el Reich, ya dueño de Austria, se constata que los capitales alemanes habían penetrado profundamente en el sistema económico de esos países; que el Reich había procedido a una importante concentración bancaria e industrial y que, por fin, había intentado dar una base jurídica legal mediante compra de acciones a determinadas de sus adquisiciones. La penetración alemana influyó en el conjunto de la vida económica de los países ocupados y provocó una redistribución de los capitales: gracias a la ocupación de Francia, Bélgica y Holanda, la parte legal de Alemania aumentó mediante la compra de la mayoría de las acciones de que disponían esos países.

La sucesión alemana en Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia, como la sucesión italiana en Albania, aparecían así como sucesiones que afectaban NO A UNA PARTE SINO A LA TOTALIDAD DEL SISTEMA ECONÓMICO.”

En cuanto a las relaciones en el campo, he aquí lo que explica Nicolás Clarion:

“Más que en cualquiera de los otros países balcanodanubianos, Yugoslavia y, después, Albania, conocieron una verdadera transformación por abajo de las relaciones de propiedad.

Antes de la guerra, las diversas provincias de Yugoslavia habían vivido bajo un régimen agrario absolutamente diferente. En Serbia, la gran propiedad terrateniente otomana había sido destruida en 1830. Por el contrario, el régimen feudal había subsistido durante mucho tiempo en Montenegro y Macedonia donde las relaciones capitalistas sólo se enraizaron lentamente sobre la estructura económica del país. En Croacia y Dalmacia, los vestigios feudales no habían sido reducidos en absoluto entre las dos guerras. A causa de esta diferenciación, la estadística oficial sobre la distribución de la propiedad en el campo en el conjunto de la nación sólo tenía un valor muy relativo. Indicaba antes de la Segunda Guerra Mundial que a consecuencia de las reformas agrarias las explotaciones de más de 100 hectáreas, representadas por el 0,1% de propietarios, ocupaban el 6,5% de las superficies; los propietarios de entre 10 y 100 hectáreas representados por el 11,6% de los propietarios, ocupaban el 38,3% de la superficie; aquellas por debajo de las 10 hectáreas, representadas por el 88,3% de los propietarios, ocupaban el 55% de la superficie; 10% de la población rural estaba desprovista de tierra.

Una serie de leyes de agosto de 1945, promulgadas por las repúblicas federadas, le dieron a la reforma agraria el marco siguiente:

- *Expropiación de los bienes de los alemanes y de los traidores, de las tierras de la banca, de las sociedades anónimas, de la Iglesia (estas últimas por encima de 10 hectáreas). La expropiación se extendió sin indemnización al material agrícola y ganado, por otra parte casi desaparecido por completo.*
- *El techo de la propiedad campesina quedó fijado en 45 hectáreas, de las cuales de 30 a 35 hectáreas de tierra arable, 10 a 15 hectáreas de bosques o 45 hectáreas de tierra arable.*
- *Redistribución de todas las tierras y todos los bienes confiscados, sobre la base de las necesidades individuales constatadas, con régimen preferencial para las víctimas de guerra.*

La dureza de las leyes agrarias yugoslavas parece sin embargo atenuada si se tiene en cuenta el hecho que durante la ocupación alemana, a lo largo de 1943 y 1944, entre el 50 y el 75 por cien de los distritos rurales del país fueron ocupados por los guerrilleros.

La reforma, pues, legalizó por una parte una situación de hecho en lo que concierne a la supresión de los grandes dominios; pero, por otra parte, favoreció en el campo una nueva diferenciación que había desaparecido prácticamente durante la

guerra de guerrillas. En este sentido, las transformaciones en el campo se realizaron dentro de los marcos de una reforma y no de una revolución agraria.

El mismo proceso tuvo lugar en Albania tras el hundimiento de Italia. Aquí, como en Montenegro, 20 familias de beys feudales y una exigua minoría de campesinos ricos ocupaban casi toda la tierra; 50% de los campesinos eran campesinos pobres, 15% de los campesinos apenas podían subsistir sobre su propio pedazo de tierra.

Albania, alineando su reforma agraria con el modelo yugoslavo, concedió en definitiva un estatus privilegiado a la gran propiedad agraria creada de nuevo después del fin de la guerra.”

Estados obreros burocráticos desde su origen

Es obligado constatar que la posibilidad teórica que plantea el *Programa de Transición* se ha realizado, y sobrepasado, en Yugoslavia y Albania. Sobrepasado pues, desde 1944-1945, no es posible hablar solo de “gobierno obrero y campesino”, especialmente en Yugoslavia. La fórmula de Nicolás Clarion, “una nueva forma de poder de origen plebeyo”, no tiene otro sentido más que evitar caracterizar la naturaleza social del nuevo estado que se constituyó. Nuestra organización, la IV Internacional, tardó en constatar, en su momento, las mutaciones que se habían producido en Yugoslavia, en gran parte porque, aunque constató las importantes diferencias, estableció sin embargo una estrecha correspondencia entre Yugoslavia y los otros países situados en la zona de influencia de la burocracia del Kremlin.

Pero justamente Yugoslavia no debía ser incluida como parte de la zona de influencia del Kremlin sino de la de los aliados imperialistas. Las relaciones sociales y políticas, que la guerra de guerrillas dirigida por el PCY estableció, modificaron lo que se había previsto precedentemente sin que la burocracia del Kremlin pudiese controlar al gobierno yugoslavo y al nuevo aparato de estado, aunque sí que tuviese agentes en su interior. Todo lo contrario, los agentes del Kremlin eran vigilados por la policía política que el PCY había constituido y que dirigía el ministro del interior, Mankovic. Cuando se produjo la ruptura abierta entre la burocracia del Kremlin y la burocracia yugoslava, los agentes del Kremlin fueron rápidamente neutralizados, encarcelados y ejecutados. Así le ocurrió a Juyovic y Hebranz, miembros del comité central. Aquellos que, habiendo adivinado la operación, intentaron huir, como los generales Yavonovic, jefe de estado mayor, Peko Dapchevitc, liberador de Belgrado, y Petrichrvic, general mayor, fueron atrapados y o bien abatidos *in situ* o fusilados posteriormente.

Hay que admitir que existe un estado obrero en Yugoslavia y Albania desde la liberación de 1944-1945. Pero ¿qué estado obrero? ¿Es una dictadura del proletariado? Interrogante al que sólo se puede responder con un no. Este estado obrero ha sido construido bajo las condiciones particulares de una guerra revolucionaria de guerrilla, bajo el control del aparato burocrático, producto del estalinismo, del PCY; las condiciones no permitían que la clase obrera yugoslava, ya débil además de diezmada por la guerra, sufriendo en las ciudades la aplastante ocupación hitleriana, jugase directamente su papel y fuera la fuerza política dirigente. El aparato de estado ha sido construido a partir del PCY, del aparato militar que éste organizó y dirigió, controlando un ejército de composición social esencialmente campesina. Sin embargo, hay que señalar que el PCY pudo jugar este papel porque era un partido obrero-burgués cierto, pero un partido obrero. Desde su origen, el estado obrero yugoslavo estaba marcado en lo más profundo por el origen e historia del PCY: era un estado obrero burocrático. La clase obrera le estaba subordinada. Jamás fue realizada la dictadura del proletariado en Yugoslavia. En Yugoslavia, como en todos los países en los que los PC fueron llevados

a tomar el poder, la caza de los trotskistas y la denuncia del trotskismo fueron elementos indispensables de la burocracia que se estaba constituyendo para substituir su dictadura a la del proletariado.

Nicolas Clarion recuerda con justicia:

“Conviene observar aquí que a favor de este conflicto central se entabló una lucha paralela pero no menos violenta, por los PC (yugoslavo y albanés) contra toda oposición socialista o comunista independiente o autónoma que se levantase contra la política del “Politburó”. Esta lucha contra la izquierda, muy desconocida, y sobre la que habitualmente se mantiene silencio, le costó la vida a millares de individuos.”

China: descomposición de las relaciones fundamentales; el PCCh toma el poder

En China el proceso ha sido diferente. En el punto de partida está la descomposición, la putrefacción hasta la médula de la sociedad china. En un artículo de *Quatrième Internationale* (mayo-junio de 1950), E. Germain sitúa perfectamente lo que sucedía:

“La sociedad china, hija bastarda de la antigua China y del imperialismo mundial, no había dejado de estar sujeta a sangrientas convulsiones. Principal teatro de las rivalidades imperialistas en el Extremo Oriente, estaba dividida entre los jefes militares, que llevaban adelante sus guerras privadas con los subsidios de una de las grandes potencias interesadas en el comercio chino, antes de devenir víctima de una guerra de conquista en toda regla por parte del imperialismo japonés. La derrota de la revolución china en 1925-1927 no había permitido encontrarle solución progresiva a las contradicciones en las que se debatía esta sociedad bastarda. Por ello que se asistió a una lenta descomposición de las relaciones fundamentales sobre las que se basaba la sociedad china.”

Solamente esta descomposición explica que después del aplastamiento de la revolución de 1925-1927, el Partido Comunista chino pudiese organizarse temporalmente en bases rojas en Jiangxi y en Fujian, y que a consecuencia de la quinta expedición militar organizada por Chiang Kai-shek para aplastarlos pudiese realizar la “Larga Marcha” (10.000 kilómetros) entre octubre de 1934 y octubre de 1935 e instaurar en Shaanxi una república campesina. Desde 1935, por otra parte, el PCCh y Mao Zedong propusieron, en la línea de los “frente populares” que Moscú dictó a los PC, un acuerdo a Chiang Kai-shek. Sólo después de la invasión masiva de China por las tropas japonesas, cuando reinó más que jamás la anarquía, los generales del Kuomintang se enfrentaron entre ellos, Chiang Kai-shek incapaz de vencer a un “Ejército Rojo” sin embargo extremadamente débil, consintió en llegar a un acuerdo con el PCCh para llevar adelante la guerra nacional contra los japoneses.

Políticamente este acuerdo le era favorable por completo: formalmente el “Gobierno Soviético Chino” se disolvía y se transformaba en régimen regional autóctono en el marco de la República China. El “Ejército Rojo” devenía el 4º y 5º ejército chino, colocados ambos en principio bajo el mando de Chiang Kai-shek. Pero el Kuomintang era incapaz por completo para explotar esta ventaja política. Desde el ataque japonés, sus tropas estaban aplastadas, derrotadas. Huían en desbandada. Contra Japón, el PCCh organizó una gigantesca guerra de guerrillas. Aunque no tenían los medios militares para derrotar a los japoneses, controlaban políticamente, sin embargo, inmensos territorios en el norte y en noroeste de China. En la capitulación de Japón, el 8º ejército de campaña ocupaba los distritos agrícolas y algunas ciudades secundarias de

Manchuria. Enseguida detuvo sus operaciones. Transportadas en avión gracias al material estadounidense, las tropas de Chiang Kai-shek ocuparon las grandes ciudades evacuadas por los japoneses y los rusos.

El objetivo del PCCh en ese momento estaba claramente definido por el acuerdo que firmó con el gobierno de Chiang Kai-shek el 11 de octubre de 1945: reunión de una asamblea consultiva. Esta asamblea se reunió en enero de 1946 en Chung-Ching y llegó a un acuerdo sobre la constitución de un gobierno de coalición y la convocatoria de una constituyente. El 25 de febrero, el Kuomintang y el PCCh, bajo los auspicios del general Marshall, llegaban a un acuerdo para la unificación de las fuerzas armadas. Pero al mismo tiempo, Chiang Kai-shek comenzaba a atacar las posiciones del 8º ejército de campaña. El reinicio de las hostilidades ya era generalizado en el verano de 1946 y, a fin de año, Chiang Kai-shek desencadenaba una ofensiva general para ocupar todos los territorios que ocupaban las tropas del PCCh. La alternativa para el PCCh era brutal: o entablar la guerra civil o dejarse aplastar. Mao Zedong y los dirigentes del PCCh escogieron la primera alternativa. Aunque se había opuesto hasta ese momento, el PCCh proclamó la reforma agraria en los territorios que ocupaba para resistir al ataque.

Después de algunos éxitos iniciales, especialmente la ocupación de Yenán, capital del PCCh desde 1935, las tropas de Chiang, a pesar de una aplastante superioridad en número y armamento, sufrieron en 1947-1948 derrotas sin paliativos hasta la desbandada final de 1949. Las razones son fundamentalmente sociales y políticas. Por una parte, las tropas de Chiang Kai-shek literalmente se disolvieron. En las ciudades, cierta agitación estudiantil y obrera, duramente reprimida por Chiang y abandonada a su suerte por el PCCh, se produjo entre 1946-1947. Por el contrario, el movimiento de los campesinos a favor de la reforma agraria se extendió rápidamente de Norte a Sur de China, las revueltas campesinas, que nadie controlaba, se extendían a provincias enteras. Regimientos, ejércitos enteros del Kuomintang, vendían sus armas, se rendían, se pasaban al bando del PCCh. El poder político existía cada vez menos. Muy pronto, en Shangai, la misma burguesía exigió la dimisión de Chiang Kai-shek. Los ejércitos del PCCh se detuvieron durante un tiempo en el Yangtsé mientras se entablaban negociaciones. Hasta el 20 de abril de 1949 no franquearon el río. Al final de 1949, toda China estaba bajo su control.

La acción de los ejércitos que el PCCh dirigía derrocó al régimen del Kuomintang. Pero el fondo del asunto es que la putrefacción de la sociedad china había alcanzado un punto extremo durante la guerra contra Japón. La derrota de Japón, sobrevenida tras la derrota de las potencias coloniales, liberó por completo todas las fuerzas centrífugas. El imperialismo estadounidense no pudo hacer nada al respecto.

El PCCh mantuvo, visiblemente, una prudencia extrema incluso después de la ofensiva de Chiang Kai-shek en 1946 y después de decretar la reforma agraria en los territorios que ocupaban sus tropas. En el Sur, difirió también durante todo el tiempo que le fue posible la reforma agraria. El gobierno que Mao Zedong constituyó, cuando proclamó el 1 de octubre de 1949 la República Popular de China, incluía ministros representantes de organizaciones burguesas, cierto que muy fantasmagóricas. Formaban parte de él como representantes de la llamada “burguesía nacional”. El PCCh, finalmente, fue empujado hacia delante más de lo que él impulsó los acontecimientos y, sobretudo, el movimiento de las masas populares, principalmente, aunque no solo, de las masas campesinas. Cabalgó sobre la revolución campesina esforzándose en contener el proceso revolucionario, en controlarlo, limitarlo y, sobretudo, en que las masas proletarias de las grandes ciudades no se colocasen a la cabeza del movimiento. Por ello constituyó esos gobiernos de coalición, que calificó de régimen de “democracia nueva”, régimen llamado particular de alianza de la clase obrera con la “burguesía nacional”.

El hecho es que el estado de Chang desapareció, resultó liquidado. El nuevo estado fue ordenado a partir y alrededor del PCCh y del ejército. Al menos en el Norte, los grandes propietarios terratenientes fueron expropiados. La mayor parte del capital fue expropiado casi automáticamente. Una gran parte ya pertenecía al estado (estaba nacionalizada) antes de 1937 y, cuando capitularon los japoneses, el gobierno de Chiang se apoderó de todas las propiedades japonesas, las “nacionalizó”. Por supuesto que estas “nacionalizaciones” eran de un tipo particular y fueron aprovechadas por las grandes familias del Kuomintang (lo que se llamó el “capital burocrático”).

Muy pronto el PCCh fue obligado a ir más lejos aún: la guerra de Corea (de la que fue instigador Stalin) permitió al imperialismo estadounidense intervenir masivamente, concentrar un temible ejército en una de las fronteras de China, a lo largo del río Yalú, obligando a los chinos a intervenir a su vez masivamente al precio de enormes pérdidas, y a un coste fabuloso teniendo en cuenta sus medios. Para resistir al imperialismo estadounidense, para movilizar hombres y recursos, el PCCh tuvo que acabar la expropiación de las grandes propiedades terratenientes y la reforma agraria.

En 1950-1951, esta reforma agraria fue realizada en las regiones en las que no lo había sido todavía. El aparato de estado estaba cada vez más “depurado” de los “representantes” de la “burguesía nacional”.

En 1953, el nuevo estado poseía el 80% de la industria pesada, realizaba el 90% del comercio exterior, controlaba el 95% del crédito y el 70% del comercio agrícola que se operaba a través de cooperativas. Se elaboró el primer plan quinquenal.

2. Indochina, otro ejemplo

En Vietnam, Laos, Camboya, todo está mucho más claro. La colonización francesa comenzó en 1860 con la conquista de la Cochinchina. Se acabó en 1890. Todas las conquistas coloniales francesas fueron puestas bajo la autoridad del Gobierno General de Indochina que dependía del ministro de las colonias. El Gobierno General ejerció la administración directa. El aparato de estado es el aparato de estado francés. Indochina era considerada como “territorio francés”. Sin embargo, se mantuvo un reino fantoche: el emperador de Annam “reina” sobre Tonkin y Annam, que formalmente son “protectorados franceses”. Su capital está en Hué. Nombra a sus “ministros”. En Laos y Camboya también se mantuvo la monarquía. Por el contrario, Cochinchina fue cedida a Francia, con toda la soberanía, por el emperador de Annam desde 1874. Era considerada como colonia francesa, al igual que ocurrirá desde 1888 con Hanoi, Haiphong y Da Nang.

El mantenimiento de las monarquías responde a determinadas exigencias: utilizar las antiguas clases dominantes en provecho de la colonización francesa. Los mandarines, los antiguos notables comunales, los antiguos señores, se convirtieron en los agentes de la colonización y de la administración francesa. La Cochinchina se “beneficiaba” de un estatus colonial, fue dotada en 1880 de una asamblea electa, el Consejo Colonial, al que pertenecían algunos annamitas designados por las cámaras de comercio y de agricultura. El sufragio y la elegibilidad estaban reservados a los ciudadanos franceses y los annamitas, “sujets français” sólo accedían a la ciudadanía mediante un acto análogo a la naturalización (en total, entre los tres países annamitas, solo se contaba con 2.555 “nacionalizados” franceses, de entre los cuales los tres quintas partes en Cochinchina, en 1937; *Histoire du Vietnam*, Philippe Devillers). Más tarde, el Consejo Colonial y los principales municipios fueron elegidos sobre la base del doble colegio. Al mismo tiempo, un número relativamente importante de vietnamitas fueron integrados en la administración colonial.

En su conjunto, tras su capitulación frente al imperialismo francés, las antiguas clases dominantes de este país feudal devinieron sus agentes. Pero la colonización trastocó las relaciones de producción que, de feudales, devinieron capitalistas. Cuando las antiguas relaciones de producción no fueron radicalmente eliminadas, fueron transformadas, subordinadas a las relaciones de producción capitalistas, siguiendo la estela de la colonización, en función de los intereses del imperialismo francés. Se constituyó y desarrolló una burguesía autóctona en el proceso de transformación de las relaciones de producción. De ella, de sus elementos pequeñoburgueses notablemente, surgieron los primeros movimientos de lucha contra el imperialismo francés. Muy rápidamente, en razón de la dependencia de esta burguesía colonial en relación con el imperialismo, por una parte, de su miedo al proletariado, por otra parte, la burguesía vietnamita alcanzó el estrecho límite de su lucha contra el imperialismo. El fracaso del movimiento insurreccional de febrero de 1930 que organizó el Partido Nacional annamita descargó un golpe mortal al movimiento revolucionario impulsado por la pequeña burguesía.

Las grandes empresas capitalistas estaban bajo el control de la Banque d'Indochine y de la Banque Franco-chinoise que detentaba una parte más o menos importante del capital, y pertenecían exclusivamente a sociedades francesas. En la agricultura también era así. En 1937, por ejemplo:

“700 europeos, un puñado de colonos y algunas grandes sociedades, poseían una quinta parte de la superficie de las tierras de los tres países de Indochina y dejaban la mitad sin valorizar, cuando 17 millones de indígenas vegetaban sobre un pedazo de tierra demasiado pequeño, o penaban y morían de hambre al servicio de los grandes propietarios.” (*Mouvements nationaux et lutte des classes au Vietnam*, Anh Van y Jacqueline Roussel)

La burguesía indígena industrial y comercial era débil. Hundía sus raíces en el contexto de la “valorización” de los países de Indochina por el capital francés; además, sus intereses estaban estrechamente imbricados con los de los propietarios terratenientes pues la posesión de la tierra era un refugio seguro para sus capitales. La usura también era uno de sus “mercados”.

Los grandes propietarios terratenientes en Tonkin poseían el 16,6% de las tierras. En Cochinchina Central, el 1% de los propietarios poseían el 31,3% del suelo; en Cochinchina Occidental, el 9,6% poseían el 65,5% del suelo. Y, sobretodo, burgueses y propietarios terratenientes eran los beneficiarios de los préstamos usurarios a los campesinos “propietarios” endeudados hasta el cuello.

En vísperas de la guerra, el campesinado representaba el 92% del total de la población. La mayor parte, los dos tercios, estaba compuesta por coolíes agrícolas sin tierra, otra parte extremadamente importante estaba compuesta por campesinos terriblemente endeudados pero que poseían miserables terruños. Al lado de una pequeña burguesía muy diversificada, la clase obrera, incluyendo las familias, representaba el 5% de la población.

La guerra y la política del PCV

“Indochina francesa” aparecía así en el momento en que el imperialismo francés fue derrotado, en junio de 1940, por el imperialismo alemán. El 19 de junio, los japoneses exigían el control de los transportes entre Haiphong y la frontera china. El 29 de septiembre, se concluyó un acuerdo: una fuerza de 6.000 hombres debía permitir al ejército japonés, en Kwang-Si, utilizar los medios de comunicación de Tonkin y cortárselos a los ejércitos chinos. El 29 de julio de 1941, un acuerdo Darlan-Kato

integró la Indochina que quedaba bajo la soberanía de Francia en el sistema militar japonés. Los efectivos de las tropas japonesas estacionadas en Indochina ascenderán a unos 35.000 hombres. Pero dejarán funcionar a la administración francesa y asegurar el “orden” en Indochina a las tropas francesas.

La liquidación del gobierno de Vichy en 1944 en Francia llevó al ejército francés de Indochina a cambiar de campo, mientras que la vuelta a la situación militar en el Pacífico hacía temer a los japoneses un desembarco estadounidense en Indochina con el ejército francés a sus espaldas. En la noche del 9 al 10 de marzo de 1945, los japoneses atacan a las tropas francesas y en veinticuatro horas liquidan su resistencia. Los japoneses no tenían medios para improvisar una administración en Indochina, pidieron a los funcionarios franceses, o pertenecientes a la administración francesa, que permanecieran en su lugar, especialmente en Cochinchina, Annam y Tonkin se constituyeron gobiernos que substituyeron a los gobiernos franceses. El “emperador” Bao Dai encarnó el poder central en Vietnam. A este efecto, Bao Dai constituyó un nuevo “gobierno”: el gobierno Tran Trong Kim, instrumento de los japoneses.

Lo esencial es, sin embargo, que el golpe de fuerza japonés del 10 de marzo hundió al aparato administrativo y militar francés y abrió un vacío político inmenso que el “gobierno imperial” fue incapaz de llenar. En la capitulación de Japón, el 14 de agosto, las tropas japonesas fueron encargadas del mantenimiento del orden hasta la llegada de las tropas chinas al norte del paralelo 16 e inglesas al sur. Pero la revolución se desató, no impulsada por la política del Viet Minh sino a pesar de ella.

En estos tiempos en los que muchos hacen apología del Partido Comunista vietnamita y de su dirección, no es inútil hacer una breve recapitulación de su política antes, durante y al final de la Segunda Guerra Mundial. En Vietnam, muy rápidamente, los partidos burgueses y pequeñoburgueses se desacreditaron. Desde principios de los años 1930, el Partido Comunista de Vietnam contaba con algunos centenares de miembros y algunos millares en vísperas de la guerra. En el mismo período, bajo la dirección de Tha Tu Thau, que acababa de ser expulsado de Francia, se constituyó en Cochinchina un grupo trotskista. Durante los años siguientes tendría un potente crecimiento.

La línea del PCV siguió rigurosamente hasta 1947-1949 la línea dictada por Stalin. Hasta 1932, esta línea es izquierdista. En 1933, la creciente influencia del grupo trotskista impuso la realización de un frente único entre estalinistas y trotskistas. Presentaron en común una lista a las elecciones del segundo colegio de Saigón en unas elecciones municipales, lista sostenida por un órgano común, *La Lutte*. Fueron elegidos dos candidatos de *La Lutte*. Para el PCV esto no era más que una transición. En 1935, aplicó en Vietnam la línea del frente popular que, no sólo tendía la mano a la burguesía llamada “nacional” vietnamita sino que, en nombre de la defensa de la democracia, apoyaba al imperialismo francés contra la “amenaza fascista” japonesa. Esta línea la aplicaron los estalinistas vietnamitas hasta el pacto germano-ruso de agosto de 1939. En las elecciones de 1937 el periódico *La Lutte* todavía presentaba una lista de frente único entre estalinistas y trotskistas, lista de la que resultaron elegidos tres candidatos. Sin embargo, el 14 de junio de 1937, los estalinistas rechazaban votar una resolución antiimperialista que Tha Tu Thau les sometió. Fue la ruptura. Los trotskistas ganaron la mayoría en el seno del grupo *La Lutte* y continuaron publicando el diario con su orientación. En el consejo municipal de Saigón, en 1939, los estalinistas votaron a favor de un impuesto destinado a financiar la defensa nacional del imperialismo francés.

“También, en las elecciones al consejo colonial de Cochinchina del 30 de abril 1939, Tha Tu Thau y Tran Van Trach, candidatos trotskistas, fueron elegidos (para el segundo colegio) aunque fue con voto restringido del que muchos trabajadores estaban

excluidos... 80% de los votos, estalinistas y burgueses se repartieron el resto” (op. cit.). Muy pronto, el pacto Hitler-Stalin fue el pretexto para una terrible represión de la que fueron víctimas tanto los estalinistas como los trotskistas que, desde que estalló la guerra, se mantuvieron firmes en la línea del derrotismo revolucionario.

Durante la guerra, la línea del PCV se correspondió completamente con la de la burocracia del Kremlin. Dos meses después de la integración de Indochina en el sistema militar japonés, dos meses y medio después del ataque hitleriano contra la URSS, cuando visiblemente Japón preparaba la guerra, el 8 de septiembre de 1941, Ho Chi Minh anunció la constitución de un frente nacional: el Frente por la Independencia del Vietnam, o Viet Minh. El 25 de octubre, el “Viet Minh” lanzó su primer manifiesto:

“Unión de todas las capas sociales, de todas las organizaciones revolucionarias, de todas las minorías étnicas. Alianza con todos los pueblos oprimidos de Indochina. Colaboración con todos los elementos antifascistas franceses.”

Bajo la cobertura del Viet Minh, el PCV se pudo reorganizar. A diferencia de los trotskistas totalmente aislados y sin medios, el PCV se benefició del apoyo del Kremlin. Incluso pudo utilizar el territorio chino como base de retaguardia. Ho Chi Minh, que entonces se llamaba Nguyen Ai Duoc, colaboró con los servicios secretos chinos. Durante un tiempo parado, será relanzado bajo la identidad de Ho Chi Minh en febrero de 1943. Philippe Deviller precisa: “Recibirá alrededor de 100.000 dólares chinos por mes atribuidos hasta ese momento a Nguyen Kai Thau”. La propaganda y la organización del Viet Minh progresan, notablemente en Tonkin. En 1944, comenzó la guerrilla. La línea oficial es la de la independencia. Se corresponde con las posiciones de entonces del imperialismo estadounidense que trata de substituir con su influencia la colonización francesa y la línea de reparto del mundo en zonas de influencia elaborada en Yalta por Stalin, Roosevelt y Churchill, reduciendo el imperialismo francés a la menor porción, y contra la cual actuaba De Gaulle.

Tras el 10 de marzo de 1945, el Viet Minh opera sin dificultades fuera de los grandes centros y se benefició del apoyo de la población que esperaba que la hora del fin del colonialismo estuviera próxima. Los estadounidenses le suministraban armas lanzadas con paracaídas. El Viet Minh también estaba en relación, por mediación de Sainteny, con el gobierno de De Gaulle. Sainteny, en misión en China, se esforzó en reunir lo restos del cuerpo expedicionario francés en Indochina que habían escapado de los japoneses y en preparar la vuelta del imperialismo francés a Indochina. Envío por sus medios instructores militares y armas al Viet Minh.

El Viet Minh hizo transmitir, en julio de 1945, por mediación de la OSS, un memorándum en el que resumió sus puntos de vista sobre la “Indochina francesa futura”.

“Nosotros, la Liga del Viet Minh, pedimos que los siguientes puntos sean anunciados por los franceses y observados en la futura política en Indochina francesa:

1.- Se elegirá por sufragio universal un parlamento. Legislará para el país. Un gobernador francés ejercerá las funciones de presidente hasta que la independencia no esté asegurada. Este presidente elegirá un gabinete o un grupo de consejeros aceptados por el parlamento. Los poderes concretos de todos estos órganos podrán ser puestos al día en el futuro.

2.- La independencia será concedida a este país en un plazo mínimo de cinco años y máximo de diez.

3.- Los recursos naturales de este país serán devueltos a sus habitantes tras una indemnización equitativa a sus actuales dueños. Francia se beneficiará de ventajas económicas.

4.- Todas las libertades proclamadas por las Naciones Unidas les serán garantizadas a los indochinos.

5.- Se prohibirá la venta de opio.

Confiamos en que estas condiciones sean juzgadas como aceptables por el gobierno francés.”

La revolución en el Norte

El 16 de agosto de 1945, tras la capitulación, los japoneses transfieren el poder al delegado del “emperador” Bao Dai, en Hanoi. Se desencadena el movimiento de las masas. Philippe Devillier explica:

“El 16, de acuerdo con los compromisos adquiridos, los japoneses transfieren al delegado imperial Fan Ke Toai los servicios del gobierno general y liberan a los prisioneros políticos. La “Revolución” se puede desarrollar ya sin inconvenientes.

En la mañana del 17 de agosto, mientras que se reunía en la Residencia Superior la Asamblea Consultiva de Tonkin convocada urgentemente, comienzan las manifestaciones. Al mediodía, ante el llamamiento del comité central de los funcionarios, 20.000 manifestantes se reúnen delante del Teatro Municipal. Por primera vez, el Frente Viet Minh aparecerá abiertamente ante las masas. Líderes del Viet Minh suben repentinamente al balcón del teatro, arrojan la bandera imperial, izan, en medio de aclamaciones la bandera roja con estrella de oro. Por todos los lugares en la ciudad aparecen las banderas rojas. Los japoneses se mantienen impasibles. Las manifestaciones se amplían el 18. Las calles están llenas de banderas, de panfletos, de megafonía y gentes que grita. Fan Ke Toai, temblando ante el motín, obligado a dimitir, lo hace, pasa el poder a un comité director provisional.

El 19, se han desvanecido los nacionalistas. En la ciudad solo hay vietmins. Sus inflamadas arengas, curiosamente, tratan bien a los japoneses. Las “secciones de asalto” vietmin ocupan los edificios públicos, sin suscitar ninguna reacción de los nipones. Éstos, tras algunas horas de negociaciones, ceden a los insurgentes las armas de la Guardia Indochina.

El 20, el Viet Minh, se adueña sin lucha de toda la administración, de todos los servicios de Hanoi. Pero las manifestaciones violentas continúan. Numerosos franceses son molestados, desaparecen dos, muchos de ellos son arrestados. Se evita por poco una masacre.

El 21, la revolución política gana en potencia.

Mientras que en todo el país, en los pueblos y ciudades, los comités populares, se instalan en las casas comunales expulsando a los notables, en Hanoi toman grandes iniciativas intelectuales “izquierdistas” sin instrucciones del comité central del Viet Minh.

Reunidos en la Ciudad Universitaria convocados por la Asociación General de Estudiantes, “representantes de todos los partidos y de todas las capas de la población” votan la siguiente moción:

“Vista la necesidad de unificar, bajo las actuales circunstancias, todas las fuerzas nacionales de Tonkin, de Annam y de Cochinchina bajo un gobierno que se beneficie del apoyo de las masas, en vistas a establecer relaciones diplomáticas con los estados extranjeros y consolidar la independencia nacional.

Visto que el Viet Minh ha lanzado la consigna de la insurrección general y ha tomado el poder en el Norte,

Visto que en Annam y en Cochinchina todos los partidos esperan que el Viet Minh tomará el poder en sus manos:

1.- Exigen la abdicación del emperador de Annam, la instauración de un régimen republicano, la entrega del poder a un gobierno provisional formado por el Viet Minh;

2.- Piden al Frente Viet Minh que abra inmediatamente negociaciones con los otros partidos en vistas a formar un gobierno provisional;

3.- Llaman a todos los partidos, a todas las capas de la población y a las más amplias masas del pueblo a apoyar al gobierno provisional a fin de comenzar la obra de consolidación de la independencia nacional.”

La se envía a Hué por telegrama.

En Hué, la capitulación de Japón ha colocado al gobierno Tran Trong Kim ante el desenlace previsto. Las dificultades a las que se enfrentaba ya le habían llevado, el 7 de agosto, a ofrecer su dimisión, pero Bao Dai le pidió que continuase llevando los asuntos corrientes. El 16 de agosto, Tran Trong Kim, al que los japoneses todavía no le habían autorizado para difundir la noticia de la capitulación, afirmó su intención de defender la independencia adquirida el 9 de marzo. “Los pueblos de Vietnam, dijo en substancia, rechazan estar sujetos de nuevo a Francia bajo lo opresión que sufrieron durante largo tiempo”, pidió la unión de todos en la lucha por la independencia. El 18, creó un Comité de Salvación Nacional que aglutinaba a todos los partidos políticos en vistas a dirigir esa lucha.

El objetivo ahora era obtener de las potencias aliadas el reconocimiento de la independencia de Vietnam. Bajo los consejos de su ministro de asuntos exteriores, Bao Dai, dirige un mensaje en ese sentido al presidente Truman, al rey de Inglaterra, al mariscal Chiang Kai-shek, al general De Gaulle. El mensaje a este último presenta un interés particular por su tono:

“Me dirijo al pueblo de Francia, al país de mi juventud. Me dirijo también a su jefe y liberador y quiero hablar como amigo más que como jefe de Estado.

Habéis sufrido mucho durante cuatro mortales años para no comprender que el pueblo vietnamita, que tiene veinte siglos de historia y un pasado muchas veces glorioso, ni quiere ni puede ya soportar ninguna dominación ni administración extranjera.

Aun lo comprenderíais mejor si pudieseis ver lo que pasa aquí, pudieseis sentir esta independencia que anida en el fondo de todos los corazones y que ninguna fuerza humana puede ya contener. Incluso si llegáis a restablecer aquí una administración francesa, ya no se le obedecerá: cada ciudad será un nido de resistencia, cada antiguo colaborador un enemigo y vuestros funcionarios y vuestros colonos pedirán, ellos mismos, salir de esta irrespirable atmósfera.

Os pido que comprendáis que el único medio para salvaguardar los intereses franceses y la influencia espiritual de Francia en Indochina es reconocer francamente la independencia del Vietnam y renunciar a cualquier idea de restablecer aquí la soberanía o una administración francesa bajo cualquier forma que sea.

Podremos entendernos muy fácilmente y convertirnos en amigos si queréis dejar vuestras pretensiones de volver a ser nuestros dueños.

Apelando al idealismo tan conocido del pueblo francés y a la gran sabiduría de su jefe, esperamos que la paz y la dicha que han sonado para todos

los pueblos del mundo les sean aseguradas igualmente a todos los habitantes tanto autóctonos como extranjeros de Indochina.

BAO DAI”

Pero incluso en Hué, se hacía sentir la presión del Viet Minh. Corrió el rumor que en Hanoi, apoyado por los aliados, el Viet Minh había tomado el poder y que había recibido de aquellos todas las garantías en cuanto a la independencia de Vietnam. El 22 de agosto, Bao Dai decidió dimitir en bloque. Pero en éstas llegó el telegrama de Hanoi exigiendo la abdicación. Los vietmin locales tuvieron inmediato conocimiento.

Bao Dai, bajo la presión de una parte de su círculo, cedió. El 24, respondió a través de su consejo privado que había tomado ya la decisión de abdicar, de desaparecer para no ser un obstáculo a la liberación del país. Deseaba, sin embargo, que el pueblo fuera consultado. A la espera, deseoso de ceder legalmente sus poderes, pedía que los jefes del Viet Minh fueran lo antes posible a Hué para la ceremonia de traspaso de poderes.

El 25, los dos representantes del Viet Minh, Tran Huy Lieu, vicepresidentes del comité de liberación y Cu Huy Can, llegaron a Hué. Sin el menor incidente, el régimen imperial desapareció. Bao Dai entregó los sellos imperiales y, mientras la bandera roja era izada en el mástil del “Caballero del Rey”, se firmó el acto de abdicación.”

La revolución en el Sur

También en el sur tomará auge la revolución. He aquí el relato que de ello hace Devillers:

“El 14 de agosto se constituyó, en presencia de representantes japoneses, un “Frente Nacional Unificado”. Junto al Partido Vietnamita de la Independencia de Ho Van Nga, reagrupaba a las Juventudes de Vanguardia, al Grupo de los Intelectuales, los sindicatos de funcionarios, los caodaistas, los Phuc Quoc, los Hoa Hao y, por fin, el grupo trotskystas La Lutte. Este frente disponía de fuerzas importantes. Los grupos de choque caodaistas y las Juventudes de Vanguardia formaban lo esencial del frente.

El 16, se formó un “ejecutivo”. El nuevo delegado imperial, Nguyen Van Sam todavía no había llegado desde Hué, pero poco importó. Ho Van Nga, el jefe del Partido de la Independencia, se instaló como delegado (Kharn Soi) interino, Tran Van An como Presidente del Consejo de Cochinchina, Khê Van Can como prefecto de Saigón-Cholon, y a ellos comenzaron los japoneses a transferirles los poderes y servicios durante el mismo día. Se concretaron manifestaciones. Algunas “juventudes de vanguardia” se aprovecharon para registrar casas de europeos bajo pretexto de descubrir en ellas armas. Se produjeron incidentes. El Viet Minh escogió este momento para salir de la sombra. El 21, en la aglomeración de Saigón, repartió panfletos en los que se presentó como un potente movimiento de resistencia vietnamita, sostenido por la URSS, China y Estados Unidos, junto a los cuales había combatido a franceses y japoneses.

Entre comunistas y nacionalistas se entabló rápidamente una lucha. Nguyen Van Sam, llegado a Saigón el 19, entra inmediatamente en relación con el estado mayor nipón para obtener armas para los partidos nacionalistas y sus milicias. Los comunistas, al corriente de estos tratos, ven el peligro: si dejaban que el armamento nipón pasase a los nacionalistas, deberían abandonar cualquier esperanza de dirigir la revolución. El 22, los vietmin pasan a la acción, provocan una reunión con los dirigentes del Frente Nacional Unificado. Demuestran cómo de precaria era su situación nacida de la fuerza y voluntad niponas, precaria e inoportuna para el momento en que se esperaba en Saigón la Comisión de Armisticio aliada. Si un cambio

de frente no se operaba rápidamente, hacen valer, el movimiento vietnamita de independencia corría un fuerte riesgo de verse tratado por los aliados como una pura creación japonesa y será aplastado sin lugar a dudas. Para permitir al pueblo vietnamita conservar la independencia, acaba de conquistar, hacía falta que los otros partidos desaparecieran ante el Viet Minh y que éste, por el reconocimiento adquirido ante los aliados, podría negociar útilmente con ellos.

Cediendo a esta sutil argumentación, los jefes nacionalistas deciden pasar a segundo plano y que sus partidos y grupos se adhieran al Frente Viet Minh que así se convierte, en cierta forma, en un “frente nacional” muy amplio. Creían, por otra parte, que un cambio de etiqueta les aprovecharía mucho más que a los comunistas, de los que conocían su debilidad.

El 25 de agosto se consagra una gran manifestación al triunfo de la revolución. Un monstruoso desfile, desde las nueve de la mañana a las seis de la tarde, permite a los nacionalistas y al Viet Minh medir sus fuerzas. La manifestación, admirablemente orquestada, se desarrolla en un marco perfecto e incluso impresionante, sin el menor incidente, ante los estupefactos franceses. Las banderas amarillas de los nacionalistas han desaparecido, y mientras que por todas partes surgen las banderas rojas del Viet Minh, un “Comité Ejecutivo Provisional de Vietnam del Sur” se instala en el palacio del Gobierno de Cochinchina. De 9 miembros, 7 de ellos son comunistas: Giap asume la presidencia y los asuntos militares. El Dr. Thach comisario de asuntos extranjeros. Nguyen Van Tao, el líder sindicalista de 1937 que acaba de cumplir una pena de cinco años en Poulo-Condore, es secretario general y comisario de interior. Huynh Van Tieng, también él militante sindicalista, muy activo de 1936 a 1939 en propaganda. Duong Bach Mai y Nguyen Van Tay (el lugarteniente de Giap) son, por fin, comisarios de asuntos políticos y administrativos, respectivamente del Este y del Oeste.

El 25 de agosto de 1945, diez días después de la capitulación japonesa, el Viet Minh domina también todo el país vietnamita. Con una desconcertante facilidad, por el efecto conjugado de la negociación, limpieza, propaganda e intimidación, y gracias a la “neutralidad” japonesa sobretudo, ha conquistado el poder. Su bandera flota ahora en todas partes, del Norte al Sur, de Hanoi a la punta de Ca Mau.”

La revolución en marcha

El 29, Ho Chi Minh forma en Hanoi un gobierno provisional. El 2 de septiembre proclama la República Democrática de Vietnam. Durante ese tiempo, las tropas chinas ocupan Vietnam del Norte hasta el paralelo 16. Las primeras tropas inglesas encargadas de ocupar provisionalmente Vietnam del Sur llegan a Saigón en septiembre. El Viet Minh entabla entonces discusiones a través de su propio jefe con el representante del gobierno francés, el coronel Cédile, que ha sido lanzado en paracaídas a fines de agosto en el sur. El 2 de septiembre se desarrolla una gran manifestación en la que se producen incidentes. El 4 de septiembre, Giap, representante del Viet Minh, las desautoriza y ruega calma en su periódico *Le Peuple*. Philippe Devillers escribe:

“Los vietmin son entonces acusados abiertamente de traición. Cadaistas y trotskistas ordenan a la población que no entregue sus armas. La presión sobre los comunistas deviene intensa. El 10 de septiembre, Giap debe ceder. Abandona la presidencia del Comité Ejecutivo de Nambô para pasarlo a un “sin partido”, Pham Van Bach. El comité se amplía. Mientras que en su primera formulación tenía 6 comunistas sobre 9 miembros, de ahí en adelante solo tendrá 4 sobre 13. Tres “sin partido”, hacen su entrada dos nacionalistas, un cadaista, un trotskista y el jefe de los Hoa Hao, el bonzo Huynh Phu So. Esta ampliación consagra el abandono táctico por

los comunistas de la dirección real del movimiento y la orientación cada vez más nacionalista del Comité de Nambo.”

Más lejos, sigue escribiendo:

“El progresivo refuerzo de las “fuerzas del orden” hace confiar en un “saneamiento” de la situación en un futuro próximo.

Después de su desventurada entrevista con los jefes comunistas, Cédile fue sometido a la determinante influencia de un grupo: el que forman Bocquel y sus amigos, en particular el plantador Bazé, un euroasiático y un abogado, M. Béziat. Retoma el contacto, también, con determinados administradores de los servicios civiles, de entre los cuales algunos como Lalanne son, sin embargo, muy cuestionados por los resistentes. Todos presionan a Cédile para que no trate con los “aventureros” del Viet Minh, esos “presidarios”, esos “bandidos” y “agitadores” comprometidos con los japoneses, etc. Esta agitación, se le dice, es totalmente artificial y provocada. Sólo es un bluf fantástico. Es necesario rearmar a los soldados, actuar. “Los annamitas están relajados. Desde el momento en que os mostréis firmes y que saquéis la porra, huirán como gorriones (sic)”

¡Golpear la cabeza! Por parte francesa como vietnamita, lo formula tiene sus partidarios. El capitán de fragata de Riencourt, jefe de la DGER en Saigón, es uno de los más fervientes partidarios. Cédile no abandona, sin embargo, la esperanza de negociar. Convencido partidario de las nuevas fórmulas coloniales, se esfuerza en no ceder a esas instancias. Pero ¿qué dicen sus instrucciones? Restablecer el orden. Volver a instalar la soberanía francesa. Prever una consulta popular general para encontrar los delegados que representen realmente a la nación ante el establecimiento del futuro régimen.

Con tales directivas, ¿es posible convencer a los annamitas de la generosidad de Francia? Entre quien tiene por misión restablecer la soberanía francesa y aquellos que solo tienen un objetivo que es defender la independencia conquistada, está claro que es difícil el dialogo si no imposible. Mucho más que arriesgar un nuevo Saint-Barthélémy vale forzar las cosas. ¿El pretexto? Cédile anuncia fríamente en su conferencia de prensa del 19 de septiembre

“El Viet Minh [dice] no representa a la opinión popular. Es incapaz de mantener el orden y de evitar el pillaje. Primero que nada es necesario que reine el orden, después constituiremos un gobierno de acuerdo con la declaración del 24 de marzo”

Desde entonces, los franceses se libran a múltiples exacciones contra los vietnamitas. Se desencadenan la insurrección y la huelga general en Saigón. Pero el 2 de octubre, los dirigentes Viet Minh del Nambo aceptan la “tregua”: con otras palabras, rompen la huelga general y liquidan la insurrección. A partir del 5 de octubre, las primeras tropas francesas, que manda Leclerc, llegan a Saigón. Como lo escribe Deviller, “él [Leclerc] no cree en la virtud de la huelga”. Inmediatamente, entabla operaciones militares y desata la más brutal represión. Vuelven a ocupar los principales puntos de Cochinchina, Annam del Sur y Camboya. La ocupación dura hasta febrero de 1946. Algún tiempo después que Leclerc, llega a Saigón el “monje sangrante”, el almirante Thierry d’Argenlieu, que el general De Gaulle ha nombrado alto comisario para Indochina.

Durante esos acontecimientos, el Viet Minh asesina a Tha Tu Thau y a centenares de militantes trotskistas.

La reocupación de Cochinchina, Annam del Sur y Camboya es el punto de partida para la total reocupación de Indochina. Sin embargo, en el Norte, la presencia del ejército chino complica más aun la situación de por sí ya difícil.

La revolución ha hecho volar las antiguas estructuras políticas y administrativas. Por todas partes se han constituido comités. El programa del Viet Minh y el del gobierno no tienen ninguna disposición que vaya más allá de la república burguesa: respetan y legitiman la propiedad privada de los medios de producción. El gobierno sólo hace provisional el resultado de la acción revolucionaria de las masas cuando decide la supresión del mandarinato y toda la jerarquía administrativa y política colonial. Por el contrario, en las ciudades y pueblos, los comités que se han constituido tendrán que abrirse a los representantes de la burguesía y de las clases poseedoras. El gobierno sólo decreta las reformas ineluctables y prácticamente realizadas ya de hecho: base imponible del impuesto, condena de la usura, de las servidumbres heredadas del mandarinato. Veamos qué dice de esto Deviller:

“Lo que en efecto cuenta por el momento es menos lo que se ha dicho o escrito en las ciudades como Hanoi o Hué, donde llegan misiones aliadas, donde en consecuencia el gobierno debe salvar las apariencias y mantener el orden, que lo que ocurre en el campo.

La revolución ha tomado allí un carácter absoluto, radical. Antes incluso que hayan sido elaboradas las instrucciones sobre los comités del pueblo, la revolución, la verdadera, ha comenzado en él.

En las aldeas y pueblos, notables y mandarines son apartados, molestados, arrestados a centenares, incluso masacrados, por grupos desenfrenados, conducidos por agitadores casi siempre desconocidos, sin que la población, en general aterrorizada pero a veces consentidora, reaccione. Todas las prisiones, todos los presidios simultáneamente abiertos, desembocan sobre el país, borrachos de libertad y revancha, “políticos” y condenados de derecho común. El caos y la confusión, tienen mucha más facilidad para instaurarse pues desde hace numerosos meses la autoridad del gobierno, más aquí que en los centros, sólo tiene un carácter nominal.

Casi no se pueden contar los pillajes, persecuciones, extorsiones de fondos, las “confiscaciones de bienes de burgueses fascistas y contrarrevolucionarios”, los arrestos arbitrarios y los asesinatos tras pasar (o sin pasar) por el simulacro del juicio por “tribunales populares” rápidamente puestos en pie. Los militantes del PCV creyeron llegada la hora de aplicar el programa de “eliminación del capitalismo fascista” que les había sido enseñado en los manuales de agitadores profesionales. En numerosos centros de provincias y aldeas, especialmente en Annam del Norte (Nghê An, Ha tinh, Thanh Hoa) y en Tonkin (Bac Ninh, Thai Binh), los comités del pueblo, bajo su dirección, ordenarán la supresión de las ceremonias rituales, el reparto de tierras, la confiscación de bienes de los ricos.

Los comités del pueblo se habían apoderado de las aldeas y los tiranos que los componían hacían reinar el terror. Por todas partes el poder efectivo pertenecía a comunistas (a menudo extraños a la aldea) o a individuos pretendiéndose como tales.

La revolución tomaba así desde el principio un carácter extremadamente violento de lucha social. Se afirmaba, en la mayoría de las regiones, como de esencia comunista desarrollándose sobre las líneas absolutas del esquema leninista.”

Una apreciación sobre la política del PCV y la revolución

Devillers expone después la difícil situación y la política de los dirigentes del PCV:

“Estos excesos no podían más que desacreditar a la revolución, hacerla caer en el caos. Los dirigentes comunistas lo sintieron inmediatamente. Uno de ellos, Duong Bach Mai, me diría mucho más tarde (en marzo de 1947) como, en su calidad de

inspector de los asuntos políticos y administrativos del Este del Nambô (Cochinchina), se empleó en calamar los ardores intempestivos de los militantes de base, mostrándoles que la tarea del momento no era hacer una revolución proletaria sino abatir el “colonialismo” llamando al pueblo a luchar contra él [...]

Su única esperanza de mantenerse y sobrevivir era encabezar el mar de fondo patriótico, convirtiéndose en la punta del combate por la independencia. No sólo estaban seguros de agrupar así tras ellos a la inmensa mayoría de la población sino de que serían los primeros en beneficiarse del apoyo de los representantes de los dos países aliados, China y Estados Unidos, de los que ya conocían sus sentimientos frente a la colonización, de los de Francia en particular. El discurso de Giap pronunciado el 2 de septiembre en Hanoi no traducía sólo una apasionada voluntad de independencia; mostró que los dirigentes del Viet Minh tenían claramente en cuenta estos dos aspectos del problema.

Reprimir los excesos, obtener la unión del pueblo: Ho Chi Minh y su equipo se emplearon inmediatamente en estos dos objetivos. Ho Chi Minh seguía estando convencido, como en 1930 cuando fundó el partido, de la imposibilidad de una instauración brutal del socialismo en Vietnam. El pueblo no estaba preparado para ello en absoluto, tanto por sus tradiciones como por su espíritu. Durante largos años, el Vietnam debería encaminarse lentamente hacia el socialismo mediante el aprendizaje y la práctica de la democracia. Lo que importaba ante todo fue la independencia, independencia sin la cual no era posible ningún régimen realmente democrático. El pueblo vietnamita debía poder decidir libremente su destino sin intervención extranjera. El socialismo sería su objetivo. Pero el camino que llevaría a él sería largo, pues harían falta años para consolidar el régimen “democrático”, liquidar las tendencias reaccionarias, echar las bases de una economía y una “vida” nuevas. Durante este período, la unión de todas las clases, de todas las capas de la población, era indispensable. Además, la aplastante preponderancia de la clase campesina no permitía edificar en Vietnam un régimen de dictadura de la clase obrera. Ésta era demasiado poco numerosa (3% de la población activa) y no estaba preparada del todo para jugar un papel dirigente. El régimen democrático no podía permitirse al principio rechazar a intelectuales y técnicos bajo pretexto de su origen burgués. Lo importante era sellar con toda confianza y de forma indisoluble la alianza de la burguesía nacional, del campesinado y de la clase obrera.

Esta claridad de puntos de vista, de conciencia de las realidades y necesidades vietnamitas, este sentido de la evolución histórica, esta ausencia de sectarismo, hacen de Ho Chi Minh, sin contestación posible, uno de los líderes más destacables del movimiento de liberación asiático. Su vasta cultura, su conocimiento de los mundos occidental, ruso y chino, hacen de él un hombre aparte en el comunismo amarillo. Ciertamente, es marxista, profundamente marxista, y sin embargo no da la impresión de creer en el materialismo dialéctico. Sus palabras y actos están marcados, en efecto, por un profundo sentido de lo humano. Toda su vida ha luchado. Ha sido torturado, perseguido, encarcelado incluso. Siempre ha mantenido, sin embargo, una impresionante serenidad. ¿Este hombre frágil, ascético, de salud frágil, nutría la ambición de devenir el Gandhi de Indochina? Ciertamente, quienes le han sido cercanos, lo aseguran. En cualquier caso era indiscutiblemente un adversario de la violencia, sobretodo inútil.

El celo excesivo de los “militantes de base” había hundido ahora a Vietnam en el caos. Para retomar el control, Ho Chi Minh sólo disponía de un equipo reducido, algunas decenas de “cabezas” en Hanoi, a penas otro tanto en provincias. La

propaganda, la persuasión (pues la fuerza no existe todavía) son los únicos medios con los que puede contar.

Se emprende inmediatamente un potente esfuerzo de organización. Ante la falta de base con la que se pueda contar, la recuperación se hace de arriba abajo. La autoridad en las ciudades se consolida también rápidamente. Comités ejecutivos, compuestos o controlados por militantes seguros, asumirán rápidamente las responsabilidades a la cabeza de cada ky y de cada provincia. Pero las dificultades van a aparecer a medida que se penetra en el campo.”

El gobierno no quiere, sobretodo, que se reúna un congreso de comités. Le opondrá la elección de una Asamblea Constituyente. Llama a la jerarquía católica. Se emplea a fondo en constituir un ejército regular: “un núcleo muy seguro de guerrilleros armados al estilo estadounidense de la “zona franca”, añadirá poco a poco, tras una criba muy severa, antiguos tiradores del ejército francés, instruidos y disciplinados, antiguos “guardas indochinos”, auxiliares japoneses, jóvenes del mandato Ducoroy.” Con otras palabras, se emplea en constituir un aparato capaz de contener y rechazar la revolución.

En Tonkin, la burguesía “indígena” y los propietarios terratenientes, que se beneficiaban del apoyo de las autoridades chinas, se agruparán y organizarán muy rápidamente. Forman el Bloque Nacionalista. El PC indochino multiplica las concesiones: ¡el 11 de noviembre de 1945, proclama, incluso, su propia disolución! Las elecciones en principio se retrasaron pero el 6 de enero de 1946 se vota en las zonas controladas por el Viet Minh. Los resultados fueron un triunfo para éste, pero, so pretexto que los partidos burgueses no había podido constituirse a tiempo, se le atribuyeron de oficio a la “oposición” setenta escaños de los trescientos cincuenta. Un poco más tarde, el Viet Minh formó un nuevo gobierno (llamado de Unión Nacional) en el que participó el Bloque Nacionalista. Bao Dai siguió siendo “consejero supremo del gobierno”. El contacto entre Sainteny, “comisario para Tonkin” del gobierno francés y Ho Chi Minh ya estaba establecido.

Las negociaciones entre los gobiernos chino y francés llevarán, por otra parte, el 28 de febrero de 1946, a la firma de un tratado francochino: el imperialismo francés abandonaba sus “derechos” en China y se comprometía a proteger a los comerciantes chinos en Indochina; a cambio, ¡las tropas francesas tomarían el relevo a las chinas que ocupaban Tonkin entre el 1 y el 15 de marzo de 1946! La operación debía estar acabada el 30 de marzo.

La convención del 6 de marzo de 1946

Sin embargo, el 6 de marzo, la flota francesa se presentó delante de Haiphong y la bombardeó con el pretexto que cañones chinos habían disparado sobre ella; el mismo día, Ho Chi Minh y su gobierno firmaron con Sainteny una convención que estipulaba especialmente:

“1°. El gobierno francés reconoce a la República del Vietnam como un estado libre, con su gobierno, parlamento, ejército y finanzas, formando parte de la Federación Indochina y de la Unión Francesa.

En lo que concierne a los “Tres Ky” (Tonkin, Annam, Cochinchina), el gobierno francés se compromete a ratificar las decisiones tomadas por la población consultada en referéndum.

2°. El gobierno de Vietnam se declara presto a acoger amistosamente al ejército francés cuando, conforme a los acuerdos internacionales, revele a las tropas chinas.”

Bajo estas condiciones, las tropas francesas volvieron a pisar Tonkin. En nombre de la “Unidad Nacional”, indispensable, según él, para la lucha por la independencia nacional, el Vite Minh había subordinado los intereses de los obreros y los campesinos a su alianza con la burguesía y los grandes propietarios terratenientes; ¡ahora renunciaba a la independencia! Sainteny no había aceptado firmar un texto en el que figuraba ese vocablo, sólo consintió que las palabras “estado libre” fueran escritas. En contrapartida, Ho Chi Minh aceptaba que su “estado libre” fuera subordinado al doble corsé de la Unión Indochina y de la Unión Francesa. Por fin, y sobretodo, acogía “amistosamente” en Tonkin al ejército francés, que acaba de tomar el control en Cochinchina.

Ho Chi Minh partió hacia Francia a la cabeza de una delegación de su gobierno. Tras largas negociaciones en Fontainebleau, que no ofrecieron ningún resultado, firmó en el último momento, el 14 de septiembre de 1946, justo antes de volver a partir hacia Hanoi, un *modus vivendi*. Los mismos términos del *modus vivendi* eran significativos. Ho Chi Minh ratificaba la “proclamación”, acaecida el 1 de junio en Dalat, bajo los auspicios de Thierry d’Argenlieu, de una “República Autónoma de Cochinchina”; aceptaba también estas líneas:

“Los dos gobiernos se comprometen a poner fin, por parte de uno y de otro, a los actos de hostilidad y violencia en Cochinchina y Annam del Sur.”

Dicho de otra forma, aceptaba que los combatientes vietnamitas se comprometiesen a bajar las armas, mientras que el mantenimiento de las tropas francesas en Tonkin formaba parte naturalmente del *modus vivendi*. Además:

“Vietnam acepta el principio de la unidad monetaria y aduanera de Indochina. La piastra indochina formará parte de la zona franca... El estatus de bienes y empresas francesas en Vietnam no podrá ser modificado más que de común acuerdo entre los dos gobiernos. Los bienes requisados por el gobierno vietnamita serán devueltos a sus propietarios.”

Y también esto:

“Vietnam se compromete a llamar prioritariamente a los residentes franceses cada vez que necesite consejeros, técnicos o expertos. Esta prioridad sólo cesará caso de imposibilidad para Francia de suministrar el personal solicitado.”

La declaración del gobierno provisional de Vietnam, formado el 3 de septiembre de 1945 por el mismo Ho Chi Minh que firmaba al mismo tiempo este *modus vivendi*, estaba muy lejos. No se lee allí:

“Nosotros, miembros del gobierno provisional representante de la población entera de Vietnam, declaramos no tener de ahora en adelante ninguna relación con la Francia imperialista, anular todos los tratados que Francia ha firmado sobre Vietnam, abolir todos los privilegios que los franceses se han arrogado sobre nuestro territorio.”

Consecuencias ineluctables

La política seguida por el Viet Minh implicaba consecuencias inevitables: incluso sus aliados nacionalistas burgueses no aceptaban esta capitulación, sea por maniobra, sea porque realmente eran partidarios de la independencia. Se abatió sobre ellos la represión y una de las armas utilizadas para eliminarlos fue el asesinato político. El gobierno de la Unión Nacional dimitió ante la Asamblea Constituyente, en la que estaban presentes sólo doscientos diputados, de los cuales veinte de la oposición.

Ho Chi Minh formó un nuevo gobierno el 3 de noviembre: un gobierno de “Bloque Nacional”. Sin embargo, el “ciudadano” Vinh-Thuey seguía todavía como

“consejero supremo del gobierno”. Al Viet Minh le era imposible, bajo estas condiciones, dejar a los trotskistas defender su política y organizarse: se comprende, pues, que el asesinato de Tha Tu Thau y de centenares de trotskistas combatientes contra el imperialismo francés en Cochinchina fuera una medida indispensable para Ho Chi Minh y el Viet Minh en el marco de su política.

Pero todo ello no era suficiente para el imperialismo francés.

El 23 de noviembre de 1946, la flota francesa bombardeó Haiphong: esta vez, los cañones de la marina causaron millares y millares de muertos, arrasando con obuses los barrios indígenas de la ciudad. ¿El pretexto de este bombardeo? El control de las aduanas. ¿La verdadera razón? El control total por el ejército francés de la región militar de Haiphong. No era, evidentemente, más que una etapa hacia la total ocupación de Tonkin.

Y, el 19 de diciembre de 1946, bajo la excusa de prevenir un ataque contra las tropas francesas que el ejército vietnamita estaría preparando, la armada francesa repitió sobre Hanoi el golpe contra Haiphong: ocuparon la sede del gobierno vietnamita que tuvo que huir.

Derrota del imperialismo francés

El Viet Minh, en realidad el PCV, no tenía en 1946, al igual que el Partido Comunista chino, otro remedio: o resultar liquidado físicamente o combatir armas en la mano.

Sólo entonces el Viet Minh llamó a los vietnamitas al combate. Comenzaba la guerra de Indochina. El Viet Minh no modificó, sin embargo, el eje de su política; el 19 de abril de 1947, en un mensaje dirigido al gobierno francés, el gobierno de Ho Chi Minh afirmaba todavía:

“El interés de los dos pueblos es colaborar fraternalmente en el seno de la Unión Francesa, asociación de pueblos libres, que se comprenden y se aman [sic] [...] Para probar la sincera afección de Vietnam por la paz y su amistad hacia el pueblo de Francia, el gobierno vietnamita propone el cese inmediato de las hostilidades y la apertura de negociaciones en vistas a un arreglo pacífico del conflicto.”

Esta política sólo podía debilitar la lucha del pueblo vietnamita y al mismo Viet Minh.

Aunque la guerrilla no había cesado en una gran parte de Cochinchina, del delta de Tonkin y en numerosas regiones de Vietnam, la situación militar del Viet Minh devendrá extraordinariamente difícil a fines de 1947, en 1948 y en 1949.

La derrota de Chang Kai-shek y la constitución de la República Popular de China van a cambiar radicalmente las relaciones. El 18 de enero de 1950, el gobierno chino reconocía al gobierno de Ho Chi Minh. El 31, la agencia Tass anunciaba también el reconocimiento de la RDV por el gobierno de la URSS (lo que no hizo ni en 1945 ni después).

La victoria de la guerra revolucionaria en China confería obligatoriamente un potente impulso al combate contra el imperialismo francés en Vietnam. Además, la guerra de Corea y la amenaza estadounidense sólo van a obligar al gobierno chino a intervenir directamente en Corea, pero también a aportar un potente apoyo al PCV. En octubre de 1950, una primera ofensiva vietmin llevaba a la derrota francesa de Cao-bang, y el Viet Minh controlará toda la región de las altas mesetas tonquinesas. A partir de ahí amenazaba directamente al delta tonquinés. A principios de 1951, gracias a los refuerzos de Lattre de Tassigny, bloqueaba una primera tentativa del Viet Minh para

invadir el delta. Pero la guerra iba a proseguir a partir de entonces bajo otras condiciones, sin esperanza de victoria para el imperialismo francés. A fines de 1953 y a principios de 1954, el apoyo militar de China es incontestablemente un elemento determinante de la derrota francesa de Dien Bien Phu. Sólo en 1952, tres años después de la victoria de la revolución china, el PCV, oficialmente reconstruido bajo el nombre de Partido del Trabajo, adoptó un programa que implicaba la expropiación del imperialismo, de las grandes propiedades terratenientes y de la burguesía compradora, el programa de un gobierno obrero y campesino.

Los ocho años de guerra en Indochina, lejos de permitir el restablecimiento del antiguo orden colonial, acabaron por minarlo definitivamente. El imperialismo francés se vio obligado a constituir, bajo los auspicios de Bao Dai, la ficción de un estado vietnamita incluso cuando intentaba desesperadamente reconquistar Indochina. El gobierno francés abandonaba formalmente, el 30 de diciembre de 1949, su soberanía sobre Vietnam.

La derrota de Dien Bien Phu tuvo, sobretodo, una importancia política. Se produjo tras la huelga general espontánea de agosto de 1953 en Francia, cuando la agitación por la independencia toma una considerable dimensión en Túnez y Marruecos, después de la insurrección argelina del 1 de noviembre de 1954. Se produce también en el momento en que la revolución política descarga su primer golpe en la Europa del Este. A su vez, es un factor de crisis política del imperialismo francés. En Vietnam se descomponen todas las estructuras artificialmente construidas tras 1946 por los franceses. El “estado” de Bao Dai se hunde. La putrefacción económica y social es inimaginable. El ejército francés está totalmente desmoralizado. Los acuerdos de Ginebra que le imponen al PCV, concertadamente, la burocracia del Kremlin y la burocracia china, salvan del desastre al ejército francés. Imponen la partición de Vietnam en dos a la altura del paralelo 17. Mientras que el ejército francés se retira al Sur, los guerrilleros del Viet Minh deben evacuar el Sur, Laos y Camboya. Pero esas extraordinarias circunstancias que suceden a las de ocho años de guerra revolucionaria, a la revolución de 1945 en Vietnam, hacen del gobierno de Ho Chi Minh el tipo de gobierno obrero y campesino del que el *Programa de Transición* prevé la posibilidad teórica.

Al Sur, por el contrario, el mantenimiento de las tropas francesas en un primer momento, el apoyo masivo del imperialismo estadounidense, la liquidación de las sectas caodaístas, Hoa Hao, de los piratas Bin Xuyen y, sobretodo, el golpe político que constituye la retirada al norte del paralelo 17 de los combatientes y militantes del Viet Minh, van a permitir, tanto en Laos como en Camboya, constituir un estado comprador que depende estrechamente del imperialismo estadounidense.

Retomamos aquí lo que se escribía en *La Vérité* haciendo un primer balance de la segunda guerra revolucionaria y de la intervención estadounidense en Vietnam (nº 567, mayo de 1975).

Derrota del imperialismo USA: el GRP en Saigón

En el momento en que se escribe este artículo, las tropas de Vietnam del Norte y del GRP entran en Saigón. La presidencia del general Minh, representante del llamado “tercer componente” sólo ha sido muy provisional. Ha aceptado la capitulación militar sin condiciones que el gobierno de Hanoi y el GRP le han exigido finalmente. Visiblemente ha asegurado el mantenimiento de la “autoridad” entre la partida de Thieu y la llegada del GRP. Se ha realizado una transmisión de poder a fin de evitar al máximo el vacío político.

Esta guerra, revolucionaria y justa por parte de las masas del Vietnam y de Indochina, ha terminado con una muy dura derrota del imperialismo, del imperialismo estadounidense en particular. Los gobiernos compradores de Camboya y Vietnam del Sur han sido aplastados, liquidados. Sus ejércitos, sus administraciones, sus “estados” se han disgregado por completo. Nada los pudo salvar. Bajo una determinada forma, la revolución proletaria mundial logró una victoria en Vietnam e Indochina.

Pero en la hora actual, no está todo dicho aún en Saigón. El gobierno de Hanoi y el GRP, tras haber exigido la transmisión del poder y la capitulación militar ¿se va a abrir a ministros representantes del llamado “tercera componente”? A pesar del desastre total de los gobiernos compradores, la presión del imperialismo estadounidense se manifiesta todavía con la presencia de la VII Flota y el gobierno de Hanoi.

El programa del FNL no ha sido declarado caduco. Ahora bien, este programa garantiza la propiedad privada de los medios de producción y, por este mismo hecho, la división del Vietnam en dos. En 1954 ya fueron firmados los acuerdos de Ginebra bajo la presión del Kremlin y de Pequín y en nombre de la política de coexistencia pacífica, de unión nacional, y, hace ahora dos años, los acuerdos de París. El pueblo vietnamita y los pueblos de Indochina han pagado un estremecedor precio por la firma de los acuerdos de Ginebra en 1954 y los de París en 1973, como también han pagado ya terriblemente caros los acuerdos de Fontainebleau de agosto de 1946 y la política de integración en la Unión Francesa que Ho Chi Minh y Vietnam practicaron hasta 1947-1949.

Los millones de muertos de esta guerra de treinta años, los inconmensurables sacrificios de los pueblos de Vietnam e Indochina, las terribles destrucciones, las plagas e innumerables secuelas, exigen imperiosamente que el principio del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos sea plena y totalmente aplicado en Vietnam e Indochina. Las masas de esos países reconocen en el GRP, el gobierno de Hanoi, el FNL y el Partido de los Trabajadores vietnamitas a su dirección política, pero quieren acabar con la burguesía compradora, los terratenientes, quieren la unidad de Vietnam e Indochina.

Los regímenes burgueses compradores de Vietnam del Sur y Camboya se han hundido. Las clases explotadoras de todas estas regiones de Indochina se han descompuesto social y políticamente. Se ha abierto un profundo vacío político y social, sean cuales sean las precauciones tomadas en la transmisión del poder en Saigón. En Camboya y Vietnam del Sur, ¿respetarán las masas la propiedad privada de los medios de producción y de la tierra? ¿Será posible imponerles la presencia política, en el gobierno y en el país, de sus verdugos de ayer y de mantener la división del país? Al nivel más elevado del FNL, del Partido de los Trabajadores vietnamitas, del gobierno de Hanoi y del GRP, esas aspiraciones de las masas encontrarán una expresión entre los cuadros dirigentes. Es imposible que puedan ser ahogadas. Los dirigentes del FNL y del Partido de los Trabajadores vietnamitas ya se han visto obligados, en numerosas ocasiones, a ir más lejos de lo que desean en la vía ruptura con el imperialismo y la burguesía. Particularmente han tenido que aceptar, además, los “acuerdos de París”. El GRP y el FNL han entrado en Saigón y aseguran el poder. Teniendo en cuenta la situación, se verán obligados a abandonar en la práctica el programa del FNL y a comprometerse políticamente mucho más allá de lo que éste tiene previsto. En ello se mide la victoria de la revolución proletaria.

“Excelentes acuerdos”... no morirán todos

En última instancia, los acuerdos de París de 1973 no han podido impedir la irremediable derrota del gobierno comprador del imperialismo estadounidense. Algunos, pablistas, estalinistas y otros, han afirmado que era pues justo y necesario apoyar la firma de estos acuerdos. Todavía estas últimas semanas Pierre Rousset, el especialista de la casa, escribía en *Rouge* que hacía falta exigir la aplicación de los acuerdos de París. Este razonamiento lleva a confundirlo todo, la enfermedad y su curación. A cuenta de esto, habría que decir que los acuerdos de Fontainebleau de agosto de 1946, que subordinaban Vietnam a la “Unión Francesa”, han sido una buena cosa puesto que, al fin de cuentas, no han podido impedir Dien Bien Phu y, en cierta medida, incluso han llevado a él. Los acuerdos de Ginebra habrían sido igualmente una buena cosa. Organizaban la partición de Vietnam a la altura del paralelo 17, la retirada del Viet Minh al norte de esta línea, retirada militar y política. Pero como resultado de una nueva guerra revolucionaria, las tropas del GRP y de la RDVN han entrado en Saigón el 30 de abril de 1975. La conclusión, pues, está implicada en las premisas: gracias a los acuerdos de Ginebra.

Que los dirigentes del pueblo vietnamita se hayan visto obligados a firmar semejantes acuerdos, no tenían los medios políticos y militares para oponerse a ello, se discute y puede justificarse. Lenin y Trotsky se vieron obligados a firmar en 1918 el tratado de Brest-Litovsk que cedía Ucrania a Alemania. Hay que recordar, sin embargo, que Ho Chi Minh aceptó en 1945-1946 el marco de la Unión Francesa, conforme a la política del Kremlin; que él, Ho Chi Minh, aceptó el reparto del mundo en zonas de influencia y la defensa del sistema imperialista mundial. Quien obligó al combate al Viet Minh y a Ho Chi Minh fue el imperialismo francés cuando tomó la ofensiva política y militarmente al bombardear Haiphong el 23 de noviembre en 1946 y ocupando enseguida Hanoi, la sede del gobierno de la república de Vietnam.

El Viet Minh dirigía entonces la guerra revolucionaria del pueblo vietnamita. A partir de 1949, bajo el efecto de la revolución china victoriosa, el Viet Minh retomó la iniciativa política y militar. En 1954, fue Dien Bien Phu. Enseguida, el gobierno de la RDVN y el Partido de los Trabajadores vietnamitas se acomodaron, como mínimo, a la partición de Vietnam. La descomposición social y política de las clases poseedoras en el Sur, del gobierno de Ngo Dinh Diem, han suscitado y nutrido en el lugar los primeros movimientos de la nueva guerra revolucionaria. La situación política que se creaba y la intervención directa de las tropas estadounidenses llevaron a Hanoi a comprometerse y a comenzar a intervenir militarmente en 1960. No ha lugar, pues, para celebrar como una gran victoria los acuerdos de Ginebra que quitaban a las masas vietnamitas su victoria de 1954 y les imponían una nueva guerra revolucionaria de más de quince años.

Los defensores de los acuerdos de Ginebra afirman: estos acuerdos preveían “elecciones libres en dos años”; si esta cláusula hubiese sido aplicada, habría sucedido todo de forma diferente. Desde 1954, cada uno sabía que esto era una pura y simple floritura diplomática. El hecho esencial, determinante, era: la partición de Vietnam, la retirada del Vietnam del Norte, la concentración del ejército francés en el Sur, el establecimiento en el Sur de una estructura gubernamental y estatal compradora enteramente bajo el control del imperialismo estadounidense tomando el relevo al francés.

Los acuerdos de París de 1973 deben ser considerados bajo el mismo ángulo. Consagran la renuncia del imperialismo estadounidense a su anterior estrategia de los años sesenta que conjugaba la intervención estadounidense en Vietnam (más de 550.000 soldados al Sur y la guerra aérea en el Norte) con la preparación de la guerra contra China. A propósito de esto, hay que destruir una leyenda pues tiene temibles

implicaciones políticas: es falso que el imperialismo USA haya sido vencido militarmente en Vietnam. Tras la ofensiva del Tet de 1968, las fuerzas estadounidenses han controlado militarmente el conjunto del Sur; las tropas USA estaban pegadas, por decirlo así, sin raíces sobre el suelo vietnamita aunque el FNL había sufrido una terrible sangría.

Fracaso de los acuerdos de París

Pero la situación política y la de los USA eran tales que preparar la guerra contra China era, políticamente, una locura. Habría sido necesario que el proletariado de los principales países capitalistas de Europa fuera aplastado, que el régimen de bota de hierro estuviera instaurado en los USA, que la burguesía estadounidense y todas las burguesías de las grandes potencias imperialistas estuvieran férreamente sometidas y disciplinadas.

Antes de la huelga general de mayo-junio en Francia y del proceso de revolución política en Checoslovaquia, esas condiciones estaban por establecer. El imperialismo USA podía tal vez confiar en que esas condiciones se estableciesen en el curso de la preparación de esa guerra. Todo lo contrario, en 1968, se abre un nuevo período revolucionaria en Europa. La coalición imperialista esta desgarrada por contradicciones. Las relaciones políticas y sociales en los USA eran extremadamente inestables. Se estaba lejos del estado y gobierno fuertes. Desde entonces, el imperialismo estadounidense ha debido reorientar su estrategia mundial. Ha anudado una nueva Santa Alianza contrarrevolucionaria para hacer frente a la revolución en ascenso en Europa y en el mundo. La burocracia del Kremlin está siempre disponible para ese género de acuerdos. La de Pekín también se revelará disponible. Será el viaje de Nixon a Pekín y después a Moscú. Nixon no podía mantener ya importantes contingentes en Vietnam. Se orientará hacia la “vietnamización”.

El imperialismo USA podía contar con Pekín y Moscú para imponer al gobierno de Hanoi y al FNL una “solución” que respetase sus intereses. El programa del FNL permitía las aperturas políticas en ese sentido. Esta salida fueron los acuerdos de París de enero de 1973.

Igual que en los acuerdo de Ginebra, se pueden encontrar en estos acuerdos tal o tal párrafo que, aislado del contexto, puede hacer confundir churras con merinas. La realidad política concreta era que el ejército estadounidense se retiraba de Vietnam pero que el gobierno y la administración de Thieu eran reconocidos igual que los de Vietnam del Sur. Los centenares de millares de prisioneros políticos seguían en sus celdas. La constitución de un gobierno de “tres componentes”, caro al GRP, se dejaba para las calendas griegas.

El cese del fuego se producía cuando el FNL no ocupaba ninguna ciudad importante (ni una cabeza de provincia) y estaba estacionado en terrenos más o menos desérticos. Los USA suministraban al ejército de Vietnam del Sur un fantástico arsenal. Millares de “consejeros” estadounidenses se quedaban. La potencia de fuego del ejército survietnamita era una de las más fuertes del mundo, su aviación la cuarta del mundo.

En realidad, los cuerdos de París han puesto en pie un dispositivo político-militar que no tenía otro objetivo más que destruir al FNL y al GRP. A penas firmados los acuerdos de París, Thieu se empleó a fondo en realizar el plan que contenía en la práctica esos acuerdos. Por todos los lugares, el ejército survietnamita atacó a los guerrilleros del FNL, al mismo tiempo que se extendía y reforzaba el terror policíaco. Sólo el apoyo del Norte al FNL le permitió mantenerse durante el primer año que siguió a la firma de los acuerdos de París. El sangrante precio de los acuerdos de París fueron

los centenares de millares de muertos suplementarios durante los dos años siguientes a su firma, un nuevo cortejo de inauditos sufrimientos que padecieron los vietnamitas del sur y también del norte durante los bombardeos USA. ¿De qué alegrarse Pierre Rousset?... Y después el hundimiento.

Hundimiento del aparato comprador

Toda la prensa está de acuerdo: no se ha producido una ofensiva de importancia comparable, por ejemplo, a la del Têt en 1968 o la de la primavera de 1972. La RDVN no ha enviado en este principio de año 1975 importantes tropas, potentemente armadas, al Sur. Así, la prensa ha informado que la primera cabeza de provincia ocupada en las altas mesetas lo ha sido por 1.5000 guerrilleros bajados de las montañas, muy mal armados, que han puesto en fuga a 15.000 soldados del ejército de Thieu, armados hasta los dientes. En ese momento, Thieu da la orden de abandonar las altas mesetas para reagrupar a sus fuerzas. Fue la desbandada prácticamente sin combate.

El régimen de Thieu (igual que el de Lon Nol en Camboya) se hundió literalmente sobre sí mismo, podrido en el interior. Esto recuerda, en peor, al hundimiento de Chiang Ka-shek en China en 1947-1949. Las tropas, los oficiales, abandonaron en el lugar, sin combate, armas y bagajes. La administración, el ejército, se disolvieron. El ejército del Norte y del GRP recuperó centenares de millones de dólares, de armas, de equipamientos militares de los más modernos, intactos, y hasta centenares de aviones dispuestos para el vuelo, abandonados en los campos de aviación. De ahora en adelante, el ejército de Vietnam del Norte y del GRP dispone de un considerable y moderno armamento que nunca jamás tuvo antes.

Manifiestamente el gobierno de la RDVN, el FNL y el GRP quedaron sorprendidos por esta victoria, sin ofensiva real, sin combates de envergadura, y ello les planteó problemas embarazosos. Cuando las tropas del FNL del Norte estaban a algunos tiros de cañón de Saigón, afirmaban todavía que querían la aplicación de los acuerdos de París. En nombre de esos acuerdos, pedían a Saigón que cumpliera las condiciones de la constitución de un “gobierno con tres componentes”, última fórmula que podía salvar lo que sólo era ya un trágico recuerdo: el mantenimiento de un poder y gobierno dejando lugar a los representantes de la burguesía compradora. Todo se hundió, eso ya no era posible. Y entonces Pierre Rousset, siempre en nombre de los acuerdos de París, reclamaba aún la constitución de un “gobierno con tres componentes”, el hundimiento del gobierno y el estado compradores llevaba a la realización de las aspiraciones de las masas: el GRP en Saigón, a la victoria bajo una determinada forma de la revolución proletaria.

Es una terrible derrota del imperialismo estadounidense, del imperialismo en general y, más allá, de la política de coexistencia pacífica, de la Santa Alianza contrarrevolucionaria. El imperialismo estadounidense, obligado a modificar su estrategia y a retirarse militarmente de Vietnam, sufría ya un duro fracaso. Pero la política de coexistencia pacífica lo limitaba imponiéndole al pueblo vietnamita los acuerdos de París. El hundimiento del gobierno y del estado compradores de Vietnam del Sur, y del de Camboya, es una catástrofe. Durante veinticinco años el imperialismo estadounidense se ha encarnecido en mantener su presencia en Indochina: hizo de su mantenimiento en Vietnam una cuestión central de su política mundial. Después de más de veinte años, se ha comprometido directamente y ha sido expulsado. La más gran potencia imperialista del mundo es derrotada en un terreno que ella consideraba como determinante. Más aún, la Santa Alianza contrarrevolucionaria no ha logrado garantizar, impedir esta derrota y la victoria de los obreros y campesinos de Vietnam e Indochina.

La forma en que se ha producido esta derrota y las profundas razones que son la causa son también muy importantes. Jamás el imperialismo ha logrado estructurar un estado real, implantado en suelo nacional de Vietnam (y en los países de Indochina). El imperialismo francés no lo logró. El gobierno y la administración de Bao Dai no eran más que fantasmas. Tras los acuerdos de Ginebra de 1954, en el Sur, el gobierno y estado de Ngo Dinh Diem eliminaron, gracias al apoyo de los estadounidenses, a las bandas de ladrones de los Hoa Hao, bixuen, caodaístas, budistas; pero el ejército, la policía y la administración de Diem no formaban un estado. No tenían nada que envidiar a las bandas de ladrones que eliminaban.

Lo que ha intentado el imperialismo USA

Los golpes de estado de los años 1963 y 1965, durante los cuales Diem fue derrocado y Thieu accedió al poder, la necesidad de la intervención estadounidense, al estar dada la descomposición de las fuerzas de Diem y de Thieu, enfrentadas a una guerra revolucionaria que se realumbraba, pero que los combatientes del FNL llevaban adelante con irrisorios medios, demostraban que no había estado survietnamita. Por el contrario, cuando los ejércitos estadounidenses tomaron el control militar de Vietnam en 1968, constituyeron y armaron un ejército survietnamita aparentemente potente, nació la ilusión de la constitución de un estado survietnamita fuerte. Sin embargo, importantes signos demostraban la poca eficacia y solidez de la administración, del ejército, del estado y del gobierno compradores de Thieu.

Procediendo a la reducción de las fuerzas armadas estadounidenses, después de haber cesado los bombardeos del Norte y entablado negociaciones, teniendo el control militar de Vietnam del Sur, Nixon quiso acorralar el Norte. La CIA organizó en el mes de marzo de 1970 un golpe de estado en Camboya, se trataba de atacar en y expulsar de Camboya a las tropas de Vietnam del Norte que estaban allí estacionadas y transitaban en dirección a Vietnam del Sur. Se organizó una operación militar conjunta, ejército estadounidense y ejército survietnamita. Los resultados fueron mediocres, aunque la vía fluvial del Mekong quedó despejada. Después que las tropas estadounidenses se retirasen de Camboya, en junio de 1970, las operaciones survietnamitas fracasaron. Persiguiendo siempre el mismo objetivo, el imperialismo USA lanzó a las tropas de élite de Vietnam del Sur, en febrero de 1970, sobre Laos y Camboya, para cortar la “carretera Ho Chi Minh”. En los primeros enfrentamientos serios las tropas de “élite” fueron derrotadas y sólo la intervención de la aviación estadounidense las salvó.

En marzo de 1972, tras el viaje de Nixon a Pekín y antes de su viaje a Moscú, el FNL y el ejército del Norte desataron su primera ofensiva potente desde la del Têt en 1968. El ejército estadounidense de tierra, que ya no intervenía en los combates, las tropas mercenarias survietnamitas, tuvieron que enfrentarse a ella solas. Una vez más fueron derrotadas. La aviación estadounidense intervino entonces con tal potencia que obligó a las tropas del Norte y del FNL a renunciar a lograr los objetivos de su ofensiva: Hué, Kontum, Pleiku, An Loc. Tuvieron que retirarse y evacuar Quang Tri, única ciudad que habían logrado tomar. Comentando los acuerdos de París, *La Vérité* escribía en septiembre de 1973:

“Aunque el FNL y el GRP estén en una situación muy difícil, nada está todavía estabilizado seriamente. El gobierno Thieu está corrompido, su administración y ejército están podridos y son incapaces. Las masas le son hostiles. No es imposible que, pura y simplemente, se disgreguen.”

El FNL, la RDVN, no podían abandonar pura y simplemente Vietnam del Sur a Thieu. Sin embargo no lanzaron ninguna gran ofensiva, sólo resistieron los ataques de

Thieu. El odio de las masas no ha cesado de aumentar contra Thieu. Thieu y su gobierno no triunfarán. La situación económica deviene catastrófica. La corrupción, la desmoralización, la incompetencia aumentan... aumentan sin cesar más profundamente. Ello ha sido suficiente para que se descomponga la administración y el “formidable” (sobre el papel) ejército de Thieu.

Tras sesenta años de colonialismo y treinta años de guerra revolucionaria, ha sido imposible, a pesar de los enormes medios que el imperialismo ha puesto en marcha, construir un estado burgués en el Sur con raíces en el suelo nacional. La simple presencia del estado obrero de Vietnam del Norte, por más deforme que sea, mina toda base ya por sí extremadamente débil. El aparato constituido a base de granes refuerzos de dólares se ha podrido él solo y se ha hundido súbitamente como un viejo andamio, bajo su propio peso, bajo el impacto de una sacudida muy débil. La Santa Alianza contrarrevolucionaria no lo ha podido salvar.

El PCV en el poder en el Sur

De todo lo anterior resultaron enormes consecuencias. En Vietnam y en Indochina, los límites del programa del FNL, del FUNK, ya no podían respetarse. Los gobiernos del Norte y del Sur de Vietnam fueron llevados a expropiar al capital, a los propietarios terratenientes, a unificar Vietnam y constituir la Federación indochina, es decir a realizar ciertas tareas que un gobierno obrero y campesino debe realizar, a instituir un estado obrero extremadamente deformado, haciendo de dique contra la constitución de una auténtica dictadura del proletariado.

Sin embargo, se esfuerzan en mantener, reajustándola, en Asia del sureste y en el mundo la política denominada de “coexistencia pacífica”. De todas formas, esta terrible derrota que acaba de sufrir el imperialismo estadounidense, esta extraordinaria victoria que acaban de lograr las masas explotadas de Indochina, incluso si el proletariado de esos países no puede asir y ejercer directamente el poder político, darán un nuevo y potente impulso a la lucha de clases del proletariado mundial. Todos los pueblos de Asia, América Latina y África, sometidos al imperialismo, empezando por estos del sureste asiático y de India, serán llevados a entablar la lucha. La victoria de los obreros y campesinos de Indochina anuncia y prepara un nuevo salto delante de la revolución en Asia, evidentemente, pero también en América Latina, en el Medio Oriente.

El gobierno de la RDV ha ejercido desde el principio el poder real en Vietnam del Sur tras el hundimiento del gobierno y estado comprador de Thieu. Sobretudo ha evitado que las masas actúen en su propio plano y según sus propios medios. Quien ha sido el instrumento de mantenimiento del orden es el ejército vietnamita, esperando a que se constituya un aparato burocrático, prolongación del estado existente en el Norte y formado, en su esqueleto, por burócratas enviados del Norte al Sur. La tentativa de mantener en el Sur las relaciones de propiedad burguesas estaba destinada a fracasar pues éstas son incompatibles con las relaciones de propiedad existentes en el Norte, incluso a pesar de la división del país en dos, cuando el aparato de estado es el mismo. Hoy en día ya no queda nada.

En Laos y Camboya, el hundimiento de los aparatos de estado compradores ha sido también tan brutal como en Vietnam del Sur. En el contexto de la derrota del imperialismo estadounidense, ahí también era inevitable la expropiación de los grandes propietarios terratenientes y de los capitalistas. Pero el miedo al proletariado, a las masas urbanas, ha provocado por parte de los “jemes rojos” medidas de una brutalidad sin precedentes: expulsar a las masas de las ciudades, empezando por los habitantes de Phnom Penh.

3. El caso particular de Europa del Este

En Europa del Este y en Corea del Norte, que ocuparon los ejércitos de la burocracia del Kremlin al final de la Segunda Guerra Mundial, también se produjeron radicales y profundas conmociones económicas, sociales y políticas entre 1944 y 1945. También en esos países fueron destruidos los aparatos del estado burgués, se edificaron nuevos aparatos de estado y el capital fue expropiado. Pero los procesos son muy diferentes de los que tuvieron lugar en Yugoslavia, China, Indochina. Aunque el punto de partida fue un verdadero crac de la sociedad burguesa y hundimientos de los aparatos de estado burgués y su dislocación.

En marzo de 1939, el estado checoslovaco, ya fuertemente conmovido por la cesión de los Sudetes a Alemania, fue destruido por la invasión hitleriana. En su lugar, la Alemania nazi constituyó el protectorado de Bohemia-Moravia y un estado eslovaco vasallo, dependiendo ambos directamente del aparato de estado burgués alemán. En septiembre de 1939, el estado polaco resultaba destruido a su vez bajo la acción conjunta del ejército hitleriano y del de la burocracia del Kremlin. Una parte de Polonia era incorporada, directamente, a la URSS y la otra se convertía en el “gobierno general de Polonia”, prolongación del estado burgués alemán. En agosto de 1940, el ejército de la burocracia del Kremlin, que había ocupado los estados bálticos, los integraba en la URSS. En 1944 volverían a ser reintegrados de la misma forma. Hungría, Rumania y Bulgaria devinieron aliados de Alemania. Sus aparatos de estado, cuya osamenta era como siempre el ejército y el aparato represivo, formalmente seguían siendo independientes del aparato de estado alemán. Pero esta independencia era completamente relativa. En realidad, se convirtieron en estados satélites. Sus ejércitos, igual que sus aparatos de represión, estaban fuertemente subordinados a los de Alemania, incluyendo el caso de Bulgaria que no había declarado la guerra a la URSS ni mucho menos participado en ella.

Hundimiento del imperialismo alemán, crac de la sociedad burguesa, papel del Kremlin

Durante la guerra, el pilar del mantenimiento del orden burgués en Europa fue en general, pero más particular y directamente en el Este de Europa, el imperialismo alemán, el ejército alemán, el aparato alemán de represión. La derrota de Alemania durante la guerra entrañó el hundimiento del estado burgués alemán, de su ejército, de su aparato represivo. Al mismo tiempo, en Alemania, Polonia y Checoslovaquia, desde el punto de vista de la burguesía, se creaba un vacío político total. Ciertamente, la situación no era idéntica en lo que concierne a Bulgaria, Rumania y Hungría. Sin embargo, la derrota alemana y su propia derrota entrañaron necesariamente una verdadera dislocación de sus aparatos de estado. La firma de un armisticio entre Rumania y la URSS, en agosto de 1944, permitió mantener la fachada del aparato de estado burgués, y al rey Miguel de Rumania continuar formalmente reinando.

El regente de Hungría, el almirante Horthy, ante la ineluctable derrota, nombró el 29 de agosto de 1944 un gobierno que debía intentar firmar el armisticio con la URSS. El 15 de octubre, Horthy anunciaba que pedía el armisticio. A pesar de eso, el ejército alemán ocupaba Hungría. Horthy dimitió. Se instaló en el poder el gobierno de la “cruz flechada”. El ejército húngaro y el aparato de estado fueron arrastrados a la debacle y dislocación durante violentos combates que duraron varios meses, llevando a la retirada

alemana bajo el choque del ejército de la URSS. En diciembre de 1944, se formó un gobierno en Debrecen, en la zona ya ocupada por el ejército de la URSS. Sesionó en Budapest en enero de 1945.

Siendo que Bulgaria no había declarado la guerra a la URSS, la situación podría haber sido un poco diferente. El 2 de septiembre de 1944, el consejo de regencia instituido cuando murió el rey Boris en agosto de 1943 constituyó un nuevo gobierno para negociar un armisticio con Inglaterra y los USA, con los cuales Bulgaria estaba en guerra. Pero, el 5 de septiembre, el Kremlin declaró la guerra a Bulgaria. El gobierno búlgaro, por su parte, declaró la guerra a Alemania. El 8 de septiembre, las tropas de la URSS entraban en Bulgaria. El 9, un golpe de estado apoyado por una potente manifestación llevaba al poder al “Frente Patriótico”, es decir a un frente que dominaba y controlaba el PC de Bulgaria, agente de la burocracia del Kremlin.

Todos estos países estaban totalmente ocupados. No se puede dejar de tener en cuenta el mantenimiento de la fachada de sus estados burgueses puesto que los órganos de éstos no habían desaparecido, lo que tenía que engendrar serias contradicciones y plantear difíciles problemas a la burocracia del Kremlin. Sin embargo, el poder político real no tenía donde asirse fuera del apoyo de la burocracia del Kremlin, de su ejército, de sus órganos represivos instalados en el corazón de todos los órganos del estado. Rápidamente una “depuración” los limpió de “irrecuperables”. Cada vez más, los gobiernos que se sucedieron fueron dirigidos abiertamente por los agentes del Kremlin que eran los PC, bajo la cobertura de una pseudo democracia parlamentaria. En Hungría, las cosas fueron mal. Las elecciones de noviembre de 1945, relativamente libres, dieron la mayoría a un partido de los pequeños propietarios, 59% de los votos, 246 escaños, contra 70 a los socialdemócratas, 47 al PC y 23 al partido campesino. Detrás del “partido campesino” se reagrupaba la reacción. El partido de los pequeños propietarios fue rápidamente “depurado”, su número de escaños reducido a 190 y se organizaron nuevas elecciones, elecciones en las que perdió la mayoría. Ni en Bulgaria, ni en Rumania que reprodujo parecida aventura. Los partidos burgueses fueron infiltrados, domesticados y, finalmente, destruidos. Igual que fueron destruidos los partidos socialdemócratas obligados, en última instancia, a fusionarse con los PC.

Los mismos métodos fueron aplicados en Polonia y Checoslovaquia, teniendo en cuenta, sin embargo, las circunstancias diferentes. Existía un gobierno polaco en el exilio en Londres bajo la presidencia del general Sykowski. Rechazaba sancionar la integración en Ucrania de los territorios que el ejército de la URSS había ocupado en 1939. Esos territorios eran los que habían sido anexados en 1920 a Polonia, a consecuencia de la derrota del Ejército Rojo durante la guerra entre la URSS y Polonia, guerra que habían provocado los imperialismos francés e inglés y en la que habían apoyado a Polonia.

En 1943, el Kremlin rompía sus relaciones diplomáticas con este gobierno. En 1944, se constituyó en Moscú un “comité de liberación polaco”. Lo presidía el estalinista polaco Boleslaw Bierut. Cuando sus ejércitos controlaron Polonia, la burocracia del Kremlin organizó una “Asamblea Popular Nacional” que se apoderó de ese “comité de liberación polaco”. Tras la entrada del ejército de la URSS en Varsovia, este comité fue transformado en gobierno provisional. Mikalajezjiw, líder del partido campesino polaco (convertido tras la muerte de Sykowski en presidente del gabinete polaco de Londres) sólo pudo entrar en el gobierno provisional después de reconocer a la “Polonia de la línea Curzon del Oder y la Neisse”, al igual que los antiguos miembros de su gobierno. En Polonia había desaparecido el aparato de estado al final de la guerra. Por el contrario, existía un potente movimiento de resistencia. Los estalinistas, desacreditados por el pacto germano-soviético de 1939, no lo controlaban. Estaba en

relación con el gobierno polaco en el exilio en Londres. Pero ese movimiento fue puesto a prueba particularmente en 1944. El de marzo de 1944, antes que las tropas de la URSS entrasen en Varsovia, organizó la insurrección de la ciudad. Constituyó un “comité de liberación nacional” que asumió el poder. Durante sesenta y tres días hizo frente a los alemanes. El ejército de la URSS acampaba en la otra orilla del Vístula. Dejó que los alemanes aplastasen la insurrección. Por su parte, ni el imperialismo USA ni el inglés levantaron un sólo dedo para ir en ayuda de la insurrección de Varsovia.

Ni los imperialismos ni el Kremlin querían que en Polonia surgiese el poder de una insurrección popular. Necesitaban que esta insurrección fuera aplastada.

En la Polonia de 1944, el nuevo poder, el nuevo aparato de estado, procedieron directamente de la ocupación y fueron constituidos por los agentes directos del Kremlin. El partido campesino no disponía menos de una base de masas. Tras haber constituido ella misma un “partido campesino”, la burocracia del Kremlin iba a romper mediante el terror el de Mikalaiezijw. Los dirigentes de este partido estaban arrestados. Al “partido campesino” que había constituido la burocracia del Kremlin le fueron devueltos los locales, diarios y ficheros del verdadero partido campesino. Igualmente, la burocracia del Kremlin y sus agentes constituyeron pieza a pieza un partido socialdemócrata que debía “fusionarse” ulteriormente con el actual partido obrero polaco.

En lo que concierne a Checoslovaquia, se constituyó en Londres, al comienzo de la guerra y bajo la dirección de Benes, un “comité checoslovaco”, comité que fue reconocido en julio de 1940 como gobierno provisional por el gobierno inglés. Pero la burocracia del Kremlin constituyó un “comité de liberación nacional”. Sin embargo, existen importantes diferencias entre lo que pasó en Checoslovaquia y en los otros países de Europa del Este. Las tropas estadounidenses habrían podido liberar a casi la totalidad del país si los acuerdos de Yalta no hubiesen atribuido a Checoslovaquia a la zona de influencia del Kremlin. Pero, sobretodo, Alemania estaba ya enteramente ocupada, había capitulado oficialmente cuando el 5 de mayo de 1945, estalló la insurrección en Praga. Las vanguardias del ejército ruso estaban a 200 kilómetros y las tropas estadounidenses estacionadas a 40 de Praga. El ejército de la URSS no debía llegar a Praga hasta doce horas después de la capitulación de los nazis. En Praga fue ejercido el poder, durante algún tiempo, por los sindicatos.

En Eslovaquia, el imperialismo alemán había constituido un estado “independiente” bajo la dirección de un obispo, Mgr Tiso, que también se beneficiaba del apoyo del Vaticano. Pero en agosto de 1943 estalló una insurrección popular obligando al ejército alemán a ocupar el país. La guerra de guerrillas prosiguió hasta la llegada de la URSS al norte del país, donde fue constituido un “consejo nacional” eslovaco. Allí también, lo que todavía quedaba de estructuras políticas burguesas se hundió y, como en numerosas ciudad y localidades de Bohemia-Moravia, se constituyeron comités obreros. Se anudó una situación muy particular. El gobierno que se instaló en Praga tras la ocupación era un gobierno de coalición dependiente del Kremlin. Los seis partidos autorizados (la socialdemocracia, el Partido Socialista Checo, el Partido Populista, los dos PC –checo y eslovaco-, el Partido Demócrata eslovaco) estaban reagrupados en el “Frente Nacional”. El gobierno estaba dirigido por Freilinger, una agente del Kremlin que hizo fusionarse en 1948 al partido que dirigía, la socialdemocracia, con el PC. Éste disponía de puestos claves: interior, educación, información, agricultura. Masaryk, ministro de asuntos extranjeros estaba doblado por un miembro del PC, Clementis. Ludvic Svoboda (sin partido, agente del Moscú) era ministro de defensa. Benes devenía presidente de la república. El gobierno y sus partidos se emplearon a fondo en reconstruir organismos de estado burgués, el PC en

subordinarse enteramente a los sindicatos, los comités e infiltrarse en el ejército, la policía y los órganos del estado en reconstrucción.

Sin embargo, los partidos no eran artificiales: todos tenían raíces reales, más o menos profundas. Pero el movimiento obrero, sindicatos y partidos (socialdemocracia y el Partido Comunista), tenían un peso político determinante en el país y más particularmente el PCCh. En las elecciones de 1945, que fueron elecciones libres para los partidos del Frente Nacional, el PCCh obtenía un total del 38% de sufragios, de los cuales el 43,3% en Bohemia-Moravia. Por el contrario, solamente 30,4% en Eslovaquia donde el Partido Demócrata obtenía el 62% de los sufragios.

En Alemania, el hundimiento de los nazis y la destrucción del ejército llevaban a la destrucción del estado burgués. Espontáneamente, en toda Alemania, las masas obreras comenzaron, a nivel de las fábricas, localidades, a reorganizar la vida, a organizarse. Constituyeron órganos embrionarios de poder. Más brutalmente aún que en las zonas que las tropas estadounidenses, inglesas y francesas ocuparon, el ejército de la URSS ejerció directamente el poder y reprimió en su zona de ocupación, destruyendo toda organización, toda forma política proletaria.

El capitalismo desmantelado

No son sólo las estructuras políticas y estatales de los países ocupados por el ejército de la URSS las que fueron más o menos rápidamente cambiadas drásticamente: las relaciones económicas y sociales lo resultaron mucho más. Pero, con la derrota alemana y sus consecuencias, en el punto de partida aquí también se produjeron verdaderos vacíos. En Alemania del Este, Polonia y Checoslovaquia, era evidente. En Alemania del Este, Prusia Oriental, Silesia, ante el avance del ejército de la URSS, los capitalistas y los grandes propietarios terratenientes huyeron esforzándose en llegar a las líneas estadounidenses, inglesas o francesas. La parte determinante de la economía quedaba sin propietarios. Desde 1945, en la Alemania ocupada por la URSS, 200 gran empresas devenían “propiedades soviéticas”, 40% de la capacidad de producción industrial estaba puesta “en intervención administrativa” bajo el control de las autoridades de ocupación, sólo el 30% de la propiedad industrial seguía siendo propiedad privada (ese 30% comprendía empresas que no ocupaban a más de cincuenta obreros). La burocracia del Kremlin, siempre en esta zona de ocupación, procedió al desmontaje de considerables fábricas cuya maquinaria era enviada a la URSS. En Checoslovaquia y Polonia, entre 1939 y 1945, el capital alemán tomó el control de lo esencial de la economía. En Checoslovaquia, desde 1946, 2.200 empresas industriales importantes sobre un total de 17.000, es decir una proporción del 65% de la capacidad total de producción de esa época, estaban ya nacionalizadas. En Polonia, todas las empresas alemanas o las sociedades anónimas con capital alemán, así como aquellas cuyos propietarios habían huido, fueron nacionalizadas, más todas las empresas que representaban un interés nacional (minas, petróleo, industrias de armamento). El límite de las empresas privadas fue fijado en cincuenta personas por equipos a turnos. En total, teniendo en cuenta la reducida escala de las empresas industriales en la antigua Polonia, resultó nacionalizada el 55% de la producción.

A propósito de los países satélites de Alemania, Bulgaria, Hungría y Rumania, Nicolas Clarion escribía en junio de 1948 en *Le Glacis soviétique* (de donde se han extraído numerosos datos de este artículo):

“Tras la guerra, la penetración del capital alemán en los países satélites tomó principalmente las formas siguientes: compra de acciones de cartera belga o francesa en los bancos húngaros y rumanos; compra de acciones o participaciones directas de

capitales alemanes en la industria; formación de sociedades mixtas con la participación del capital nacional sobre la base de concesiones de explotaciones mineras o de patentes alemanas; concentración de algunas empresas (explotaciones petrolíferas, transportes, etc.).

[...] En los países satélites, en conformidad con las decisiones de Potsdam y las reivindicaciones soviéticas, el conjunto de la sucesión alemana recayó sobre la URSS.”

En Hungría, además, los dos tercios de la producción de la industria pesada provenían en 1946-1947 de empresas estatizadas, pero solamente el 20% de la industria ligera. En Bulgaria, el 65% de la producción industrial provenía aún de la industria privada. En Rumania, a parte la Banca Nacional estatizada y la “propiedad soviética”, el resto de la industria seguía siendo propiedad privada. El sistema bancario y de crédito del conjunto de los países que la URSS ocupaba estaba también nacionalizado. La burguesía mantenía, sin embargo, fuertes posiciones, particularmente en el sector comercial.

Radical cambio económico y social en el campo

El cambio radical económico y social no era menos considerable en lo que concierne a la agricultura. Antes de 1939, la población agraria se elevaba a 58% de la población total en Hungría, al 80% en Rumania, al 81% en Bulgaria y al 85% en Yugoslavia. Citemos de nuevo a Nicolas Clarion:

Hungría

“En Hungría, la gran propiedad se extendía sobre cerca del 50% de las tierras; los dominios por debajo de 1.000 hectáreas se extendían, por sí solos, sobre el 18% de la superficie cultivada y estaban en posesión de ellos solamente el 0,1% de los propietarios terratenientes. Por el contrario, la pequeña propiedad de 0 a 10 hectáreas, extremadamente dividida, hasta parcelas de 0,5 hectáreas e incluso por debajo, sólo ocupaba el 20% de la tierra aprovechable en beneficio del 76,6% de los propietarios. El número del personal doméstico de granja y de los trabajadores agrícolas era muy elevado.

La reforma decretada el 17 de marzo de 1945 por el gobierno húngaro cambió profundamente la estructura del campo. He aquí las modalidades:

- *confiscación de la totalidad de las tierras y del capital muerto o vivo de los “criminales de guerra, traidores y enemigos del pueblo” (este último calificativo se aplicaba a todos los alemanes de Alemania del Oeste -470.000 personas- sin distinción de origen social);*
- *expropiación, en principio con indemnización, de las tierras de la aristocracia por encima de 50 hectáreas y de aquellas de los campesinos que estuviera por encima de las 100 hectáreas; expropiación de las tierras de la Iglesia por encima de 50 hectáreas (en contrapartida, las iglesias parroquiales fueron dotadas de tierra que en total alcanzaba las 13.000 hectáreas);*
- *fijación del techo de la propiedad en 100 hectáreas con exención para los combatientes que se hubieran distinguido en la lucha contra los alemanes (150 hectáreas) y para las “granjas modelo”;*
- *los beneficiarios de la reforma pagaban por una parcela en diez anualidades bajo las mismas condiciones que hemos visto en Alemania.*

En octubre de 1945, un poco más de 500.000 familias (de las cuales el 41% de trabajadores agrícolas, el 28% de domésticos de granja, el 31% de los pequeños

campesinos) recibieron parcelas de tierra que variaban de 2,5 a 4,5 hectáreas. La distribución afectó a cerca de 1.500.000 hectáreas.

Rumania

En Rumania, el campo presentaba antes de guerra la siguiente estructura:

La propiedad agraria en Rumania antes de la actual reforma

	Propiedades hasta 5 ha	Propiedades de 5 a 10 ha	Propiedades de 10 a 50 ha	Propiedades de 50 a 250 ha	Propiedades por encima de 250 ha	%
Número de propietarios	86,1 %	9,7 %	3,6 %	0,5 %	0,1 %	100%
Superficie	44,6 %	18,5 %	16,2 %	10,9 %	9,8 %	100%
Cifras calculadas únicamente para el "Viejo Reino" de Transilvania (territorios que forman la nueva Rumania)						

Contrariamente a lo que había pasado en Alemania y Polonia, la nueva reforma fue instituida solamente por la ley del 22 de marzo de 1945, es decir varios meses después de la entrada de los rusos en el país. Las tergiversaciones del gobierno real dieron aquí al Partido Comunista una ocasión para llamar a las masas a proceder por sí mismas al reparto.

A penas esta iniciativa fue tomada, la legislación agraria fue votada a toda prisa.

La ley creó un fondo agrario sobre las siguientes bases:

- *expropiación sin indemnización de la totalidad de la propiedad de los "alemanes (la colonia plurisecular de los alemanes de Transilvania), de los traidores a la patria, de los criminales de guerra y de los emigrados a países enemigos";*
- *expropiación de la fracción por encima de 50 hectáreas de las tierras arables de los dominios que superasen esa extensión, a excepción de los dominios de la Iglesia, de las instituciones estatales y de la Corona. Los dominios de la Corona, que representaban por sí solos 132.112 hectáreas, sólo fueron expropiados tras la abdicación del rey Miguel en diciembre de 1947.*

Bulgaria

De lejos y desde hacía mucho tiempo, Bulgaria había adelantado a los otros países balcánicos en lo que concierne a la liquidación de los vestigios feudales. La revolución nacional en 1878, al eliminar a la casta de los beys turcos, creó un verdadero régimen de pequeña propiedad en el campo. El régimen de la "democracia obrera", instaurado en 1920 y 1923 por el partido agrario, consagraba "la propiedad terrateniente basada en el trabajo" y ya fijaba el techo de la propiedad territorial en 30 hectáreas como máximo. Este régimen se mostró políticamente poco viable. Tras su derrocamiento por un golpe de estado, se asistió a un débil reagrupamiento de los dominios que sobrepasaban las 30 hectáreas, especialmente para las tierras de la banca. La estructura de la propiedad se presentaba antes de la Segunda Guerra Mundial como sigue

La propiedad agraria en *Bulgaria* antes de la reforma actual

	Propiedades hasta 5 ha	Propiedades de 5 a 10 ha	Propiedades de 10 a 30 ha	Propiedades por encima de 30 ha	%
Número de propietarios	63,1 %	26,2 %	10,3 %	0,4 %	100 %
Superficie	30 %	36,9 %	29,5 %	3,6 %	100 %

La nueva reforma instituida a fines de 1944 y completada en 1946 (abril) fijó la superficie máxima de la propiedad privada, para una familia campesina, en 30 hectáreas en Dobruja y en 20 hectáreas en el resto de Bulgaria. Las tierras que sobrepasaban esta superficie fueron rescatadas por el estado a precios de 1936 con obligaciones reembolsables en diez años. La superficie así recuperada se elevó a 157.756 hectáreas para las tierras por encima de las 30 hectáreas y un poco menos de 200.000 para los otros.

Ahora bien, 500.000 campesinos reclamaban tierras y el estado tuvo lo justo para satisfacer el 40% de las demandas, esto en un país de cultura hortofrutícola, donde era desconocida la gran propiedad.

ChecoslovaquiaLa propiedad agraria en *Checoslovaquia* antes de las reformas actuales

	Propiedades hasta 5 ha	Propiedades de 5 a 10 ha	Propiedades de 10 a 50 ha	Propiedades de 50 a 100 ha	Propiedades de más de 100 ha	%
Número de propietarios	70,8 %	12,7 %	12,5 %	0,4 %	0,6 %	100%
Superficie	15,4 %	13,6 %	27,6 %	3,7 %	39,7 %	100%

El reparto de las tierras, emprendido sobre la base de las reformas decididas en 1919 y en 1920, no mermó las posiciones de la gran propiedad, muy importantes en Checoslovaquia.

Una nueva reforma se hizo en tres etapas.

Una ley publicada el 21 de junio de 1945 decidió en primer lugar:

- *la expropiación sin indemnización de los bienes de los “alemanes, húngaros y de los traidores de la patria” (incluyendo tierras e instalaciones), y pasando estas propiedades bajo gestión de una Oficina Nacional de la Tierra;*

- *La expropiación de los bosques y selvas por encima de las 100 hectáreas;*

- *El reparto a favor de los obreros agrícolas y de los pequeños propietarios (atribución hasta 8 hectáreas), campesinos con familia numerosas (atribución hasta 12 hectáreas), funcionarios y artesanos de jardines (0,5 hectárea), a cambio de un precio igual al valor de la cosecha anual de la parcela cedida.*

En su fase inicial la reforma estaba dirigida, pues, a la destrucción sin distinción de clases de las dos minorías nacionales que representaban, según las

estadísticas checas de antes de la guerra, respectivamente el 21% (alemanes de los Sudetes) y cerca del 5% (húngaros de Eslovaquia) del conjunto de la población.

La segunda etapa de la reforma se abrió en julio de 1947. La Asamblea Constituyente adoptó una ley previendo la revisión de la primera reforma votada en 1919. La ley de julio de 1947 fijó el techo de la propiedad territorial en 50 hectáreas. Decidió que la expropiación se efectuaría sin indemnización por encima de las 50 hectáreas.

Según el informe del delegado del Partido Comunista checoslovaco, Slansky, a la “Conferencia de los nueve partidos comunistas” reunidos en Polonia en septiembre de 1947, en esta fecha habían sido distribuidas en Checoslovaquia, en virtud de las primeras disposiciones de la reforma, 1.700.000 hectáreas a 1.700.000 familias “en su mayor parte campesinos pobres sin tierra”.

Otras 500.000 hectáreas recuperadas gracias a la ley de julio de 1947, sobre las propiedades por encima de las 50 hectáreas estaban en curso de distribución.

Polonia

Ningún país europeo, a parte de Alemania, resultó tan cambiado como Polonia. Territorialmente (y en cierta medida socialmente) Polonia emergió como una entidad nueva. Antes de 1938, sobre 34,5 millones de habitantes, 11 millones vivían al este de la línea Curzon, región de las más grandes propiedades (dominios de los príncipes Radzivil -de los cuales uno de ellos poseía 170.000 hectáreas-, los condes Potocki, Zamoyski, etc.). Este territorio fue anexado por los rusos.

El censo efectuado en 1946 indica una población global de 23,6 millones de almas, de las cuales 18,6 millones en los antiguos territorios hasta la línea Curzon y 5,02 en los territorios tomados a los alemanes. Más de 6 millones de polacos (de los cuales 3.271.000 judíos sobre un total de 3.351.000) resultaron muertos durante la guerra. Los territorios ocupados por los ucranianos habían sido anexados por la URSS y, por tanto, la muy gran propiedad sólo estaba presente en la nueva Polonia en las antiguas provincias alemanas donde aquella ocupaba el 45% de la superficie cultivable.

La reforma agraria, instituida por los decretos del 6 de septiembre de 1944 y del 17 de enero de 1945, contenía las siguientes medidas:

- *institución de un fondo nacional agrario constituido por las propiedades que superasen las 50 hectáreas de tierra arable en el este, 100 hectáreas (arables o no) en el oeste, e indemnización a los propietarios.*
- *confiscación de todas las tierras que hubiesen pertenecido “a alemanes y a los traidores” y requisita del utillaje y del ganado.*
- *exención de todo reparto de tierras de la Iglesia hasta la reunión de la Asamblea Constituyentes que legislará;*
- *Cesión de parcelas de tierra a cambio de un precio equivalente al valor medio de un año de cosecha de la parcela cedida.*

En los antiguos territorios polacos fueron registradas 2.131.285 hectáreas. Una estadística oficial del 1 de enero de 1947, sobre la distribución de 1.155.397 hectáreas, indica que los beneficiarios se repartirían así:

Beneficiarios de la reforma agraria actual en los antiguos territorios polacos

Categoría de los beneficiarios	Número de familias	Superficie
Obreros agrícolas	26,9	48,8
Campesinos sin tierra	13,9	16,6
Propietarios “enanos”	23,5	12,6
Pequeños campesinos	33,7	21,4
Jardineros, artesanos	2,0	0,6

En la misma fecha, en los territorios del Oeste, 413,056 explotaciones de menos de 100 hectáreas (antiguos propietarios campesinos alemanes), totalizando una superficie de 4.509.346 hectáreas, habían sido repartidas de la siguiente forma:

Beneficiarios de la reforma agraria en los territorios anexados

Categorías de los beneficiarios	Superficie
Obreros agrícolas	0,02
Campesinos autóctonos	3,95
Campesinos transferidos y “repatriados”	67,5
Soldados	7,8
Reservado para el revituallamiento	0,43
Todavía no atribuidas	20,3

Alemania del “Este”

En Mecklenburg, Brandeburgo, Sajonia, Anhalt, Turingia, la gran propiedad ocupaba un lugar capital, como se puede ver en la tabla de más abajo que tomamos del Economist (3 de noviembre 1945).

Estructura del agro en Alemania, antes de la ocupación soviética y las anexiones polacas

Regiones	Tierras arables y pastos * Ha en miles	Tierras arables y pastos * Número de granjas familiares	Granjas superiores a 100 Ha * Ha en miles	Granjas superiores a 100 Ha * % del total	Granjas superiores a 100 Ha * Número de granjas
Pomerania	2.353	129	1.019	43.3	3.600
Mecklenburg	1.011	46	547	54.1	1.600
Brandeburgo	1.940	154	642	33.1	2.794
Sajonia (provincia)	1.602	162	420	26.2	2.176
Anhalt	141	13	51	35.9	222
Turingia	612	101	68	11.2	336
Sajonia (estado libre)	918	100	132	14.3	1.042

Los decretos de reforma preveían:

- *la confiscación del conjunto de las tierras y ganado “de los nazis, criminales de guerra y traidores”;*

- *la fijación de la superficie máxima de la propiedad territorial a 100 hectáreas por explotación, salvo para la propiedad de las iglesias, cooperativas y propiedades denominadas “modelo”.*
- *la distribución de tierras entre los trabajadores agrícolas, a los pequeños campesinos y a los refugiados del Este por parcelas de 5 hectáreas (de media). El precio de la parcela de tierra así cedida fue estimado igual al valor de una cosecha media anual, del cual el 10% pagables en la instalación, el resto en nueva anualidades.*

Según las cifras suministradas el 11 de septiembre de 1947 (tras el final de la reforma) por el coronel Kabanov, jefe de los servicios de agricultura de la administración soviética, fueron expropiados: 6.986 grandes propiedades (de las cuales 3.280 explotaciones habían pertenecido a criminales de guerra y 2.089 propiedades del estado nazi); el fondo de la reforma ha reunido, en las cinco provincias de la zona de ocupación, una superficie de 3.041.500 hectáreas (de las cuales el 51% tierras laborables).”

La burocracia del Kremlin se levanta contra la revolución proletaria

Se trata, pues, de un gigantesco cambio económico, social y político cuyo origen es el crac que la derrota y el hundimiento del ejército alemán, así como la victoria de la URSS, significaron para la sociedad burguesa en el Este de Europa.

Sin embargo, bajo una u otra forma, más o menos potentemente, las masas se pusieron en movimiento, y la revolución proletaria estaba al orden del día no sólo en el Este sino en toda Europa. Los ‘Aliados’ estaban atormentados por el temor a la revolución en Alemania. A partir de 1943, conjunta y sistemáticamente, todo lo posible para que aquella no se produjese: bombardeos sistemáticos de las ciudades alemanas para aterrorizar y atomizar a las masas proletarias; afirmación de la responsabilidad colectiva del pueblo alemán. Ylya Ehrenbourg, declarando que no hay alemán bueno más que el muerto; deportaciones masivas de poblaciones; reparto de Alemania en zonas de ocupación sobre las que la autoridad militar descargó su puño de hierro.

La política de la burocracia del Kremlin fue motivada, en primer lugar, desde que entraron en Polonia, Rumania, Bulgaria y Hungría los ejércitos de la URSS, por la voluntad de poner diques a las masas, contenerlas y hacerlas retroceder, para que no estallase la revolución. Cuando entraron en Rumania en el mes de agosto de 1944, Molotov declaró:

“La URSS no quiere cambiar las bases sociales de Rumania”.

El Kremlin se esforzó en todas partes para mantener lo que subsistía de los estados burgueses, del orden burgués. Las nacionalizaciones debilitaban enormemente, económica y socialmente, a la burguesía, ya muy débil como clase. Tal y como fueron realizadas, se mantuvieron, sin embargo, en el marco del modo de producción capitalista. Las empresas nacionalizadas funcionaban en relación con el mercado y sus leyes. La tierra no estaba nacionalizada. Aunque la burguesía no pueda hoy en día realizar la reforma agraria radical ésta sigue siendo por naturaleza una reforma burguesa. No suprime la propiedad privada de los medios de producción sino que, por el contrario, los generaliza. No suprime las diferentes formas de rentas. Sin que sea puesto a disposición del campesinado pobre un sistema de crédito barato, la reforma agraria lleva muy rápidamente a su endeudamiento y subordinación a los dueños del crédito. La reforma agraria no resuelve el problema de la comercialización. La ineluctable diferenciación económica hace surgir una capa social, los kulaks o campesinos ricos que someten al campesinado pobre.

Hay que añadir que, en principio, no fueron nacionalizados los haberes estadounidenses, ingleses y franceses en Europa del Este, menos aún, por supuesto, que aquellos de los que se había apropiado la burocracia del Kremlin.

Así, Gran Bretaña reclamaba a Polonia 15 millones de libras esterlinas y Francia 23 mil millones de francos de 1938. En Yugoslavia, Inglaterra estimaba sus “deudas” en 15 millones de libras de la época. “Deudas” semejantes les eran reclamadas a diferentes países de Europa del Este.

Invadiendo Europa del Este, la burocracia del Kremlin se fijaba un segundo objetivo: el pillaje sistemático de la economía de esos países. Finlandia y Rumania, al firmar el armisticio con la URSS, se comprometían cada una de ellas a pagar a la URSS y a sus aliados 300 millones de dólares-oro en reparaciones. Alemania debía pagar 10.000 millones de dólares-oro a la URSS. Además de los bienes alemanes requisados para pagar esas sumas, se efectuó un enorme impuesto sobre la producción corriente de los países ocupados. Los “países aliados”, Polonia, Checoslovaquia, no escapaban más del pillaje, especialmente por la constitución de “sociedades mixtas” como en los países enemigos, por intercambios desiguales, etc.

Pero, por múltiples razones, a la burocracia del Kremlin le era indispensable ser la pieza obrera de la reconstrucción del estado dónde el estado burgués estaba totalmente destruido: en Alemania del Este, en Polonia, en Checoslovaquia. Donde la fachada del estado burgués se había mantenido aunque sólo fuera un poco, era más indispensable que no se tratase de una simple ocupación sino de una penetración, de una asunción del funcionamiento del estado y de sus órganos por la burocracia del Kremlin, por sus agentes de los PC y de otros “partidos”. Era indispensable en relación con las masas y contra ellas: la burguesía era completamente incapaz de represarlas o hacerlas retroceder por sus propios medios, impedirles abatir un estado en ruinas, sin la aportación del aparato del Kremlin, o incluso impedir que ese estado se hundiese sobre sí mismo. Eso era indispensable para controlar a la misma burguesía que quedaba. Eso era indispensable para poder robar, en ese punto y bajo sus formas, la economía de esos países. Eso era indispensable para que, en un plazo más o menos breve, esos países no cayesen bajo el control del imperialismo, del estadounidense especialmente, sino que se mantuviesen como bastiones económicos políticos y militares, de la burocracia del Kremlin.

La burocracia del Kremlin alinea las relaciones de producción de Europa del Este con las de la URSS

Sería inexacto pretender que, desde el mismo principio de la ocupación de esos países, la burocracia del Kremlin tuviese como objetivo alinear su modo de producción con el de la URSS. Todo prueba lo contrario. El Kremlin fue llevado a esa solución de forma empírica. En menos de tres años se reveló que era social y políticamente imposible mantener ese tipo de regímenes. De forma natural, la tendencia de las burguesías que permanecían en esos países era recuperar sus antiguas posiciones económicas, conquistar nuevas, recuperar el dominio del aparato de estado, “depurarlo” a su vez y hacerlo funcionar directamente y, en relación únicamente con sus intereses, hacer su unión con el imperialismo. En el campo, la diferenciación social se acentuaba, el campesinado nuevamente constituido bajo esta forma por las reformas agrarias suministraba una base de masas a la burguesía. La anarquía económica, consecutiva al pillaje y a un funcionamiento incoherente, sufría y se traducía especialmente en una inflación fantástica. En la medida en que la burocracia del Kremlin sacaba sus privilegios de la economía planificada sobre de las relaciones de producción que la

revolución de Octubre de 1917 instituyó, y que era incapaz de derrocar, le hacía falta defenderlas a su manera. Las relaciones de producción, las relaciones sociales y políticas de la URSS y aquellas que existían en el “glacis” eran incompatibles. Los conflictos entre las burguesías, que se mantenían en cierta medida renacientes, y la burocracia del Kremlin, no han cesado y se han acentuado. La burocracia del Kremlin las superará mediante nuevas “depuraciones”. A partir de 1947, esos conflictos tomaron un cariz agudo en relación con la política que el imperialismo estadounidense impulsaba de allí en adelante: trataba de expulsar a la burocracia del Kremlin de Europa del Este y eventualmente abrirse una vía de penetración en la misma URSS.

El 12 de marzo de 1947, Truman formulaba en la tribuna del Congreso estadounidense su “doctrina” de “apoyo a los países libres”. Los USA ya no aceptaban ninguna otra modificación del estatus quo europeo. Le acordaron una ayuda financiera a Grecia de 300 millones de dólares para combatir a los partisanos del Partido Comunista griego que todavía luchaban, armas en la mano, en el norte del país, en la frontera yugoslava, y una ayuda de 100 millones de dólares a Turquía. El 5 de junio, el general Marshall formulaba las grandes líneas del plan que acabaría llevando su nombre: se hizo la propuesta de conceder una ayuda, que se elevaba a una cantidad entre quince y veinte mil millones de dólares, a veintidós países europeos a lo largo de los siguientes cuatro o cinco años. Por supuesto que el esfuerzo económico de esos países debía estar coordinado bajo la égida del imperialismo estadounidense. La oferta se les hizo tanto a los países del este de Europa como a los del oeste. El Plan Marshall era al mismo tiempo instrumento de la reorganización de la economía capitalista, instrumento de penetración estadounidense en el este y el cimientamiento de un bloque político y militar bajo la égida del imperialismo estadounidense, dirigido contra al URSS, iba a preparar el pacto y la alianza atlánticos.

Hay que seguir la cronología. El 10 de febrero de 1947, se firmaron en París los tratados de paz con los países satélites de Alemania, Hungría, Rumania, Bulgaria y Finlandia. El 12 de marzo, Truman anuncia su “doctrina”. El 5 de junio, Marshall formula su plan. Ello forma un todo coherente y contundente. El Plan Marshall debía funcionar de la siguiente forma: el conjunto de los estados europeos debían reunirse y hacer balance de sus intercambios recíprocos y de sus perspectivas de intercambios, así como de sus intercambios con los USA. Los países europeos se esforzarían en cubrir sus déficit recíprocos y con los Estados Unidos en la medida de lo posible; los créditos Marshall compensaban los saldos. En otras palabras, se trataba de regular los intercambios europeos y mundiales, incluyendo a Europa del Este, abriendo una puerta hacia la URSS, bajo la égida del imperialismo estadounidense.

La burocracia del Kremlin no rehusó sin vacilaciones la participación en el Plan Marshall, y más aún las de los países de Europa del Este. Molotov participó en la Conferencia de París del 27 de junio, que reunió a los ministros de asuntos extranjeros de Inglaterra, Francia y la URSS, que discutía la propuesta de Marshall. Pero Molotov, sin decir no, cuestionó el control que los países capitalistas, sobretudo el imperialismo estadounidense, ejercerían más o menos directamente sobre la economía de la URSS y de la Europa del Este, caso de aceptar el Plan Marshall.

“Todos los países del Este no compartieron el parecer de Molotov. Cuando, tras la partida de este último, Francia y Gran Bretaña lanzaron invitaciones a veintidós países europeos, incluyendo a los países del este, se manifestó en los medios dirigentes de Checoslovaquia y Polonia una indecisión significativa que afectó hasta las filas comunistas... El 4 de julio de 1947, el consejo de gobierno checoslovaco se pronunció a favor de la aceptación de la ayuda. Los polacos se preparaban para hacer lo mismo. Pero el 8 de julio, el

mismo día en que el gobierno de Varsovia deliberaba sobre cuestión, la radio de Moscú anunciaba que Polonia y Rumania “han rechazado” participar en la Conferencia de París. Al día siguiente, Varsovia declinaba oficialmente la invitación. Una delegación checoslovaca partía hacia Moscú el mismo día.”

Es lo que explica François Fejtö en su *Histoire des démocraties Populaires*. El 10 de julio, el gobierno checoslovaco renunciaba a participar en la Conferencia de París sobre el Plan Marshall.

La dependencia financiera y económica de esos país en relación con las grandes potencias capitalistas seguía siendo extremadamente grande y tendía a acentuarse en el marco de una economía que todavía funcionaba en gran parte según las leyes del mercado; por otra parte, es evidente que las fuerzas burguesas subsistentes empujaban con todas sus fuerzas políticamente en ese sentido. La ayuda que Yugoslavia recibía de la UNRRA, organismo de asistencia económica del gobierno estadounidense, alcanzó entre abril de 1945 y junio de 1947 los 415 millones de dólares (de la época), 481 para Polonia, 261 millones para Checoslovaquia. Además, Polonia había obtenido a fines de 1946 un crédito de 40 millones de dólares del Export-Import Bank, y de 50 millones de dólares por parte de los Estados Unidos. Rumania, 50 millones del Chase Bank, Hungría 10 millones. Desde el punto de vista de los intercambios, François Fejtö cita el ejemplo siguiente:

“La tendencia al crecimiento de los intercambios con el Oeste es aún más clara en Checoslovaquia: entre los cinco estados de los que Checoslovaquia importó durante el primer trimestre más de 300 millones de coronas en mercancías, no había ni uno solo de la Europa Oriental; entre sus seis clientes más importantes, la Unión Soviética ocupaba el sexto lugar.”

Más adelante:

“En 1946, las exportaciones checoslovacas a los Estados Unidos superaron a las importaciones en 230 millones de coronas, dejando en su activo un saldo favorable de 4,6 millones de dólares, pero este excedente es absorbido por el déficit de un solo mes (abril de 1947 y, en los cuatro primeros meses de 1947, meses decisivos, la balanza comercial con los Estados Unidos presentó un déficit de 677 millones de coronas.”

La propuesta Marshall respondía a necesidades candentes. Se correspondía con tendencias sociales y políticas profundas existentes en Europa del Este. La burocracia del Kremlin codiciaba también evidentemente los créditos Marshall.

Molotov, en nombre de la burocracia del Kremlin, reconocía que la ayuda estadounidense sería preciosa para los países de Europa del Este y la URSS. Pero no podía aceptar la dependencia y el control que la propuesta Marshall adelantaba, que establecía de hecho la subordinación financiera y económica de los países de Europa del Este y de la URSS (en este país, la destrucción de las relaciones de producción nacidas de la revolución de Octubre). Pues, en el fondo, era esto lo que estaba en cuestión. Las vacilaciones de la burocracia del Kremlin no son menos significativas. Era necesario escoger: o dejar a las potencias imperialistas retomar el control del este de Europa, abrir la puerta a la penetración capitalista en la URSS, o alinear las relaciones de producción de esos países con las de la URSS.

Finalmente, sólo en los últimos meses de 1947 decidió la URSS alinear las relaciones económicas, sociales y políticas de Rumania, Bulgaria, Hungría, Polonia y Checoslovaquia con las de la URSS. En Bulgaria, a partir del decreto del 23 de diciembre de 1947, dependerían del estado lo esencial de la industria, la banca y el comercio exterior. En Hungría fue la ley del 29 de abril de 1949. En Polonia tuvo lugar la operación a partir de fines de 1947 y principios de 1948. En Rumania, fue a partir de

la ley votada el 18 de junio de 1948. En Checoslovaquia, el golpe de estado de febrero haría pasar todo el poder a manos de los estalinistas. Fue el punto de partida de la operación. En lo que concierne al este de Alemania, la proclamación, el 11 de octubre de 1949, de la República Democrática Alemana y la constitución de un gobierno, el gobierno Grotewohl, marcan el giro decisivo. De ahora en adelante, el motor de la economía de esos países ya no será el beneficio sino la satisfacción de las necesidades sociales tales como las expresarán los planes, es decir, ante todo las necesidades de la burocracia, las del Kremlin en primer lugar, con las inmensas contradicciones, insolubles, explosivas, que ello implica.

El salto definitivo de un tipo de sociedad a otro no se hizo de forma indolora. En Checoslovaquia, que oficialmente no estaba ya ocupada desde fines de 1945, pero donde todos los órganos del estado estaban infiltrados por los estalinistas, esto exigió cierta movilización de las masas, controladas por el PC, la eliminación en algunas ocasiones física de los ministros y del personal político burgués. Enseguida, fue necesaria toda una depuración de los órganos del estado. El mismo proceso se produjo, en diversos grados, en Rumania, Bulgaria, Polonia y Hungría, pero en esos países estaba a pie de obra el ejército de la URSS. En Alemania, el aparato de estado existente sólo era una simple proyección del de la URSS, del de sus agentes. En Finlandia, que el ejército de la URSS nunca ocupó, fueron, por el contrario, los estalinistas los que, en junio de 1948, resultaron expulsados del gobierno y del aparato de estado.

El problema de los territorios ocupados

El proceso de transformación de las relaciones económicas, sociales y políticas en Europa del Este, no fue idéntico al que se produjo en Yugoslavia, que nunca fue ocupada por el ejército de la burocracia del Kremlin, (y con la que se pueden emparentar los desarrollos que tuvieron lugar en Albania) hasta la ruptura entre Tito y Stalin, mientras que los desarrollos en Corea del Norte, ocupada por la URSS en agosto de 1945, pueden ser emparentados con los que se produjeron en los países europeos ocupados. Eso no impide que, como en Yugoslavia, China y Vietnam, la posibilidad teórica también fue formulada en ese famoso pasaje del programa de fundación de la IV Internacional. Mucho más precisamente, la clave de la comprensión de esos desarrollos la da Trotsky a principios de la Segunda Guerra Mundial. Polemizando a propósito de una resolución propuesta por la minoría del SWP, escribía:

“Para castigar a los stalinistas de su crimen, la resolución, como todos los demócratas pequeñoburgueses de todos los sitios, apenas menciona que el Ejército Rojo expropió a los grandes terratenientes finlandeses e introdujo el control obrero en la industria, preparando así la expropiación de los capitalistas.

Mañana, los stalinistas estrangularán a los trabajadores finlandeses. Pero ahora están dando (están obligados a dar) un fuerte impulso a la lucha de clases en su forma más nítida. Los líderes de la oposición construyen su política sobre abstracciones democráticas y nobles sentimientos, no sobre lo que en realidad está pasando en Finlandia.

Parece que la guerra entre Finlandia y la URSS está empezando a transformarse en una guerra civil, en la que los pequeños campesinos y los trabajadores apoyan al Ejército Rojo, mientras el Ejército finlandés defiende los intereses de los propietarios, la burocracia sindical conservadora y los imperialistas anglosajones. Las esperanzas que despierta el Ejército Rojo entre los finlandeses pobres serán una ilusión, a menos que se produzca la revolución internacional: la colaboración del Ejército Rojo con los desposeídos será sólo

temporal: el Kremlin volverá en seguida sus armas contra los trabajadores y campesinos finlandeses.”⁹

Algunas semanas antes había ya escrito

“Mientras escribo estas líneas, no está clara todavía la cuestión de los territorios ocupados por el Ejército Rojo. Las noticias son contradictorias; las actuales relaciones en esa zona son, sin duda, muy inestables. Muchos de los territorios ocupados se convertirán en parte de la URSS. ¿De qué manera? ¿Cómo?

Supongamos por un momento que, de acuerdo con el tratado firmado con Hitler, el Gobierno de Moscú deja intacto el derecho de propiedad en los territorios ocupados y se autolimita a “controlarlos” según el modelo fascista. Esta concesión supondría un importante paso atrás y podría tener un carácter decisivo en la historia del régimen soviético; consecuentemente, sería un nuevo punto de partida para reelaborar nuestra concepción del Estado soviético.

Es más probable, sin embargo, que Moscú proceda a la expropiación de los grandes terratenientes y a la estatificación de los medios de producción en los territorios ocupados. Y es más probable no porque la burocracia permanezca fiel al programa socialista, sino porque no desea ni es capaz de compartir el poder con las viejas clases dominantes de los territorios ocupados. Salta a la vista una analogía histórica. El primer Bonaparte detuvo la revolución mediante una dictadura militar. Sin embargo, cuando las tropas de Napoleón entran en Polonia dicta un decreto aboliendo la servidumbre de la gleba. Napoleón no tomó esta medida por simpatía a los campesinos o por sentimientos democráticos, sino porque su dictadura se basaba sobre las relaciones de propiedad burguesas, no sobre el feudalismo. Como la dictadura stalinista se basa en la propiedad estatal y no en la privada, el resultado de la invasión de Polonia por el Ejército Rojo será la abolición de la propiedad capitalista, para poner el régimen de los territorios ocupados de acuerdo con el régimen de la URSS.

La medida, de carácter revolucionario (“la expropiación de los expropiadores”) será llevada a cabo por métodos burocrático-militares. La llamada a la actividad independiente de las masas en los nuevos territorios (y sin esta llamada, aunque se oculte con gran cuidado, es imposible construir un nuevo régimen) será sustituida por medidas políticas de rutina destinadas a asegurar la preponderancia de la burocracia sobre las desilusionadas masas revolucionarias. Esta es una cara del asunto. Pero hay otra. Para conseguir la posibilidad de ocupar militarmente Polonia mediante un acuerdo con Hitler, el Kremlin ha decepcionado una y otra vez a las masas rusas y del mundo entero, y ha conseguido la total desorganización de su propia Internacional Comunista. Nuestro criterio político primordial no es el cambio de las relaciones de propiedad en tal o cual área, por muy importante que sea, sino el cambio en la conciencia y organización del proletariado mundial, el afianzamiento de su capacidad para defender sus conquistas y proponerse otras nuevas. Desde este punto de vista, los políticos de Moscú, en conjunto, constituyen el principal obstáculo para la revolución mundial.

Nuestra concepción general del Kremlin y el Comintern no debe, sin embargo, modificar nuestra idea de que el hecho particular de la modificación de las relaciones de propiedad en los territorios ocupados es una medida progresiva.

⁹ León Trotsky, 1939, *En defensa del marxismo*; <http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1940s/dm/09.htm#07> . También: *En defensa del marxismo*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, páginas 85-86.

Debemos reconocerlo abiertamente. Cuando Hitler vuelva sus ejércitos hacia el Este para defender “la ley y el orden” en la Polonia occidental, los trabajadores deberán defender contra Hitler las nuevas formas de propiedad impuestas por la burocracia bonapartista soviética.”¹⁰

Problema de método

La OCI caracterizó a los estados yugoslavo, chino, vietnamita, de Laos, de Camboya y a los de aquellos países que la burocracia del Kremlin ocupó al final de la Segunda Guerra Mundial, como estados obreros burocráticos desde su origen. Pero, para reconocer la mutación de estados burgueses en estados obreros burocráticos, el método a utilizar no puede ser puramente económico. Debe ser el de la tesis IX de las “Diez Tesis” que Germain escribió entre diciembre de 1950 y enero de 1951 y que el PCI adoptó y sometió al III Congreso Mundial de la IV Internacional:

“El método por medio del cual nuestro movimiento ha resuelto la cuestión de la naturaleza de clase de Yugoslavia, en la resolución adoptada por el IX Pleno del CEI, se relaciona directamente con su tradición marxista-leninista, ya defendida con éxito en su solución de la cuestión de la URSS. La resolución del IX Pleno resuelve la cuestión yugoslava partiendo de las fuerzas reales de clase y no de relaciones de propiedad aisladas de su origen histórico. “Legaliza” al mismo tiempo la utilización de la fórmula de “gobierno obrero y campesino” para designar determinadas etapas transitorias entre la descomposición del poder de la burguesía y el establecimiento de la dictadura del proletariado, la construcción de un aparato de estado de tipo nuevo. Esta fórmula, inscrita en nuestro *Programa de Transición*, ha demostrado después toda su utilidad en el caso de China, donde nuestro movimiento la utilizó para caracterizar la actual etapa de desarrollo de la revolución china. Forma parte de nuestro bagaje programático necesario para comprender fenómenos de transición propios de nuestra época.

La discusión internacional que está ahora en curso con motivo de la naturaleza de clases de los países del glacis sólo podrá concluirse positivamente a condición que no se abandone la conquista teórica que constituye su punto de partida. Todo el mundo ha admitido al principio de la discusión que tratamos, respecto al glacis, con países dominados por la burocracia soviética desde 1944. Durante esta dominación, se han producido transformaciones de estructura en esos países en el marco de la política de asimilación estructural seguida por la burocracia. La dificultad radica en: determinar en qué momento, en ese proceso de asimilación estructural, se produce la transformación de la cantidad en calidad. En el caso en que una revolución proletaria se produce en un país, el mismo hecho de esta revolución nos dispensa de buscar otros criterios para demostrar el cambio de dominación de una clase hacia otra: el ejemplo yugoslavo es una nueva prueba. Podemos muy bien concebir que el proletariado, tras la toma del poder en determinados países, mantenga en ellos la propiedad privada de los medios de producción en determinados sectores durante todo un período. La nacionalización completa de los medios de producción no es un hecho ni incluso en la URSS. Una nacionalización generalizada puede sólo servir de prueba de la existencia de un estado obrero, no siendo capaz ningún

¹⁰ León Trotsky, 1939, *Defensa del marxismo*, <http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1940s/dm/02.htm#13> . También, *ídem supra* páginas 40-41.

estado burgués de tomar esas medidas. En el glacis, el problema es distinto: no se ha producido revolución proletaria, y la cuestión a determinar (la forma en cómo pasa el poder de una clase a otra) es complicada por el hecho que la burocracia ejerce allí efectivamente el poder desde el principio. En ese sentido (para determinar el momento de la asimilación estructural) hemos planteado la cuestión de la planificación y supresión de las fronteras efectivas, y en absoluto para limitar las posibilidades de acción de revoluciones victoriosas en pequeños países, o para introducir nuevos criterios de una victoria revolucionaria.

Es necesario, en consecuencia, admitir que la burguesía ha perdido muy pronto (los datos difieren de un país a otro) el poder político que ha pasado a los PC, apoyándose en las fuerzas militares y policíacas de la burocracia, y que han reinado allí durante toda una época sin transformar radicalmente la estructura de la propiedad privada y del aparato de estado. Los cambios que han aparecido últimamente en varios países en los aparatos de estado marcan una nueva etapa en la transformación de esos gobiernos obreros y campesinos en estados obreros deformados. Al mismo tiempo, esta transformación se ve acompañada por un control siempre más estricto y directo de la burocracia soviética sobre toda la vida social de esos países. La finalización de ese proceso es la efectiva integración de su economía en la planificación soviética, de su ejército en el ejército soviético, que acabará el proceso de asimilación estructural. Cuanto más tiempo ese proceso no quede terminado, más tiempo será inestable y transitoria la situación de cada país del glacis, y sometida a las oscilaciones de las relaciones de fuerzas internacionales (los ejemplos de Alemania y Austria lo han demostrado también recientemente). Se puede discutir si concretamente ese proceso está ya acabado en tal o cual país (el más avanzado parece Polonia y Bulgaria). Pero será necesario admitir que el criterio de las relaciones de propiedad, por más importante y decisivo que sea, no permite por sí sólo resolver la cuestión, si se le aísla de todo su contexto histórico.”

Evidentemente con el tiempo algunas apreciaciones piden ser rectificadas un poco. Términos como “asimilación estructural” se prestan a error. Se trata de una relativa identidad de estructura económica y social en relación con la URSS, se puede admitir. Si se trata de integración económica, política y militar en la URSS, no son convenientes. Debe ser rectificada otra formulación: la igualdad que parece ser planteada entre el estado obrero y la dictadura del proletariado. Inversamente, conviene señalar aquí: un gobierno puede no ser un gobierno obrero y campesino pero ser ya la expresión y dirigir un estado obrero, sin que sin embargo el conjunto de la burguesía sea expropiada, que la economía funcione según un plan. Todo el mundo lo sabe, solo durante el verano de 1918 el gobierno bolchevique comenzó verdaderamente a expropiar a la burguesía. Ese gobierno era, sin embargo, por supuesto la realización de la dictadura del proletariado a la cabeza de un estado obrero, y no un gobierno obrero y campesino en el sentido que el *Programa de Transición* le da a esta fórmula. La Comuna de París (“la forma por fin hallada de la dictadura del proletariado”, Karl Marx), el primer estado obrero que existió en el mundo, sólo atentó un poco contra la propiedad privada de los medios de producción.

Inversamente, será necesario decir que “una nacionalización generalizada que se mantiene durablemente sólo puede servir de prueba de la existencia de un estado obrero”.

Parece que la dislocación más o menos grande de estados burgueses (algunas veces su desaparición durante la guerra), la ocupación militar, la penetración, la limpieza de los organismos de estado burgués que subsistían (allí donde subsistía

alguno) por la burocracia del Kremlin y sus agentes nacionales, y las depuraciones, llevaron, más tarde o más pronto, a cambios en la naturaleza social de los aparatos de estado en el “glacis” y a la construcción de nuevos aparatos de estado, incluso si éstos utilizaron los materiales del antiguo aparato de estado, mucho antes que el conjunto de la industria, la banca y el comercio escapasen a la propiedad privada de los medios de producción. Por otra parte, estando dado que la acción de las masas fue contenida y rechazada en un primer tiempo y que, más tarde, la acción de las masas fue también limitada y canalizada, incluso en Checoslovaquia en febrero de 1948, se plantea el interrogante: ¿quién ha acabado, pues, de liquidar políticamente y de expropiar económicamente a la burguesía sino un estado que es muy necesario caracterizar como obrero, en el sentido muy general e histórico del término?

El hecho que hayan sido utilizados trozos enteros del antiguo aparato de estado burgués, que la fachada de éste se haya mantenido durante un tiempo en Rumania, Bulgaria, Hungría, que incluso en Checoslovaquia y Polonia fueran reconstruidos organismos típicos de un estado burgués y la fachada de un aparato de estado burgués, que todo un personal político burgués haya sido utilizado, da testimonio del compromiso establecido entre la burguesía y la burocracia del Kremlin. Pero la burocracia del Kremlin detentó, desde el principio, lo esencial del poder si no lo hizo exclusivamente. No se contentó con controlar, a partir de la ocupación militar, los aparatos de estado burgueses más o menos solidamente constituidos. Apuntaló, centralizó e infiltró lo que quedaba de ellos. La cooperación contrarrevolucionaria entre la burocracia del Kremlin y la burguesía de esos países, la conservación o reconstrucción de organismos y fachadas de estado burgués han sido posibles y necesarias para hacer frente a la amenaza de la revolución proletaria, y de cara a cooperar con el imperialismo. Ulteriormente debería ser el resultado de violentos conflictos en el interior de los aparatos de estado.

Todo esto no es incompatible con el carácter contrarrevolucionario de la burocracia del Kremlin. Numerosos elementos burgueses y miembros del personal político burgués, no tuvieron entonces ningún problema en ponerse al servicio de la casta de naturaleza pequeño burguesa del Kremlin. Por otra parte, desde el punto de vista formal, no hay diferencia entre los organismos del estado obrero degenerado y los organismos de un estado burgués. La diferencia radica en su origen histórico y en las relaciones sociales de la sociedad de la que emanan, que gestionan y que deben defender. Numerosos miembros del antiguo aparato de estado burgués, organismos como tales del estado burgués, pueden ser integrados en un estado obrero degenerado o burocrático desde su origen. La burocracia del Kremlin ha construido estados obreros a su imagen y semejanza, con el personal político disponible, por tanto con muchos elementos burgueses. Le hizo falta tiempo para constituir aparatos burocráticos “nacionales” alrededor de los núcleos centrales nacionales que fueron los PC, los cuales eran, por otra parte, extremadamente débiles. Querer determinar en cada caso el momento preciso en que es posible caracterizar a tal o tal otro estado como un estado obrero burocrático o degenerado parece muy difícil y de poco interés.

“En el caso en que una revolución proletaria se produce en un país, el mismo hecho de esta revolución nos dispensa de buscar otros criterios para demostrar el cambio de dominación de una clase hacia otra: el ejemplo yugoslavo es una nueva prueba. Podemos muy bien concebir que el proletariado, en determinados países, tras la toma del poder, mantiene en ellos la propiedad privada de los medios de producción en determinados sectores durante todo un período”, se puede leer en la novena de las Diez Tesis.

Es verdad, pero son necesarias sin embargo algunas precisiones. La revolución no es suficiente. La destrucción del antiguo aparato de estado burgués tampoco es suficiente. Es necesario, además, que se construyan un nuevo poder y un nuevo estado. Hay que saber quién construye el nuevo aparato de estado y cómo, mediante qué procesos sociales y políticos. Ni la construcción de un estado obrero, burocrático desde su origen o no, ni la expropiación de la burguesía, resultan automáticamente de la destrucción o del hundimiento del estado burgués. Por el contrario, puede constituirse en el curso y por la destrucción del estado burgués, en el curso y por la expropiación de la burguesía. Por ejemplo, es evidente que el estado obrero yugoslavo, burocrático desde su origen, fue constituido durante la guerra revolucionaria, entre 1941 y 1944, bajo la acción y alrededor del PC yugoslavo y del ejército de guerrilleros que aquél organizó y dirigió.

En China, también se construyó durante los años 1947-1950 el estado obrero a partir y alrededor del PC chino y del ejército.

En Vietnam también se construyó el estado obrero burocrático entre 1946 y 1954 de esta forma. Igualmente, en Laos y en Camboya tuvo lugar un proceso similar durante la segunda guerra de Indochina. Por ello, la tesis IX tiene completamente razón cuando afirma:

“Una nacionalización generalizada puede sólo servir de prueba de la existencia de un estado obrero, no siendo capaz ningún estado burgués de tomar esas medidas.”

4. La revolución cubana y el nuevo estado

En Cuba también se concretó la posibilidad teórica que formulaba el programa de fundación de la IV Internacional: una organización pequeño burguesa, en función de circunstancias excepcionales, fue más lejos de lo que deseaba en la vía de la ruptura con la burguesía.

A fines de 1959 y principio de 1960, Fidel Castro y los dirigentes del Movimiento del 26 de Julio todavía declaraban mantenerse en los límites del régimen capitalista. Sin embargo, muy rápidamente fueron expropiados el imperialismo estadounidense y la burguesía cubana. Leyendo numerosos comentarios y análisis de la revolución cubana parece que la destrucción del régimen de Batista, la entrada de las columnas militares de Fidel Castro en La Habana y, ulteriormente, la expropiación del capitalismo cayeron del cielo, han sido regaladas, en cierta forma, al proletariado y las masas campesinas de Cuba por Fidel Castro y el Movimiento del 26 de julio. Nada más falso. La verdad es completamente inversa: el movimiento de las masas fue mucho más lejos de lo que deseaban Fidel Castro y los suyos. No es inútil recordar que el mismo nombre de la organización, “Movimiento 26 de Julio” conmemora un terrible fracaso: el de la tentativa de derrocar en 1953 a la dictadura de Batista mediante un golpe de mano, tomando el cuartel de “Moncada”, que llevó a una verdadera masacre de los atacantes. El desembarco del Gramma, el 2 de diciembre de 1956, fue otro fracaso como lo escribe el mismo Fidel Castro:

“Desembarcamos con 83 hombres el 2 de diciembre de 1956 y sufrimos inmediatamente un primer revés... Cayeron pocos camaradas durante este ataque (ataque gubernamental), pero el grupo fue completamente dispersado. Conmigo sólo quedaron dos hombres y dos fusiles; con mi hermano Raúl, ocho hombres y siete fusiles. Cuando nos reencontramos, éramos, pues, doce y nueve fusiles. Todas las otras armas se habían perdido o habían sido escondidas. Varios camaradas habían dejado sus armas en lugares que no conocían de nada. Muchos otros fueron hechos prisioneros por el ejército y asesinados.”

Los que escaparon lograron llegar a Sierra Maestra gracias a la ayuda de los campesinos. Grupos de guerrilleros se habían constituido ya en Sierra Maestra. El 28 de enero de 1957, una huelga transformó Manzanillo, Bayamo, Centramaestra y Santiago de Cuba (situadas en la provincia de Oriente) en ciudades muertas.

Fidel Castro pudo recomponer su grupo gracias al apoyo que le aportaron las organizaciones del “26 de julio”, constituidas las más de las veces en las ciudades.

Las masas derrocan a Batista

La acción de Fidel Castro y del Movimiento 26 de julio coincidió con el impasse del régimen de Batista, con su putrefacción y el despertar de un potente movimiento de masas, primero entre el campesinado, pero que también se desarrolló entre las masas proletarias de las ciudades. A consecuencia del asesinato de Franco País, dirigente del “26 de julio” en Santiago, estalló en esa ciudad una huelga general contra la dictadura. El fracaso de la huelga general del 9 de abril de 1958 no invalida en nada esta constatación. Lanzada arbitrariamente por el Movimiento 26 de julio, la orden de huelga chocó con la oposición y el sabotaje del partido estalinista. El ejército de Batista contaba con 70.000 hombres bien armados. “El ejército rebelde y las milicias no contaban con más de 5.000 hombres armados, muchos de ellos sin fusiles, por todo el país”, y esto hacia el final. El ejército de Batista era incapaz de llevar adelante el menor combate serio. Pero el ejército es un reflejo de la sociedad. Su descomposición traduce la putrefacción de ésta. Algunos extractos del *Journal de la Révolution cubaine*, de Carlos Franqui, mostrarán claramente las fuerzas que actuaban en el momento en que se hundió Batista y triunfó Castro y el Movimiento 26 de julio.

“El 31 de diciembre de 1958, la columna número 1 “José Martí”, dirigida por Fidel, estaba, igual que Radio-Rebelde, en Palma Soriano, cerca de Santiago de Cuba. Palma era la ciudad más importante que habíamos tomado avanzando sobre Santiago por la carretera central con la columna número 1. Era un momento en que se precipitaba la lucha revolucionaria. El Che había entrado en Santa Clara, en el centro de Cuba, con las fuerzas de Escambray; las fuerzas del segundo frente oriental habían tomado catorce cuarteles y se aproximaban a Guantánamo y Santiago. Las elecciones del 3 de noviembre habían sido un claro fracaso para la tiranía. Más del 80% de la población se había abstenido aunque el voto era obligatorio. El ejército, desmoralizado, no quería luchar. El 28 de diciembre, en la central Palma, el general Cantillo, jefe del ejército, se había reunido con Fidel y se había puesto de acuerdo para unir sus fuerzas a las del ejército rebelde para liquidar la tiranía y detener el derramamiento de sangre. Fidel había exigido que no hubiese conspiración militar, que el tirano y los criminales de guerra fueran arrestados, no aceptaba ninguna junta militar ni intervención de la embajada estadounidense, había exigido la proclamación de un gobierno civil presidido por Urrutia. El 31 de diciembre, nos habíamos reunido en casa de algunos camaradas de Palma Soriano, en presencia de revolucionarios de Santiago. Fue el primer día de la guerra en el que dormí en una cama de hotel. Habíamos instalado Radio-Rebelde en el emisor de Palma. Me acosté hacia las 3 horas de la noche el 1 de enero y me levanté al alba por la costumbre campesina. Me puse a andar por las calles para ir a la emisora de radio. Andaba y escuchaba a gente hablar. Me di cuenta que pasaba alguna cosa importante. Pregunté y me dijeron que la radio había anunciado que Batista había huido. Me presenté rápidamente en Radio-Rebelde; con el técnico y otros camaradas traté de entrar en contacto por radio con La Habana. Lo logramos después de algunos minutos y hablamos con Vicente Béez, responsable del 26 de julio de la capital, que había ocupado con las milicias numerosas emisoras de

radio y de televisión. Vicente nos confirmó la huida del tirano y la tentativa de Cantillo para crear una junta militar con el apoyo de políticos conservadores, de la embajada estadounidense y de algunos magistrados de la vieja Corte Suprema. Habíamos enviado un jeep y un mensajero a Fidel, que se encontraba en la central Amarres, a varios kilómetros de Palma, y le habíamos pedido a las emisoras de radio de La Habana que se sincronizasen con nosotros para dirigirse al pueblo. Redacté una proclama a la nación anunciando la caída de la tiranía, la tentativa de junta militar que no aceptábamos, invitando al pueblo a estar presto para declarar la huelga general, ordenando a las columnas rebeldes y a las milicias ocupar las ciudades, los cuarteles y las comisarías, y pidiendo al pueblo esperar en pocos momentos la alocución decisiva de Fidel Castro. Algunos camaradas de la dirección del 26 de julio, Faustino Pérez entre otros, nos ayudaron en esos momentos difíciles y compartieron la responsabilidad de la primera proclama. A las 11 horas de la mañana, Fidel llegó a la emisora e hizo su alocución al pueblo: le previno del peligro del golpe militar, pidió declarar la huelga general revolucionaria, ordenó a las columnas rebeldes que avanzasen, denunció la traición de Cantillo y pidió a la población de Santiago de Cuba que se preparase para la batalla inmediata. De hecho, ratificó lo que habíamos sugerido en la primera proclama.

[...] Al día siguiente al 2 de enero, se proclamó a Urrutia presidente en la universidad de Santiago, Fidel hizo un discurso esa tarde en el que dijo: “Esta vez sí que es la revolución”.

La situación era todavía confusa. Para anular el efecto del golpe de La Habana, Fidel proclamó a Santiago capital de Cuba; nombró al coronel Rego Rubido (jefe del cuartel de Moncada) jefe del ejército y el coronel Izquierdo, jefe de la policía de Santiago, se convertía en jefe de la policía nacional. Raúl Castro, Hubert Matos y Maro habían entrado ya en el cuartel Moncada, Fidel mismo los siguió; habían convencido a la guarnición de Santiago y a sus jefes para unirse a la revolución. Me acuerdo que mientras se proclamaba a Urrutia presidente, en la universidad de Santiago, los estudiantes y el pueblo gritaban: “Izquierdo asesino”. Izquierdo, que había dirigido la represión en Santiago de Cuba y que era jefe de la policía nacional en ese momento fue fusilado tres días más tarde. Urrutia, que tenía una mentalidad de juez de paz, no sabía qué hacer; entre otras ideas retorcidas se le había ocurrido la de mantener dos ejércitos: el ejército rebelde y el de Batista. Nos tomó trabajo convencerle que era absurdo y en un minuto, en la radio, nombramos a los ministros del nuevo gobierno, con excepción del primer ministro, y de los de interior, trabajos públicos, de agricultura y educación nacional, que Fidel me había dicho que le dejase nombrar más tarde. Raúl Castro nombró al ministro de asuntos extranjeros, era el ortodoxo Agramonte. Los otros, los nombramos nosotros. Recuerdo que el ministerio encargado de la recuperación de los bienes adquiridos fraudulentamente lo creé yo mediante una nota manuscrita, y que le dije al locutor que la leyese. El público presente lanzó una enorme ovación a ese ministerio que iba a ser el primer instrumento revolucionario del nuevo gobierno así como al ministro que tenía la cartera, que era Faustino Pérez. Urrutia pidió no aplaudir a un ministerio o un ministro sino a todo el gobierno. En realidad fue un gobierno radiofónico. Después Fidel designó a Hart, Ray, Sorl Marin, Luis Orlando Rodríguez y, para sorpresa general, al Dr. José Miró Cardona, secretario del Frente Cívico de Oposición, como primer ministro.

El nombramiento de Miró Cardona produjo el efecto de una bomba. Era el presidente del colegio de abogados de Cuba, el representante de los grandes abogados de negocios capitalistas, y uno de los políticos más proestadounidenses de Cuba. Había defendido al presidente más ladrón que Cuba tuvo jamás en el celebre asunto Grau San

Martín, por el desvío de 84 millones. Había defendido al capitán Casilla, asesino del líder negro de los obreros del azúcar, Jesús Menéndez, un dirigente comunista. No comprendimos este nombramiento. Pero aquellos para quienes fue hecho se han marchado. Era en realidad una inteligente maniobra que engañó a los estadounidenses, a los burgueses y a los políticos. Miró Cardona sólo siguió como ministro cuarenta y cinco días. El mismo Fidel lo reemplazó el 16 de febrero.

A diferencia de Cantillo, que había traicionado el acuerdo con el ejército rebelde, dejó escapar a Batista e intentó hacer fracasar la revolución con un nuevo golpe militar, Barquin, que, independientemente de sus ideas, estaba contra Batista, no puso dificultades. A partir de la primera conversación por radio, aceptó las instrucciones de Fidel. Su grupo se integró en el nuevo ejército y, en cuanto a él, fue enviado en misión técnica militar a Europa.

La huelga obrera nacional duró casi una semana, fue el factor decisivo de la victoria, el que anuló las tentativas de golpe militar, de mediación estadounidense y consolidó el nuevo poder revolucionario.

El comportamiento del pueblo fue admirable. No se produjo ni un solo acto de vandalismo, de pillaje o destrucción. Ningún esbirro del régimen fue asesinado, centenares de millares de dólares encontrados aquí y allá fueron entregados al estado, el orden fue perfecto. Se le había dicho al pueblo que se haría justicia, pero una verdadera justicia. Y así fue.

El pueblo cubano ha dado pruebas de su capacidad revolucionaria. Ha mostrado que su nivel moral y cívico seguía intacto a pesar de las dificultades que había vencido. Para comprender la importancia decisiva de la huelga es necesario saber que cuando el general Cantillo había hecho su tentativa de golpe militar tenía el apoyo de la siempre potente embajada de los Estados Unidos, de la Corte Suprema, de las clases acomodadas y ricas del país, de los viejos políticos, la Iglesia, la prensa tradicional y sectores conservadores del país; además, estaba Colombia, el ejército, la policía y los cuerpos represivos de la tiranía, habían diversas decenas de millares de hombres que poseían todas las armas mientras que el ejército rebelde y las milicias rebeldes no contaban más que con menos de 5.000 hombres armados, muchos de ellos sin fusiles, por todo el país. La huelga pesó de forma decisiva en el balance para desarmar psicológicamente a los militares. Igualmente el rechazo masivo del pueblo a votar en las elecciones del 3 de noviembre de 1958 había sido otro factor decisivo. La huelga general fue el instrumento de su victoria, el Movimiento 26 de julio, en todo el país, la columna vertebral de esta victoria y Fidel el jefe incontestado.”

Una revolución proletaria

Es el principio clásico de una revolución proletaria. La disolución del ejército y de la policía sanciona un estado de hecho. Son reemplazados por el ejército rebelde y por una policía reclutada entre los guerrilleros de Castro, que éste dirige. Por el contrario, el aparato administrativo y la justicia se mantienen intactos, por más que sean más o menos depurados. La marina, que se unió a Castro a última hora, continuó igualmente intacta.

No se trata de negar las cualidades revolucionarias de Fidel Castro y del Movimiento 26 de Julio, querían absolutamente derrocar a la dictadura de Batista y ello sin compromisos. Se habían pronunciado a favor de cierta reforma agraria. Revolucionarios, no por ello dejaban de ser un movimiento pequeño burgués con los límites que implica. Pero el movimiento de las masas iba a anegarlo todo.

Las declaraciones de Fidel Castro en Nueva York en abril de 1959 no concordaban con el carácter de la revolución cubana. El 7 de abril, durante una conferencia de prensa, explicaba:

“He dicho de forma clara y definitiva que no somos comunistas [...] Están abiertas las puertas a las inversiones privadas que contribuyen al desarrollo de la industria en Cuba [...] Es absolutamente imposible que hagamos progresos si no nos entendemos con los Estados Unidos.”

Y, en su discurso en el Central Park de Nueva York el 27 de abril de 1959:

“La victoria sólo ha sido posible porque hemos unido a los cubanos de todas las clases y sectores alrededor de una sola y misma aspiración.”

Pero las masas no lo entendían así. El poder revolucionario no era capaz de hacerlas retroceder, de encauzar la revolución. El 17 de mayo de 1959, se promulgó una primera reforma agraria. Esta reforma agraria no tenía nada de “socialista”: prohibía la gran propiedad agraria superior a las 400 hectáreas; los arrendatarios y apareceros recibían gratuitamente la propiedad de la tierra que cultivaban hasta el límite de 27 hectáreas; los propietarios debían ser indemnizados por el estado. Las plantaciones de caña de azúcar, los arrozales y pastos cuyo rendimiento sobrepasase el 50% del rendimiento nacional podrían mantener 1.340 hectáreas. Esta reforma agraria tendía a cubrir y canalizar un movimiento campesino que no había estado esperando para empezar una reforma agraria de esta guisa.

Pero el movimiento revolucionario que proseguía y la reforma agraria, incluso bajo esta forma, le eran intolerables a los capitalistas cubanos y al imperialismo estadounidense que poseía inmensas propiedades y controlaba el conjunto de la economía de la isla. Y sobretodo, el ejemplo de Cuba corría el riesgo de ser contagioso para toda América Latina, que el imperialismo estadounidense controla. El imperialismo estadounidense pasó a la ofensiva contra la revolución cubana y el gobierno de Castro, obligando a la dirección cubana ya fuera a capitular y a enfrentarse a las masas ya fuera a ir más lejos en la vía de ruptura con la burguesía cubana y el imperialismo. Castro y el Movimiento 26 de Julio se iban a adentrar en esta última vía.

El 18 de julio de 1959, el presidente Urrutia tenía que dimitir a consecuencia de grandes manifestaciones de masas. En octubre, los antiguos ministros burgueses abandonaban el gobierno. Por su parte, el imperialismo estadounidense comenzaba a organizar el bloqueo económico de Cuba, particularmente sobre la venta de azúcar, principal recurso de la isla. La brutalidad de la reacción del imperialismo estadounidense, las intrigas de la burguesía cubana ligada a éste y las de los contrarrevolucionarios cubanos no abatieron sino que, por el contrario, estimularon la revolución cubana, la actividad de las masas. Para resistir al imperialismo estadounidense y a la burguesía local, bajo la presión de las masas, Castro y el Movimiento del 26 de Julio depuraron el aparato de estado: el ejército, la NRA, la policía, la magistratura, el aparato administrativo y la marina. A iniciativa de las masas surgieron milicias obreras y campesinas, formas embrionarias de poder a nivel local, comités de defensa de la revolución, comités en las fábricas. Fidel Castro y los dirigentes de su movimiento eran reticentes a que se constituyesen tales organismos, impusieron que los comités de fábrica fueran designados y sólo consultivos.

Para romper el bloqueo económico, a Fidel Castro y su equipo no les quedó otro remedio más que dirigirse a la burocracia del Kremlin y a las burocracias satélites. La URSS otorgó a Cuba un crédito de 100 millones de dólares y firmó un acuerdo que garantizaba la compra de un millón de toneladas de azúcar cada año durante cinco años, el 20% pagado en dólares, el 80% en mercancías, entre las cuales el petróleo. Durante el año 1960, el imperialismo estadounidense acentuó su presión: las refinerías que

controlaba en Cuba rechazaron refinar el petróleo proveniente de la URSS. Castro, que ya había anteriormente nacionalizado una gran parte de las propiedades y haberes del capital estadounidense en Cuba, nacionalizó el resto.

Muy pronto, el imperialismo estadounidense iba él mismo a dar un formidable impulso a la revolución cubana al organizar la tentativa de desembarco de los contrarrevolucionarios en Bahía Cochinos, el 14 de abril de 1961. Sólo “después del ataque de Playa Girón Fidel proclamó oficialmente una revolución socialista que en los hechos estaba ya realizada”, escribe R. Dumont en *Cuba, est-il socialiste?*

Contra el imperialismo y la débil burguesía cubana se levantó un extraordinario movimiento de masas que no le dejó a Castro otra posibilidad.

A consecuencia de los nuevos desarrollos de la revolución cubana, la organización trotskysta francesa que iba a constituir algunos años más tarde la OCI, consideraba que:

“La movilización de las masas cubanas, tanto como las necesidades de su propia política, explican la disolución por Fidel Castro del aparato represivo, el ejército y la policía del antiguo régimen cubano. Sin embargo, en la primera etapa de la revolución se preservó al aparato de estado burgués e incluso se le rejuveneció en sus sectores más esenciales.

La lucha contra el imperialismo ha conducido a las masas y, en cierta medida, al *gobierno obrero y campesino*, a descargar golpes severos sobre el estado burgués, hoy en día dismantelado y fantasmagórico. Al mismo tiempo, ha visto aparecer los primeros elementos de “poder obrero”, notablemente las milicias obreras.

Al igual que la historia no ha zanjado todavía la suerte de la revolución cubana mucho menos ha zanjado el problema de la naturaleza del estado cubano en el presente período. Hay una dualidad de poderes entre los restos del estado burgués y los elementos de la aparición de un estado obrero. Esta dualidad de poderes no se sitúa incluso ni en el nivel de conciencia de las masas que necesitan las enseñanzas del socialismo y de un partido revolucionario. Para luchar por el poder proletario de forma consciente y sistemática. El gobierno obrero y campesino puede, pues, esforzarse todavía en evitar el conflicto y conciliar las fuerzas antagonistas en organismos como las JUCEI, moldes de donde, a consecuencia de la relación de fuerzas entre las clases, pueden salir, en una etapa ulterior, los cuadros de los soviets como aquellos de un estado burgués restaurado.”

Una vez más: un problema de método

Esta posición estaba plenamente justificada en esa etapa de la revolución cubana. El ejemplo de la revolución española de 1936-1938 muestra que un estado burgués puede ser reconstruido a partir de un gobierno de coalición de las organizaciones obreras y de la “sombra de las organizaciones burguesas”. El informe de la OCI sobre la revolución cubana comentaba:

“¿Es posible decir, como lo afirman algunos partidarios de la tesis “Cuba, estado obrero”, que *Cuba es un estado obrero porque el antiguo aparato de estado burgués ha sido destruido?* No lo creemos: los camaradas que afirman esto confunden el principio y el fin de una revolución proletaria victoriosa. El estado burgués, y en particular su aparato represivo, policía y ejército permanentes, pueden ser destruidos al principio de una revolución sin por ello dar lugar a un estado obrero: jamás ni Trotsky ni los trotskystas pensaron, entre

julio de 1936 y mayo de 1937, analizar la España republicana como un *estado obrero*, cuando ni quedaba policía ni ejército ni incluso funcionarios, a penas las “cenizas de un estado”. Y, a partir de septiembre de 1937, es un *estado burgués* lo que se reconstruye, cierto que lentamente, contra el poder proletario de los “comités”, que en definitiva serán utilizados como un marco de la restauración del estado burgués, cuando una dirección revolucionaria podría haber hecho de ellos la base de la construcción de un estado obrero. Churchill, que no es, ciertamente, un marxista pero que conoce la lucha de clases, escribía a propósito de esto: “*Cuando, en algunos países, sean los que sean, toda la estructura de la civilización y de la vida social está destruida, el estado sólo puede reconstruirse en el marco militar.*”, lo que significa que cuando las relaciones de propiedad y el aparato de estado burgués han sido destruidos todavía hay una alternativa a la instauración de un estado obrero (la “subversión”), la reconstitución de un *nuevo* aparato de estado burgués, “en el marco militar”. ¿El “ejército rebelde” de Fidel Castro en qué difiere fundamentalmente del “ejército popular” español de la República, no menos igualitario, no menos democrático, no menos militante y, sin duda alguna, más ligado a las organizaciones obreras y más politizado, sin embargo marcado por el “estado popular” de Largo Caballero, el antiguo estado burgués reconstituido, remozado y adornado con el prestigio de las organizaciones y la ideología obreras? La destrucción del antiguo aparato de estado burgués no es automáticamente la prueba y el criterio de la existencia de un estado obrero aunque sea una de las condiciones *negativas*; un estado burgués destruido puede ser reemplazado por otro estado burgués, integrando los fragmentos del precedente, a condición que las masas tengan, durante un tiempo, la ilusión que es *su* estado, lo que sólo puede impedir la acción de una organización revolucionaria consecuente, batiéndose por un estado obrero.”

Más adelante:

“Gran cantidad de camaradas recurren, a fin de definir a Cuba como a un “estado obrero”, al criterio de las relaciones de propiedad. Según ellos, Cuba es un estado obrero porque lo esencial de la industria, del comercio y de los transportes ha sido nacionalizado a consecuencia de la expropiación de la burguesía, y porque la economía es dirigida allí por una comisión de planificación. Aquí, al menos, se apoyan en un precedente pues este criterio, nacionalización y planificación, es el que, en ausencia de toda democracia proletaria, permitió a los trotskistas, en 1948, calificar de “estados obreros” a los estados satélites de la URSS, en el glacis, incluso si la acción militar y burocrática de la URSS fue el factor decisivo de esta transformación, en lugar de la acción revolucionaria estrechamente controlada de las masas que se constató en Yugoslavia y China...”

[...] Pensamos que aquí se manifiesta precisamente una de las debilidades de nuestros análisis de 1948 y volveremos sobre ello después. Sin embargo, incontestablemente en el caso de los países del glacis europeo, el criterio “nacionalización” es inesperable del criterio “asimilación estructural” a un “estado obrero degenerado”: como el estado bonapartista de los países del glacis es el instrumento de la burocracia de un estado obrero degenerado, los trotskistas no pudieron considerarlo como un estado obrero deformado, y el criterio “nacionalización y planificación” no es suficiente por sí sólo. Los marxistas hemos aprendido en efecto, después de treinta años, que hay nacionalizaciones burguesas igual que hay nacionalizaciones obreras.

Piensan, igual que Trotsky, que la nacionalización de toda la propiedad burguesa por un estado burgués, posible teóricamente, es imposible prácticamente. Sin embargo, experiencias recientes muestran que esos argumentos pueden dejar de ser válidos bajo circunstancias particulares; así, la “república social fascista” de Mussolini expropió a la burguesía italiana en 1944, sin por ello dejar de representar a los intereses históricos burgueses. Así, la nacionalización es una de las soluciones de un estado burgués en un país atrasado en el que la burguesía está en formación o en el que aquella es la única forma que permite el desarrollo histórico de la burguesía, incluso en detrimento de los intereses inmediatos de los burgueses: solamente en ese sentido se puede comprender las primeras nacionalizaciones mejicanas de antes de la guerra, la nacionalización total de la economía birmana después de la guerra y las nacionalizaciones de Guinea.”

A lo que es necesario añadir que la economía de Cuba tiene dimensiones relativamente pequeñas, que es inviable en sí misma, que depende inmediatamente, directamente, de la explotación del azúcar y de su venta en el mercado mundial para conseguir las divisas necesarias para las importaciones que le son vitales. La venta del azúcar en el mercado mundial puede ser un medio de realizar la plusvalía que producen los trabajadores cubanos.

Sin embargo, tales relaciones no podrían perpetuarse ni en lo que concierne al estado ni, tampoco, a la expropiación del conjunto de los medios de producción y su funcionamiento según un plan económico de conjunto. Justo en el momento en que se hizo este análisis devenía, a la larga, insuficiente. Su insuficiencia ha originado, sin lugar a dudas, interpretaciones ulteriores que deben ser revisadas. Parece indispensable retomar la discusión en el seno de la OCI y del Comité de Organización sobre esta cuestión, que tenga en cuenta un conocimiento más completo de los ulteriores desarrollos. Se pueden hacer ya algunas reflexiones en vistas a esta discusión necesaria.

Para la existencia de un estado obrero solamente puede servir de prueba el mantenimiento de la expropiación del capital y el desarrollo de la planificación, ningún estado burgués puede, por naturaleza, realizarlas. Queda por saber mediante qué mecanismos sociales y políticos se constituye cada estado obrero, cuál es la fuerza política organizada que lo ha constituido. Se plantea otro interrogante: ¿el Movimiento del 26 de Julio, movimiento pequeño burgués, podía construir un estado obrero en Cuba? La respuesta a este interrogante es importante. Si se responde sí, ello quiere decir que organizaciones pequeño burguesas están en condiciones de construir estados obreros. E. Germain, en su artículo ya citado: “La Tercera Revolución china” explicaba justamente:

“El PC chino pudo conquistar el poder apoyándose en el campesinado, y por ello la generalización de la reforma agraria era inevitable. Pero, ¿qué ocurrió cuando los ejércitos campesinos entraron en las grandes ciudades industriales de China Oriental?”

Para dar a este interrogante la respuesta conveniente hay que entender que esos ejércitos campesinos fueron dirigidos por un partido que (tanto por su programa como por sus perspectivas políticas como por la tradición, consciencia y temple de sus cuadros) no había salido del campesinado sino que había sido y seguía siendo, desde hacía tres décadas, el principal portavoz del proletariado chino. Por supuesto que ese partido se batía por el bloque de las “cuatro clases”, se pronunciaba a favor de una colaboración con la “burguesía industrial” y había constituido un gobierno de coalición con los representantes de ésta; pero afirmaba al mismo tiempo que “la clase obrera ha devenido la clase dirigente de

la nación” y que sólo era cuestión de tiempo que pudiese encararse la construcción de un sociedad socialista en China”.

Con otras palabras, el Partido Comunista chino era un partido obrero-burgués, pero un partido obrero. Esto es evidentemente verdadero respecto al partido Comunista yugoslavo y los PC de Indochina. Sus orígenes sociales fue lo que hizo posible que deviniesen fuerzas políticas a partir de las cuales se constituyeron estados obreros burocráticos en Yugoslavia, China, Vietnam, Camboya y Laos.

El papel del PC cubano

Para retomar el análisis de la naturaleza social del estado cubano hay que estudiar el papel que el Partido Comunista cubano jugó durante la revolución cubana, en relación con el de la burocracia del Kremlin. El PC cubano se llamaba, antes y al principio de la revolución, el Partido Socialista Popular (PSP). Estrechamente dependiente de Moscú, entre 1952 y 1958 apoyó abiertamente la dictadura de Batista. Sólo un poco antes de la caída del dictador, el PSP rompió con él.

“El partido combatía la lucha clandestina, el sabotaje y el incendio de los cañaverales, al Movimiento 26 de Julio, y al Directorio, acusándolos de ser grupos de gánsters pequeño burgueses y anticomunistas. No apoyaron ni la huelga de agosto ni la de abril de 1958, sobre la que no se pusieron de acuerdo.

El partido envió a Sierra Maestra a su dirigente Carlos R. Rodríguez y comenzó a apoyar la lucha armada en el momento del pacto de Caracas (agosto de 1958), que habían suscrito de forma unitaria el Movimiento 26 de Julio, el Directorio, los militares, los auténticos, los ortodoxos, las instituciones cívicas y los obreros. Organizó un grupo de tiradores en Yaguajay, bajo las órdenes de Félix Torres, que ayudó a Camilo a ganar la sierra.

Armando Acosta, líder obrero de Santo Espíritu y dirigente comunista local se había unido, bajo su responsabilidad, a la columna del Che en la sierra y participó, en el momento de la invasión, en numerosos combates y tomas de ciudades.

Durante los últimos meses de la guerra, el partido realizó un trabajo frenético de penetración en el interior del segundo frente oriental, y ello con la ayuda de Raúl Castro, que se había separado del partido para participar en el ataque a Moncada en 1953, pero continuaba pensando que el partido era la revolución (y también con la ayuda del Che y de Ramiro Valdés que, sin haber sido miembros del partido eran simpatizantes y lo consideraban como el representante del socialismo).

En el congreso nacional de 1959, el partido, a través de su secretario general Blas Roca, hizo una autocrítica sobre los errores cometidos durante la lucha contra Batista.” (*Journal de la révolution cubaine*)

Numéricamente débil pero disponiendo, como organización estalinista, de un aparato cuidadosamente seleccionado por el Kremlin y militantes perfectamente controlados, el PSP tenía una cohesión muy superior a la del Movimiento del 26 de julio, organización pequeño burguesa, heterogénea y sin unidad política real. Para el PSP era un juego de niños infiltrarse en el Movimiento 26 de Julio. Desde la victoria de la revolución, el PSP se infiltró en las organizaciones de masas, los ministerios y la administración. Incluso llegó a lograr eliminar en 1960 a David Salvador del puesto de secretario general de la Confederación de Trabajadores de Cuba.

El informe de la OCI ya citado recuerda los hechos:

“Al día siguiente del fracaso de la huelga [de abril de 1958], después de la toma del poder, Castro apoya a Salvator que se adueña de la CTC contra los estalinistas. Al año siguiente, Castro cuestiona personalmente el voto del congreso nacional que eligió a Savator secretario general contra un candidato estalinista. Acusando al congreso de no haber “dado pruebas de prudencia ni de unidad ni de nada” le impone el reparto de responsabilidades entre Salvator y otros secretarios, de entre los cuales el estalinista Junus Sota, que muy pronto será el dueño del aparato. Finalmente, Salvator es encarcelado.”

En 1961, el Movimiento 26 de Julio, el PSP y los miembros del Directorio Revolucionario del 13 de Marzo se han fusionado en una sola organización. De ésta nacerá un partido único y todos los otros partidos serán prohibidos: el Partido Unido de la Revolución Socialista, que se convertirá más tarde en el Partido Comunista de Cuba. Ahora bien, ¿quién se encargó de la organización del nuevo partido? La dirección estalinista del PSP. La fuerza del PSP radicaba en seguir una línea contrarrevolucionaria de forma sistemática y determinada, en ser el agente del Kremlin, sin el cual la economía de la isla se dislocaría. René Dumont escribe en la obra ya citada:

“A menudo se estima que Cuba, a fines de 1969, habría costado en rublos cerca de cuatro mil millones de dólares a la URSS, sin incluir los armamentos. C. R. Rodríguez, entrevistado en Lima en abril de 1969, cita el ejemplo de dos préstamos soviéticos de desarrollo, de 100 y de 135 millones de dólares; después, de créditos comerciales que, para el año 1968 únicamente, habrían superado los 200 millones de dólares. Precisa que son préstamos al 2 y al 2,5 por ciento de interés, reembolsables a diez o doce años la mayoría de ellos. Sólo los armamentos son regalados. También cita créditos franceses (Richard, 36 millones de dólares), ingleses (fábrica de abonos 50 millones), alemanes del este (más de 60 millones), rumanos (50 millones), checos, húngaros y de otros países.”

¿Cómo dudar que la verdadera fuerza política que reconstruyó el partido único fuera el partido estalinista? Controló y se subordinó a las organizaciones de masas bajo la cobertura del “Líder Máximo”. Al final de un artículo escrito en agosto de 1961 (“Revolución cubana, primera etapa”) y que se publicó en *La Vérité* n 522, F. Rodríguez señalaba:

“P-S. Algunos observadores han querido descubrir en las Juntas de Coordinación, Ejecución e Inspección (JUCEI), instituidas desde la Provincia de Oriente en diversas provincias para coordinar las actividades de diversas autoridades y generalizadas por el decreto del 23 de pasado julio, un principio de gobierno proletario.

Ven un argumento en apoyo a sus tesis en el hecho que Raúl Castro, responsable de las JUCEI, ha anunciado que en un futuro serán elegidas y revocables. Sin embargo, no hay que tomar los deseos por realidades. Las JUCEI están formadas por representantes de los organismos y organizaciones existentes, de entre los cuales algunos son elegidos y otros designados, y aparentemente ninguno revocable: representantes de granjas de estado, de las direcciones de cooperativas, de los sindicatos obreros y campesinos, de la organización de los pequeños campesinos (ANAP), de los partidos políticos, incluido el PC, de los funcionarios de diversos ministerios, delegados del ejército, de las milicias, de los comités de defensa, etc. No está excluido que un poder proletario nazca a través de esos organismos, como a través de otros, tales como los CTA o los comités de defensa, si las masas logran modificar profundamente su naturaleza imponiéndoles su control. Por el momento, son

mucho más instrumentos de control ejercido desde arriba, por el gobierno castrista, para prevenir desarrollos no deseables.”

El Movimiento 26 de Julio, el PC cubano y la burocracia del Kremlin

Son procedimientos típicamente estalinistas. Tan significativo es también el virulento ataque que el PSP desencadenó contra el trotskysmo y los trotskystas.

“En agosto de 1960, en el congreso del PSP, el secretario general Blas Roca, consagró una importante parte de su informe (en la parte dedicada a los “enemigos de la revolución cubana) a los trotskystas, presentados como provocadores y espías de Hitler, después, del imperialismo estadounidense. Blas Roca los englobó junto a los “titistas” y los “anarcosindicalistas” entre los agentes imperialistas encargados de atacar a la revolución a partir de posiciones izquierdistas.”

No menos remarcables son los hechos siguientes:

“El 30 de abril de 1961, durante una conferencia televisada sobre los problemas económicos, Che Guevara polemizó contra la *Voz Proletaria*, “pequeño periódico trotskysta”, y sus críticas con motivo de los Consejos Técnicos. Declaró que las posiciones de ese órgano, “absurdas desde el punto de vista teórico”, eran “desde el punto de vista de la práctica, una infamia o un error.”

El diario trotskysta fue prohibido el 26 de mayo. El 13 de agosto, el mismo Guevara declaró a un diario chileno *Última Hora* que esta prohibición, medida puramente administrativa, se justifica porque “*no es prudente dejar al trotskysmo continuar llamando a la subversión*”. Explicó enseguida que “*el trotskysmo nació en Guantánamo*”, cerca de la celebre base estadounidense, y que esta proximidad geográfica justificaba ampliamente la medida. En cuatro meses, Guevara pasó de la polémica a la calumnia contra los trotskystas. La única diferencia con Blas Roca: no afirmó sino que insinuó y no habló de Hitler.”

Estos ataques de Guevara contra el trotskysmo tuvieron lugar después del desembarco frustrado de la Bahía de Cochinos, que levantó a las masas de Cuba y dio un nuevo y formidable impulso a la revolución. Controlar, hacer retroceder al movimiento de las masas, reconstruir un aparato de estado, construir el partido único, son tareas más indispensables y urgentes que nunca. Ahora bien, en nuestra época, la revolución proletaria, la lucha por la realización de la dictadura del proletariado, son inseparables del trotskysmo, sean cuales sean las insuficiencias políticas y por más extremadamente débil que éste sea. Che Guevara, los dirigentes del Movimiento 26 de Julio, han cubierto con su incontestable prestigio revolucionario la actividad contrarrevolucionaria del aparato estalinista. En otras ocasiones también, por ejemplo al final de la conferencia “tricontinental” que organizaron en 1966 los castristas, Fidel Castro desencadenará todo su verbalismo contra el trotskysmo y los trotskystas. Sería falsamente ingenuo creer que se trata de “errores”. Son actos políticos perfectamente medidos. El antitrotskysmo es la lucha contra la revolución proletaria. Los especialistas, los expertos del antitrotskysmo son incontestablemente los estalinistas porque ellos son los expertos y científicos del combate contra la revolución proletaria.

A esto se le opondrá, sin duda, que desde 1962, Fidel Castro denunciaba al estalinista Escalante, encargado de organizar el partido único:

“Escalante ha convertido al aparato del partido en un nido de privilegios, de tolerancias, de favores de todo género... El núcleo nombra y revoca, ordena y gobierna”.

Explicaba Castro en un discurso pronunciado el 26 de marzo de 1962. Escalante fue revocado. Se trata de un testimonio más, particularmente importante, de la realidad de la subordinación creciente del partido único, de las organizaciones de masas, del aparato del estado, al aparato estalinista. Detrás de Escalante estaba el Kremlin y los millares y millares de “especialistas” venidos de la URSS, especialistas militares, especialistas técnicos, especialistas de todo género. El asunto de los misiles de la URSS instalados en Cuba debía revelar a la vez las contradicciones existentes entre el Movimiento 26 de Julio, la revolución proletaria, la burocracia estalinista y su aparato actuando en Cuba. Al instalar en Cuba misiles que amenazaban a los USA, la burocracia del Kremlin organizaba una provocación contra la revolución cubana. El imperialismo estadounidense tuvo una magnífica ocasión para intervenir en Cuba. En efecto, Kennedy lanzaba un ultimátum en Cuba y la URSS para que retirasen esos misiles. Finalmente, Krushev y Kennedy llegaban a un acuerdo por encima de Castro y del gobierno cubano: la URSS retiraba esos misiles bajo el control de “inspectores” de la ONU (octubre de 1962). Con otras palabras, la burocracia del Kremlin actuaba soberanamente en Cuba.

Han estallado otras crisis en las que abiertamente Fidel Castro, el aparato estalinista en Cuba y la burocracia estalinista, se han opuesto. En el origen de esas crisis: en Cuba una auténtica revolución proletaria ha roto y cambiado radicalmente todas las relaciones sociales y políticas. Una revolución proletaria tan profunda y potente no se domestica fácilmente. La oposición al control y métodos estalinistas se iba a manifestar de una forma u otra. A pesar de la alianza entre el equipo castrista y el aparato estalinista para yugular la revolución proletaria, no hay identidad entre ellos. Fidel Castro y su equipo, la capa que representan, tienen sus intereses específicos en el interior del aparato de estado, del partido único, del aparato de producción. Sobre ellos ha pesado constantemente la amenaza de verse sacrificados durante algún mercadeo entre el imperialismo y el Kremlin. La heterogeneidad del Movimiento 26 de Julio dejaba lugar también a una suerte de militantes apegados a sus ideales revolucionarios humanistas y socialistas, como en tiempos de la sierra. Ello explica las tomas de posiciones de Fidel Castro y de su equipo bajo diferentes circunstancias.

Sin embargo, un lazo une lo que representa el castrismo, la burocracia del Kremlin y su aparato internacional: el miedo a que la revolución proletaria que había llevado al Movimiento 26 de Julio mucho más lejos de lo que pensaba, llegará a su término, a la realización de la dictadura del proletariado. Desde entonces, el Kremlin y su aparato en Cuba sólo podían jugar en el interior del partido único, en la construcción del aparato de estado y del aparato económico, el papel determinante. Los métodos de Castro y de su equipo dejaban el campo libre a la actividad del aparato estalinista. Las relaciones de tipo caudillista, llamadas directas, entre el “Líder Máximo”, el “tribuno” y la masa, la ausencia de funcionamiento oficial de los organismos políticos y estatales codificados, dejando el campo libre al aparato contrarrevolucionario organizado, centralizado, disciplinado del estalinismo. El resultado final de todas esas causas da testimonio: en última instancia, Castro y su equipo siempre han acabado inclinándose ante la burocracia del Kremlin y su aparato en Cuba. Fidel Castro y su equipo, por su parte, tienen un importante margen de acción pues su prestigio revolucionario es la cobertura indispensable para la acción contrarrevolucionaria del aparato estalinista. Es obligado constatar, sin embargo, que el alineamiento de Castro y de su equipo, su

subordinación a la burocracia del Kremlin, son desde hace años cada vez más estrechos y estrictos.

Sobre la naturaleza del estado de Cuba

Todo esto no zanja todavía la cuestión de cuál es la naturaleza del estado cubano construido a partir de 1962. Parece, sin embargo, que hay que concluir que la reconstrucción de un estado burgués se presenta imposible, teniendo en cuenta la profundidad de la revolución. Basta con precisar que a principios de los años sesenta, 600.000 cubanos de una población total de 7 millones habían emigrado, es decir el 8,6%. Dicho de otro modo, la burguesía en su conjunto, como clase, se ha expatriado. El proletariado, las masas, estaban organizados en millares y millares de comités, de organismos. No se ha realizado la variante de la reconstrucción de un estado burgués, plausible en el momento en que fue formulada, como tampoco se ha realizado la de la dictadura del proletariado. Ha tomado cuerpo otra variante: la constitución de un estado obrero que pertenece a los estados obreros burocráticos desde su origen, aunque con sus particularidades históricas. En Cuba, la revolución ha sido demasiado profunda, demasiado radicalmente llevada adelante por las masas, como para que sean destruidas desde el interior las conquistas económicas y sociales y se restaure un estado burgués. Una inexpiable guerra civil, organizada y llevada adelante desde el exterior, es indispensable para lograr esos objetivos. Pero, por parte del proletariado y las masas explotadas, la espontaneidad revolucionaria no es suficiente para que se realice la dictadura del proletariado. Los comités, los organismos de masas existentes, han quedado dislocados, no constituyen el indispensable aparato de estado centralizado. La espontaneidad del movimiento de las masas no puede lograr llegar a ese estadio.

Para conducir a las masas a constituir tal estado era indispensable un auténtico partido revolucionario, un partido que se situase bajo el programa de la IV Internacional, con una influencia decisiva sobre ellas. Ahora bien, las masas mantenían su confianza en Fidel Castro como en los dirigentes del Movimiento 26 de Julio desbordándolos, sumergiéndolos. El Movimiento 26 de Julio estaba colocado ante la alternativa siguiente: levantarse abiertamente contra la revolución proletaria, es decir ser el instrumento de la guerra civil contra ella; seguir el movimiento de las masas, haciendo creer que se colocaba a su cabeza pero limitándolo lo más posible. Escogieron la segunda alternativa. El aparato estalinista ha sido la fuerza política que ha controlado y después subordinado a las organizaciones de las masas, que ha sido la clavija obrera de la construcción de un nuevo aparato de estado (con la participación, por supuesto, del Movimiento 26 de Julio que encorsetó a la revolución), se ha levantado contra la realización de la dictadura del proletariado aunque deba ser calificado como estado obrero, pero burocrático y en ese sentido contrarrevolucionario.

Desde este punto de vista, el acuerdo entre el imperialismo estadounidense y la burocracia del Kremlin en octubre de 1962, y que ha cerrado la “crisis de los misiles”, es significativo: el imperialismo estadounidense renunciaba a desembarcar en Cuba para restaurar el orden burgués. Repitámoslo, para lograr este objetivo era necesaria una inexpiable guerra civil. ¿Cuáles podrían haber sido las consecuencias en América Latina?

Nadie lo podía prever. El imperialismo estadounidense se convenció que el riesgo menor era dejar actuar a la burocracia del Kremlin y a su aparato en Cuba para canalizar y hacer retroceder a la revolución proletaria. La importancia de Cuba, desde el punto de vista de los intereses económicos generales del imperialismo, es de

decimoquinto orden. Lo que contaba verdaderamente era el impacto de la revolución cubana. Lo más importante era neutralizarlo políticamente.

La burocracia del Kremlin, su aparato internacional, con la participación de Fidel Castro y de su equipo, a pesar de las querellas y las crisis, lo han logrado. Hoy en día, una sólida casta burocrática se ha constituido en Cuba, unida por una especie de cordón umbilical a la de la URSS. Una revolución política es tan necesaria como lo es la construcción de un partido de la IV Internacional.

Ulteriormente, por otra parte, el prestigio de Fidel Castro se ha revelado como un precioso instrumento contra la revolución proletaria en América Latina y en el mundo.

Los análisis de la OCI no prosiguieron después de 1962. Como máximo se han producido apreciaciones individuales. La verdad obliga a decir que toda la profundidad, toda la pujanza de la revolución proletaria en Cuba, no han sido justamente apreciadas. La “canción de la gesta” a propósito de Castro y del Movimiento 26 de julio ha oscurecido la realidad, ocultado al verdadero actor de la revolución cubana: al proletariado, a las masas.

De aquí, mucha incompreensión sobre el lugar y papel en la revolución cubana de las fuerzas políticas y de la resultante final del paralelogramo de las fuerzas sociales y políticas en movimiento¹¹.

5. Estrategia de la lucha por el poder, por la dictadura del proletariado

La transformación de las relaciones de propiedad en Europa del Este, en el norte de Corea, Yugoslavia, China y, después, Indochina y Cuba, ha alimentado, incontestablemente, el revisionismo. La lectura del manifiesto del pablismo, el artículo de Michel Pablo “¿A dónde vamos?”, que publicaba Quatrième Internationale de febrero-abril de 1951, da cuenta de ello. El manifiesto del revisionismo reducía el Programa de Transición a los famosos pasajes sobre las circunstancias excepcionales que podrían obligar a los partidos pequeño burgueses, incluyendo los partidos estalinistas, a ir más lejos de lo que ellos desearían en la vía de ruptura con la burguesía. Lo interpretaba a su manera y por supuesto modificando su contenido. Las circunstancias excepcionales devenían la inevitabilidad de una guerra del imperialismo estadounidense contra los estados obreros degenerados.

Pablo establecía la compleja dialéctica siguiente:

“Tal guerra tomaría desde el principio el carácter de una guerra civil internacional, particularmente en Europa y Asia, que rápidamente pasaría a estar bajo control de la burocracia soviética, de los partidos comunistas, o de las masas revolucionarias. La guerra bajo tales condiciones, en una relación de fuerzas tal como existe actualmente, sería esencialmente la revolución. La progresión de la revolución anticapitalista en el mundo aleja más, al mismo tiempo, el peligro de guerra general. La guerra sería esta vez la revolución.

Las dos nociones de revolución y guerra, lejos de oponerse o de distinguirse en tanto que dos etapas considerablemente diferentes de la evolución, se acercan y entrelazan hasta el punto de confundirse en lugares y

¹¹ El buró político de la OCI estima que es necesaria una nueva discusión sobre la revolución cubana y sus desarrollos. Sin que se haya pronunciado este buró sobre los elementos que avanzo en esta parte de este artículo, estoy autorizado a publicarlos bajo mi responsabilidad (S. J.).

momentos. En su lugar, emerge la noción de la revolución-guerra, de la guerra-revolución, sobre la deben basarse las perspectivas y orientación de los marxistas revolucionarios de nuestra época.”

Precedentemente, en algunas frases, Pablo había substituido el fundamento de la teoría marxista, la división de la sociedad en clases por el “concepto” de bloques:

“La realidad social objetiva, para nuestro movimiento, está compuesta esencialmente del régimen capitalista y del mundo estalinista. Por lo demás, se quiera o no, esos dos elementos constituyen la realidad social objetiva a secas, pues la aplastante mayoría de las fuerzas opuestas al capitalismo se encuentran esencialmente dirigidas o influenciadas por la burocracia soviética.”

Pablo concluía:

“Tal guerra, lejos de parar la lucha que se prosigue esencialmente en desventaja del imperialismo, la intensificaría y la llevaría al paroxismo. Rompería todos los equilibrios, arrastrando a todas las fuerzas a la lucha, acelerando el proceso ya comenzado de la transformación convulsa de nuestra sociedad, que sólo se pacificaría con el triunfo del socialismo internacional. La suerte del estalinismo se decidiría, precisamente, en este período de cambios gigantescos.

Personas que desesperan de la suerte de la humanidad, porque el estalinismo dura e incluso alcanza victorias, rebajan la historia a su medida. Les habría gustado que todo el proceso de transformación de la sociedad se cumpliera en los plazos de su corta vida a fin que sus esfuerzos por la revolución pudiesen ser recompensados. Cuanto a nosotros, nos reafirmamos en lo que escribimos en el primer artículo que consagramos al asunto yugoslavo: esta transformación ocupará probablemente un período histórico de algunos siglos, que será rellenado entretanto por formas y regímenes transitorios entre el capitalismo y el socialismo necesariamente alejados de formas “puras” y de normas.”

El revisionismo y la posición de Trotsky

Para quien desee entenderlo todo está perfectamente claro. La burocracia del Kremlin ha expropiado al capital en el Este de Europa y en el Norte de Corea, también los PC yugoslavos y chino lo han expropiado en sus países, ello en función de circunstancias excepcionales. Pero se prepara circunstancias aun más excepcionales, la guerra-revolución, revolución-guerra, que romperá todos los equilibrios, arrastrando a todas las fuerzas a la lucha. Para hablar claro: la burocracia del Kremlin y los otros aparatos burocráticos, a escala mundial esta vez, según los mismos métodos y por procesos análogos a los utilizados en Europa del Este y el Norte de Corea, en Yugoslavia, China, expropiaron el capital. Sólo después de “siglos de transición” el socialismo será realizado. Con otras palabras, “larga vida” a las burocracias, entre las cuales la burocracia del Kremlin es el prototipo. Ejercen un papel indispensable, históricamente necesario, progresista, sobreentendiéndose que el proletariado es incapaz de expropiar al capital con sus propios métodos y sus propios medios. Los apologistas del castrismo desarrollan puntos de vista semejantes a los de Pablo. Ciertamente que la guerra-revolución, revolución-guerra, está pasada de moda. Queda que substituyen al proletariado, a la realización de su dictadura, la acción de organizaciones pequeño burguesas empíricas pero consecuentes; a la construcción de partidos de la IV Internacional y de la IV Internacional, substituyen el apoyo a Castro, hoy en día instrumento internacional de la burocracia del Kremlin, consagrado con su equipo como

la más inminente dirección revolucionaria que ha existido después de la del partido bolchevique.

Tales concepciones atacan los fundamentos del marxismo. “La historia de toda sociedad hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases”, se puede leer a principio del *Manifiesto Comunista*. Y la historia es esencialmente la historia de dos clases fundamentales de la sociedad actual, la burguesía y el proletariado, las otras clases y capas sociales se alinean o se insertan en la lucha de esas dos clases. Cuestionan la unidad mundial en el tiempo y el espacio de la lucha de las clases en la época presente. Ponen punto final al desarrollo real de esta lucha de clases, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

La expropiación del capital al final y después de la Segunda Guerra en Europa del este, en el Norte de Corea, Yugoslavia, China, Vietnam y Cuba son el producto de la combinación de un gigantesco crac del modo de producción capitalista, de la sociedad burguesa, del sistema imperialista y de la oleada revolucionaria que se produjeron al final de la Segunda Guerra Mundial y que prosiguieron tras ella.

Cuando se hundía el imperialismo alemán, se entablaba a escala europea el proceso de la revolución proletaria. La revolución proletaria en Europa fue contenida y su desarrollo limitado por la política conjunta del imperialismo estadounidense y de la burocracia del Kremlin actuando directamente y por medio de su aparato internacional.

La revolución estaba al orden del día no sólo en Europa del Este sino en Italia, Francia, Bélgica y Alemania, es decir en los países más avanzados de este continente decisivo desde el punto de vista de las relaciones mundiales entre las clases. La división de Europa en dos, la ocupación del Este de Europa por las tropas de la burocracia del Kremlin, la ocupación de Alemania por los ejércitos imperialistas, por una parte, y de la burocracia del Kremlin por la otra, han sido, conjuntamente a la política de reconstrucción de los estados burgueses, de puesta en marcha de la economía capitalista, practicada por los PC de los países de Europa del oeste, indispensables para el mantenimiento del régimen capitalista en Europa del oeste y, finalmente, en el mundo, para la reestructuración del sistema imperialista a partir y bajo el impulso del imperialismo estadounidense. Por lo mismo, fue la descomposición del tejido del sistema imperialista, el hundimiento de los imperialismos inglés, francés y holandés, ante Japón, el hundimiento del imperialismo japonés frente a los USA, lo que dislocó las estructuras imperialistas en Extremo Oriente, es el potente ascenso de las masas en China y en Vietnam lo que está en el origen de la expropiación del imperialismo, del capital, en esos países. Por el contrario, la política del PCC y del PCV ha participado del mantenimiento del sistema imperialista en el mundo y le ha permitido, incluso, volver a poner pie, por ejemplo, en Vietnam al final de la guerra. Las masas han tenido que pagar un precio escalofriante por esta política: la guerra de Corea, las dos guerras imperialistas contra los países de Indochina, por citar sólo los hechos más aparentes.

Aún es necesario recordar aquí que el imperialismo estadounidense no ha podido transformar la guerra de Corea en guerra abierta contra China, con la utilización de armas atómicas a causa de las relaciones mundiales entre las clases, USA incluida, que el imperialismo francés, sostenido por el imperialismo estadounidense, no ha podido movilizar y utilizar todos los medios que le habrían sido necesarios durante la primera guerra de Indochina, a causa de la relación entre las clases en Francia, Europa y en el mundo; que el imperialismo estadounidense ha sido incapaz de aplastar a Vietnam también a causa de las relaciones mundiales entre las clases después de 1968, y especialmente a causa de la oposición de las masas estadounidenses a la guerra. De forma más general, si el imperialismo estadounidense ha sido incapaz de enfrentarse a la URSS, China y los países en los que el capital ha sido expropiado, lo ha sido a causa de

las relaciones entre las clases en el sistema capitalista y especialmente en los países capitalistas avanzados, entre los cuales, evidentemente, los USA. Teniendo en cuenta estos datos, estas relaciones, lo que Trotsky escribía en 1939 se nos aparece como muy esencial:

“En orden a tener la posibilidad de ocupar Polonia a través de una alianza militar con Hitler, el Kremlin durante mucho tiempo estafó y sigue estafando a las masas en la URSS y en el mundo entero, y con ello ha desorganizado por completo las filas de su propia Internacional Comunista. El criterio político prioritario para nosotros no es la transformación de las relaciones de propiedad en ésta o aquella área, por muy importantes que sean por sí mismas, sino el cambio en la conciencia y organización del proletariado mundial, la elevación de su capacidad de defensa de las conquistas ganadas y de consecución de otras nuevas. Desde este único y decisivo punto de vista, la política de Moscú, tomada en su conjunto, conserva completamente su carácter reaccionario y es el obstáculo clave en el camino a la revolución mundial.”¹²

Es necesario constatar que la política de la burocracia del Kremlin, de las burocracias satélites, de los PC yugoslavo, chino, vietnamita, la de Fidel Castro (o más exactamente la del PC cubano), han sido indispensables para el mantenimiento del sistema imperialista, del orden burgués, a escala internacional.

El producto de contradicciones no resueltas

Por el contrario, es necesario recordar que, tras señalar la posibilidad teórica que partidos pequeño burgueses, incluyendo a los estalinistas, sean obligados a ir más lejos de lo que desearían en la vía de ruptura con la burguesía, hasta constituir “gobiernos obreros y campesinos”, el *Programa de Transición* estimaba:

“De algo no hay que dudar: incluso aunque esta improbableísima variante pudiera materializarse en algún lugar y momento, aunque se creara un “gobierno obrero y campesino” en el sentido que acabamos de defender, no sería más que un episodio en la ruta hacia la verdadera dictadura del proletariado.”

En Yugoslavia, China, Indochina, Cuba, este tipo de “gobierno obrero y campesino” no ha sido “un corto episodio en la vía de la verdadera dictadura del proletariado”. En ninguno de esos países ni ha existido ni existe la verdadera dictadura del proletariado. Por el contrario, los PC han construido estados obreros burocráticos y, aunque a escala de la historia algunas décadas pasan rápido, no se puede hablar de un “corto episodio”.

¿Por qué es así?

Es la consecuencia de una contradicción que no ha encontrado todavía solución. La crisis del modo de producción capitalista ha alcanzado tal profundidad que en determinadas regiones del mundo todas las relaciones económicas, sociales y políticas se han descompuesto, han devenido de una inestabilidad crónica, irreversible, llevando a verdaderos hundimientos. Inversamente, la potencia social y política del proletariado mundial ha crecido considerablemente desde el final de la Segunda Guerra Mundial a consecuencia de sus conquistas anteriores y nuevas. En función de lo cual, el imperialismo no ha sido capaz de aplastar los movimientos revolucionarios que se han producido en esos países. Por el contrario, la burocracia del Kremlin y su aparato internacional han levantado nuevos y potentes obstáculos en la vía de la revolución

¹² Trotsky, (1939), “La URSS en guerra”, en *En defensa del marxismo*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1977, página 41.

proletaria en cada país y mundialmente, sin poder bloquear totalmente, les es necesario, su desarrollo.

Es necesario repetirlo: la expropiación del capital en el Este de Europa, Corea del Norte, Albania, Yugoslavia, China, Indochina y Cuba es necesario atribuirlo al proletariado mundial. El hecho que la revolución proletaria mundial todavía no ha resultado victoriosa, especialmente que el proletariado no ha tomado el poder en las metrópolis imperialistas y que el capital no ha sido expropiado en ellas, debe atribuirse a favor de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional. Más aún, si el movimiento revolucionario de las masas ha sido contenido allí mismo donde el capital ha sido expropiado, si el proletariado ha sido, en esos países, frustrado del ejercicio del poder político y de la gestión de las nuevas relaciones de producción, si estados obreros de origen, ciertamente, pero burocráticos, se han constituido desde el principio, donde una capa burocrática monopoliza el poder político, aplasta y expolia a las masas, ello es debido a la existencia de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional, a su acción, a lo que éstas han engendrado.

Las burocracias parasitarias y contrarrevolucionarias de Europa del Este están atadas directamente a la burocracia del Kremlin. Los PC, que han desviado, canalizado y encorsetado la revolución proletaria en sus países, que han constituido estados obreros burocráticos cuando han ido más lejos de lo que deseaban en la vía de ruptura con la burguesía, incluso si, adentrándose en esta vía o a consecuencia de la toma del poder, han roto sus lazos directos de subordinación con el Kremlin, no han dejado de ser, por ello, engranajes de su aparato internacional que los ha modelado. Las violentas contradicciones que oponen a las burocracias parasitarias entre ellas, que levanta a tal o tal otra contra la del Kremlin, no impiden que todas procedan de la existencia de esta última, que todas hayan sido inducidas por ella en cierta forma. Históricamente proceden y dependen de ella. Dependen de las relaciones nacionales y mundiales entre las clases donde la burocracia del Kremlin y su aparato internacional tienen una función que sólo ellos pueden cumplir.

El hecho que la crisis de la dirección revolucionaria todavía no ha sido resuelta, ni a escala internacional ni a la de ningún país, debe ser incluido como elemento determinante de esas contradicciones. La crisis del sistema imperialista, la oleada revolucionaria del fin de la Segunda Guerra Mundial, no han permitido resolverla. Todo lo contrario, en un primer tiempo las masas se giraron hacia los partidos y organizaciones tradicionales y especialmente estalinistas, dotándolas de un carácter revolucionario que no tienen, y las arrastraron a veces justamente mucho más lejos de lo que deseaban en la vía de la ruptura con la burguesía. Además del movimiento clásico que hace que en un primer estadio de la revolución proletaria las masas se dirijan hacia las organizaciones tradicionales con la ilusión que éstas responderán a sus aspiraciones, la victoria de la URSS sobre el imperialismo alemán, el prestigio usurpado que la burocracia del Kremlin y los PC han extraído, han reforzado políticamente a la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional. Aunque al mismo tiempo ese movimiento contenía en sí a su contrario, es decir a la crisis política de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional, su cuestionamiento y, finalmente, su destrucción. Ulteriormente, la crisis que ha dislocado a la IV Internacional debía hacer más difícil aún diferir la solución de la crisis de la dirección revolucionaria. La crisis del imperialismo, los movimientos revolucionarios, no han dejado de desarrollarse reclamando respuestas.

En razón del conjunto de esas relaciones, de sus relaciones, la posibilidad teórica que el *Programa de Transición* evoca se ha desarrollado más profundamente (hasta la constitución de estados obreros burocráticos y no solamente de gobiernos obreros y

campesinos), y más durablemente de lo previsto. Sin embargo, su contenido, lo que implica, es más válido que nunca: la crisis conjunta del imperialismo y la burocracia del Kremlin y de las burocracias parasitarias y contrarrevolucionarias es la manifestación viviente.

Revolución política: se trenza la crisis conjunta

Muy rápidamente, la antinomia entre la revolución proletaria y la existencia de la burocracia del Kremlin y de todas las burocracias parasitarias se ha manifestado brutalmente a la luz del día.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, la burocracia del Kremlin y su aparato internacional alcanzaron su potencia política máxima. Fueron capaces de proteger de la revolución proletaria al sistema imperialista en su conjunto. Fueron los agentes políticos indispensables de la reconstrucción de los estados burgueses dislocados de Europa del Oeste, de la economía capitalista, de la puesta en pie de esos imperialismos conjuntamente con el imperialismo estadounidense, la potencia y recursos del cual ha permitido estructurar el sistema imperialista y financiar la reconstrucción de la economía capitalista. Pero les fue ya imposible impedir que la guerra revolucionaria en Yugoslavia no desembocase en la constitución de un estado obrero burocrático, pero que escapa al control y subordinación estrecha y directa del Kremlin. No pudieron impedir que en China la guerra civil llevase a la expropiación del capital imperialista y, finalmente, del capital chino, a la constitución de un estado obrero burocrático pero que escapa al control y sumisión frente a la burocracia del Kremlin.

Desde 1948, la brutal ruptura entre la burocracia del Kremlin y la burocracia yugoslava demostraba que, fundamentalmente, la extensión de las relaciones de producción de transición del capitalismo al socialismo, esas relaciones, estuviesen controladas y explotadas por otra burocracia igualmente parasitaria, la constitución de estados obreros, fuesen burocráticos, era en última instancia antagónica a la existencia de la burocracia del Kremlin. Las purgas terriblemente sangrientas que a partir de 1949 realizó la burocracia del Kremlin en los PC del Este de Europa, que afectaron a sus agentes (que ella misma había puesto en el poder), también expresaron violentas crisis que tenían las mismas profundas causas.

Movimientos de mayor calado se produjeron muy pronto: en Alemania del Este en junio de 1953, el proletariado se sublevaba contra la burocracia del Kremlin y sus agentes del este de Alemania. El proletariado del Este de Alemania escribía el prólogo de la revolución política necesaria para derrocar a la burocracia del Kremlin y a todas las burocracias parasitarias, para instaurar o restaurar (URSS) la dictadura del proletariado, construir o reconstruir un estado obrero sano basado en los soviets, consejos obreros, y gestionar en beneficio de las masas las relaciones de producción de la sociedad de transición entre el capitalismo y el socialismo, desembarazándolas de sus deformaciones. Después fue el movimiento revolucionario de octubre de 1956, en Polonia, la revolución húngara de los consejos de noviembre de 1956 (que anegaron en sangre los tanques de la burocracia del Kremlin, igual que habían anegado en sangre al movimiento revolucionario del proletariado del Este de Alemania). La revolución política que surgía devenía una viviente realidad cuando la posibilidad teórica que el *Programa de Transición* evoca continuaba concretándose en Indochina, cuando unos años más tarde iba a concretarse en Cuba. La actitud política de la burocracia china reprochándole a la del Kremlin no haber dado más rápidamente prueba de firmeza contra la revolución húngara de los consejos; la de la burocracia yugoslava, más moderada pero que sin embargo dejaba al Kremlin aplastar tranquilamente a la

revolución húngara de los consejos, son mucho más significativas teniendo en cuenta que, algunos años más tarde, Moscú y Pequín debían romper y enfrentarse abiertamente: el lazo interno de dependencia de una respecto a la otra, y particularmente en relación con la del Kremlin, se manifestaba ahí. Contra el proletariado y las masas, están ligadas las unas a las otras, dependen vitalmente unas de otras.

La burocracia china iba a verificar muy rápidamente, directamente, que la revolución política estaba también al orden del día en China. A fin de intentar deshacer las contradicciones que la asaltaban permanentemente, en 1956-1957 inauguraba un curso de liberalismo controlado. Muy rápidamente este curso llegó a su fin: desde las profundidades del PCCh y del país surgían reivindicaciones y teorías políticas anunciadoras de la revolución política.

Desde entonces no ha dejado de afirmarse la actualidad de la revolución política. En China, durante los años sesenta, la “Revolución Cultural”, que impulsó un ala de la burocracia para resistir frente al ala derechista y restauracionista que traducía la presión de la burocracia del Kremlin y del imperialismo, tuvo que ser cerrada brutalmente pues detrás de ella comenzaba a perfilarse la revolución política, teorías, reivindicaciones, movimientos que, como la “Comuna de Shanghai”, amenazaban a la burocracia china en su conjunto. En 1968 en Checoslovaquia y Polonia, en diversas ocasiones, la actualidad de la revolución política se tradujo en potentes y violentos movimientos de masas contra la burocracia “nacional” y la del Kremlin.

La emergencia de la revolución política expresaba una modificación de una inconmensurable importancia en las relaciones mundiales: se producía un salto cualitativo en las relaciones antagónicas entre las masas, la burocracia del Kremlin y las otras burocracias parasitarias. Las contradicciones que desde siempre han acosado a la burocracia del Kremlin, y que hacen que su historia sea la de una serie de crisis y convulsiones, siempre han sido inseparables de las relaciones económicas, sociales y políticas, de las relaciones mundiales entre las clases. Siempre han sido una componente. Sin embargo, desde que la revolución política ha dejado de ser un artículo del *Programa de Transición* y ha devenido una viviente realidad, la crisis del imperialismo, que nutre a la revolución proletaria, y la crisis de la burocracia del Kremlin y de las otras burocracias parasitarias se compenetran indisociablemente, deviniendo conjuntas en el sentido más estrecho y directo: la revolución social y la revolución política se convierten, directamente, en la práctica, ligadas una a la otra, en dos expresiones de la revolución proletaria mundial.

El año 1968, al abrir un nuevo período de la revolución proletaria mundial, dio todo su contenido a esta caracterización: crisis conjunta del imperialismo y de la burocracia del Kremlin y de las otras burocracias parasitarias. Mucho más remarcables han sido las tomas de posición de Castro, sosteniendo a De Gaulle y a su régimen contra la huelga general en Francia, y la intervención de la burocracia del Kremlin contra el proletariado y los pueblos checoslovacos. Estos posicionamientos ilustran la dependencia del régimen político cubano actual ante la burocracia del Kremlin, pero también en el mantenimiento del orden imperialista. Castro, por otra parte, muy normalmente, sostiene al general Alvarado y a su régimen en Perú. La “Unidad Popular” en Chile, etc., tantos otros obstáculos levantados contra el desarrollo de la revolución proletaria que amenaza.

Desde este punto de vista, hay que volver a esta famosa posibilidad teórica que formulaba el *Programa de Transición* y sobre esta parte de la cita generalmente ignorada de forma espléndida: “... partidos pequeñoburgueses, estalinistas incluidos, puedan ser empujados más allá de lo que desearían por la vía de la ruptura con la burguesía”. Analizando atentamente esta frase se puede constatar que no se trata de una

ruptura total de esos partidos pequeño burgueses o estalinistas con la burguesía. Ello significaría que serían capaces de ir hasta el final en la revolución proletaria, al menos hasta su victoria a escala mundial. Pero, precisamente, el mantenimiento de esos regimenes políticos, de esas burocracias parasitarias, depende de un equilibrio inestable a escala nacional e internacional, que la victoria de la revolución proletaria en algunos países rompería ineluctable y definitivamente.

En última instancia, la burocracia del Kremlin nació del retraso de la revolución proletaria en los países capitalistas avanzados, antes de ser, a su vez, con su aparato internacional, la más eficaz defensora del orden burgués a escala internacional, y principalmente en esos países. La posibilidad de tales deformaciones de la revolución, los límites que le han sido impuestos, la constitución de estados obreros burocráticos, de burocracias parasitarias, provienen también del mantenimiento del orden burgués a escala internacional, por tanto principalmente en las metrópolis imperialistas. La existencia de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional, de burocracias parasitarias, depende del mantenimiento del orden burgués a escala internacional. No pueden romper el cordón umbilical que las une a este orden sin negarse a sí mismas.

Estas burocracias son vástagos, excrecencias de naturaleza burguesa en el interior de los estados obreros que deforman, mutilan y desnaturalizan hasta cierto punto. Son reliquias y resurgencias burguesas mantenidas y que se desarrollan a causa de los límites nacionales e internacionales que hasta el presente le han sido impuestos a la revolución proletaria. Manifiestan la presión de la burguesía mundial. Son el más importante obstáculo que existe en el interior de esos países al pleno desarrollo de las conquistas revolucionarias, de las posibilidades abiertas por la expropiación del capital, a la conjunción entre los proletarios de esos países y los proletarios de los otros países del mundo, en el proceso de la revolución proletaria mundial. Su política llamada de “coexistencia pacífica” no es otra cosa más que la política de cooperación contrarrevolucionaria con el imperialismo, la nueva Santa Alianza contrarrevolucionaria, cuyo pivote es Washington y cuyas alas son Moscú y Pequín, pero en la que cooperan de diversas formas Castro y las burocracias de Vietnam, Camboya, Laos, Yugoslavia, Corea, Albania, sin omitir a las burocracias satélites de la del Kremlin.

Las burocracias parasitarias incompatibles con las nuevas relaciones de producción

El antagonismo que opone a esas burocracias, a sus regimenes políticos, con los proletariados de esos países, con el desarrollo de las fuerzas productivas que permite la expropiación del capital, se mide de forma particular hoy en día.

En todos esos países, la gestión de las nuevas relaciones de producción por las burocracias parasitarias provoca una aguda crisis, sea en la URSS, en Europa del Este, China, Yugoslavia, Cuba, sin hablar de los países de Indochina y Albania. No se trata sólo del extraordinario pillaje de las riquezas producidas ejercido por las burocracias omnipresentes: la gestión burocrática implica enormes despilfarros, fantásticas distorsiones. La planificación racional del desarrollo de las fuerzas productivas sobre la base de las relaciones de producción transitorias entre el capitalismo y el socialismo exige la participación activa y consciente de los productores en la determinación y aplicación del plan. Exige la cooperación en un plano de igualdad y de confianza de los diferentes países en los que el capital ha sido expropiado. En lugar de lo cual, la existencia de las burocracias parasitarias sobrecarga a la economía de esos países con enormes fardos, como por ejemplo la necesidad de participar en la carrera de

armamentos que impone el imperialismo. Implica la opresión y desigualdad sociales y políticas, la opresión, la desigualdad, el pillaje nacional.

Pero aún, hasta lleva a conflictos armados entre burocracias para controlar posiciones económicas, militares, políticas que necesita cada una de ellas para intentar defenderse de sus propias contradicciones, pesar en sus relaciones con las otras burocracias, hacer de estas posiciones medios de negociación con el imperialismo; de ahí la invasión de Camboya y la subordinación de Laos por la burocracia vietnamita y la expedición militar de la burocracia china en Vietnam del Norte. Por supuesto que el desarrollo de las fuerzas productivas en esos países hace cada vez más intolerable su aislamiento de la división internacional del trabajo. Pero la ligazón necesaria entre la economía de esos países y las de los otros países no puede ser verdadera y plenamente positiva más que en tanto en los países capitalistas, desarrollados, el capital no sea expropiado y que las relaciones que se establezcan entre todos los países sean relaciones de cooperación y no relaciones de competencia como son las del mercado mundial dominado por las grandes potencias imperialistas.

Los resultados se inscriben actualmente de forma dolorosa en la economía de los países de Europa del Este. Se asiste en ellos a extraordinarias alzas de los precios. Las burocracias parasitarias intentan ser competitivas en el mercado mundial en determinadas ramas de la economía y, por tanto, eliminar numerosas ramas no competitivas. Su objetivo afirmado abiertamente (por ejemplo en Hungría) es practicar en el mercado húngaro la verdad de los precios, alinearlos con los precios mundiales mediante el juego de las leyes que se manifiestan en él espontáneamente.

Se trata de atentar gravemente contra la planificación, contra las relaciones de producción, contra la clase obrera y las masas trabajadoras. Ello viene a añadirse al enorme endeudamiento de los países de Europa del Este y de la URSS ante las grandes potencias imperialistas.

La orientación de las burocracias parasitarias en el impasse está claramente revelada por la ley de inversiones extranjeras que la burocracia china acaba de promulgar. Si la ley se aplica, los capitalistas extranjeros estarán autorizados a invertir libremente en China, a repatriar a su agrado los beneficios y el capital. Esto sería evidentemente una profunda brecha abierta en la planificación; la puerta abierta a la penetración masiva del capital imperialista en China; un golpe extremadamente severo descargado sobre las conquistas de la revolución china, su cuestionamiento; una batalla abierta contra el proletariado y las masas trabajadoras chinas que la burocracia china descargará directamente a cuenta del imperialismo.

Ciertamente, hoy en día la burocracia china es la que va más lejos en esa dirección. Pero la dirección que toma sólo concreta la tendencia más o menos afirmada de todas las burocracias parasitarias y contrarrevolucionarias. Así, hace dos años, la burocracia vietnamita promulgó también una ley de inversiones extranjeras, menos ventajosa para los posibles inversores imperialistas que la ley china pero encaminada en el mismo sentido. De hecho, las reformas económicas que las burocracias parasitarias han puesto en marcha durante estos últimos veinte años implicaban todas ellas la vuelta a las leyes que se expresan en el mercado, la integración en la división internacional del trabajo y en la competencia internacional, la rentabilización de las empresas, el llamamiento a los capitales extranjeros.

Cada una de las veces, las burocracias se han visto obligadas a retroceder. Frente a la oposición de los proletarios y masas trabajadoras no han podido aplicar plenamente sus reformas económicas. La vida de millones de proletarios depende, en efecto, en esos países de las relaciones de producción existentes. Cuestionarlas más o menos es cuestionar la existencia de esos trabajadores. Pero las burocracias parasitarias no

renuncian: en cada nueva ocasión se relanzan sus proyectos de reforma económica. El antagonismo irreductible entre los proletariados y las burocracias parasitarias se manifiesta con fuerza, como se expresa por la lucha por las libertades democráticas, en las tentativas de constituir sindicatos independientes del estado y del partido.

Esta oposición puede resumirse así: las burocracias parasitarias son, finalmente, los furrieles de la reacción burguesa mientras que la clase obrera y las masas trabajadoras se orientan espontáneamente hacia la revolución política contra las burocracias parasitarias. Las burocracias parasitarias se mantienen cada vez más difícilmente sobre sus antiguas posiciones que suponen cierto equilibrio en las relaciones nacionales e internacionales entre las clases.

Cuanto más se refuerza el proletariado de los países en los que el capital ha sido expropiado más se afirma la quiebra de la gestión burocrática de las nuevas relaciones de producción, de la economía planificada, más se refuerza la necesidad de una integración de la economía de esos países en una nueva división del trabajo, más se acentúan los rasgos del nuevo período de la revolución proletaria, más se profundiza la crisis propia del sistema imperialista, más se aproximan los desenlaces revolucionarios en los países capitalistas avanzados especialmente pero no sólo, más las burocracias parasitarias son rechazadas por parte del imperialismo y la burguesía. Es cierto que capas sociales heterogéneas están, por lo mismo, cada vez más profundamente desgarradas y amenazadas de dislocación.

En cuanto a los proletariados de los países en los que el capital ha sido expropiado, su tendencia es, por el contrario, retomar la revolución proletaria allí donde los PC, al constituir estado obreros burocráticos, lograron detenerla o hacerla retroceder. Es decir, marchar hacia la realización de la dictadura del proletariado. En la URSS, el restablecimiento de la dictadura del proletariado, sobre una base infinitamente más amplia y fuerte, está igualmente al orden del día.

En ese sentido, el contenido de la posibilidad teórica que evoca el programa de fundación de la IV Internacional está plenamente verificado: por más lejos, bajo la influencia de circunstancias excepcionales (guerras, derrotas, crac financieros, ofensivas revolucionarias de las masas, etc.), que hayan sido obligados a ir los partidos pequeño burgueses, incluyendo a los estalinistas, no pueden cortar el cordón umbilical que los liga a la sociedad burguesa, a la burguesía mundial. La burocracia del Kremlin es una excrescencia social de naturaleza burguesa que se desarrolla en el organismo del estado obrero degenerado. Las burocracias de los otros países en los que el capital ha sido expropiado son también excrescencias sociales de naturaleza burguesa. Lenin explica que el estado obrero es un estado burgués sin burguesía. Los estados obreros degenerados o burocratizados desde su origen son estados obreros en los que el carácter burgués se ha hipertrofiado y tiende a hipertrofiarse cada vez más. Nutren y están dirigidos por una capa social que es la expresión del mantenimiento de toda una serie de relaciones burguesas en los países en cuestión, y del mantenimiento del orden burgués a escala mundial.

A lo que es necesario añadir que los partidos estalinistas, mientras no están en el poder, son ciertamente instrumentos de la burocracia del Kremlin pero siguen siendo partidos obrero-burgueses.

Cuando circunstancias excepcionales les han llevado a ir más lejos de lo que desearían haber ido en la vía de la ruptura con la burguesía, cuando han sido los núcleos de la constitución de estados obreros burocráticos, los núcleos constituyentes de burocracias parasitarias y privilegiadas, han cesado de ser partidos obrero-burgueses para devenir la organización política, los partidos, de las burocracias en el poder, lo que

afirma aún más su carácter contrarrevolucionario y les opone directamente a los proletariados y las masas de sus países.

Al fin de cuentas, y aunque los plazos sean más largos de lo previsto, la alternativa es pues: o la revolución retrocede hasta la victoria de la contrarrevolución burguesa, o la revolución proletaria se desarrolla de nuevo, bajo la forma de revolución política e instaura o restaura la verdadera dictadura del proletariado, el proletariado construye o reconstruye un estado obrero sano, ello contra los partidos pequeño burgueses, incluyendo a los estalinistas, los destruye y arroja sus desechos. Esta eventualidad es más probable en el período actual, teniendo en cuenta las enseñanzas del pasado.

La línea de la lucha por la dictadura del proletariado

En efecto, en 1968, con la huelga general francesa y el movimiento revolucionario en Checoslovaquia, se abrió un nuevo período de la revolución proletaria. Se caracteriza por la inminencia y conjunción de la revolución social y la revolución política, especialmente en Europa. En 1973 y 1977 un giro ya afirmó estos rasgos. Formando parte de este período se prepara un nuevo giro y, desde determinados puntos de vista, comienza a desarrollarse, afirmando y destacando aún más esos rasgos: la unidad de la revolución social y de la revolución política se va a ver reforzada; el papel contrarrevolucionario de la burocracia del Kremlin y de su aparato internacional, de las burocracias parasitarias, resaltarán con más cinismo y brutalidad aún, que no es decir poco. La crisis conjunta del imperialismo y de las burocracias parasitarias se va a manifestar por una agudización de las crisis de dominación de clase de diferentes burguesías, y la acentuación de las crisis políticas de las burocracias parasitarias. Nuevos sectores del sistema imperialista se ven amenazados con hundirse. El mercado mundial, la división internacional del trabajo, están al límite de la dislocación. Lo que queda del orden mundial edificado en Yalta y Potsdam se va a ver cuestionado. La cuestión del gobierno, del poder, se plantea de ahora en adelante ya en numerosos países. Se va a plantear con más fuerza aún a causa de la descomposición de la sociedad burguesa y de los desgarros de las burocracias parasitarias. ¿Cómo se desarrollarán concretamente estos acontecimientos? Como dice el *Programa de Transición*, las líneas generales están claras, es inútil perderse en conjeturas. Es totalmente imprevisible. Una cosa es cierta sin embargo: tendrán una apariencia caótica.

Las circunstancias excepcionales se multiplicarán (cracs financieros, ruina económica, crisis de dislocación de los aparatos de estado, ofensivas revolucionarias de las masas, etc.). Al mismo tiempo, sería una temible ilusión creer que, en las países capitalistas, los partidos tradicionales, socialdemócratas y estalinistas, desaparecerán para dejar lugar a partidos revolucionarios basados en el programa de la IV Internacional, y que se resolverá al mismo tiempo la cuestión de la dirección revolucionaria nacional e internacionalmente.

La construcción de esos partidos dependerá en primer lugar de lo que los militantes y las organizaciones que combaten bajo el programa de la IV Internacional son capaces de construir desde ahora. Sin embargo, de todas formas, el cumplimiento de esta tarea será verosímilmente largo y difícil. Las relaciones en el interior del movimiento obrero, de la clase obrera, no son ya, y eso de lejos, lo que eran antes de la guerra y a su fin, cuando la socialdemocracia y el estalinismo ejercían un verdadero monopolio, si no una verdadera dictadura, cuando, según la expresión muy conocida, “los trotskistas eran exiliados en su propia clase”. La historia ha hecho su trabajo. La experiencia colectiva de las masas ha progresado considerablemente.

El agarrotamiento, en particular del aparato estalinista que sostiene con todas sus fuerzas en Francia, España, Italia, Portugal, por toda Europa, América Latina, África y Asia, a los regímenes tambaleantes, que asume las exigencias del capitalismo en crisis, como los partidos socialdemócratas lo hacen por su parte, esas circunstancias hacen surgir grandes posibilidades de construir organizaciones, incluso partidos revolucionarios importantes, antes que se abran crisis revolucionarias, que se desaten revoluciones proletarias. Sin embargo, no serán todavía partidos revolucionarios que tengan la confianza de amplias masas y las dirijan. Una vez más, adentrándose por su propio movimiento en la vía de la revolución, forzando las barreras edificadas contra ellas por los dirigentes de los partidos estalinistas y socialdemócratas, las masas se girarán con confianza más o menos grande hacia sus partidos tradicionales, esperando que éstos respondan a sus aspiraciones revolucionarias. La orientación que fija el *Programa de Transición* mantiene todo su valor:

“La tarea central de la IV Internacional consiste en librar al proletariado de su vieja dirección, cuyo conservadurismo está en completa contradicción con las catastróficas erupciones de un capitalismo en descomposición y constituye el obstáculo fundamental para el progreso histórico. La acusación principal de la IV Internacional a las organizaciones tradicionales del proletariado es que no desean separarse de ese semicadáver político que es la burguesía.

En estas circunstancias, la reiteración de la exigencia dirigida a la antigua dirección (“Romped con la burguesía; tomad el poder”) es una arma decisiva para denunciar el carácter traidor de los partidos y organizaciones de la II, la III y la Internacional de Ámsterdam. [...]

Es imposible adivinar de antemano cuáles van a ser las fases de la movilización revolucionaria de las masas. Las secciones de la IV Internacional deben adoptar una actitud crítica ante cada nueva fase y defender aquellas consignas que se adapten a los deseos obreros de una política independiente, profundicen el carácter de clase de esa política, destruyan las ilusiones pacifistas y reformistas, fortalezcan las relaciones de la vanguardia con las masas y preparen la toma revolucionaria del poder.”¹³

La crisis de las burocracias parasitarias, la del Kremlin y de su aparato internacional, el estallido de revoluciones políticas contra las burocracias parasitarias, modificarán considerablemente el dispositivo de las fuerzas y partidos políticos. Pero, por el momento, sólo son movimientos en perspectiva. El dispositivo de las fuerzas y partidos políticos es todavía tal que los partidos socialdemócratas y los partidos estalinistas, en los países capitalistas avanzados y a menudo junto a organizaciones pequeño burguesas nacionalistas en los países semicoloniales, son aún los partidos dirigentes del proletariado y de las masas explotadas.

Las masas se dirigen hacia ellos, esperando que realicen sus aspiraciones. En nombre de las masas debemos formular la reivindicación: romped con la burguesía, tomad el poder. Pero, además, cuando incluso la crisis de las burocracias parasitarias, de la burocracia estalinista y de su aparato internacional, alcance el punto de ruptura, la cuestión de la dirección revolucionaria no será resulta automáticamente sin embargo. Ningún proceso mecánico lleva a la construcción de partidos de la IV Internacional, de la Internacional.

Mientras que los partidos de la IV Internacional no hayan conquistado la dirección de las masas, el problema que el *Programa de Transición* plantea, sigue en pie. Bajo una u otra forma, las organizaciones tradicionales enraizadas en la clase

¹³ Trotsky, (1938), *Programa de Transición*, Akal Editor, Madrid, 1977, páginas 38 y 40.

obrera, en la historia del movimiento obrero, seguirán estando presentes y ejercerán su papel. El estallido de los partidos estalinistas no resolverá en sí la cuestión. Liberará, sin duda alguna, tendencias múltiples, de las cuales algunas se unirán a la socialdemocracia clásica, mientras que otras buscarán la vía de la construcción del partido revolucionario sin poder encontrarlo espontáneamente. En el caso en que las organizaciones que se sitúan bajo el programa de la IV Internacional no sean capaces de construirse e influenciar a esas tendencias, ineluctablemente éstas cristalizarán en organizaciones centristas, nuevos obstáculos en la vía que conduce a la realización de la verdadera dictadura del proletariado. Por otra parte, incluso en los países en los que existe una burocracia parasitaria, en los que la revolución política desarrollándose no puede, como fue el caso de Hungría en 1956, de Checoslovaquia en el XIV Congreso del Partido Comunista checoslovaco, más que romper, hacer estallar, al partido de la burocracia, nada está resuelto todavía. Ineluctablemente, antiguos y nuevos partidos y organizaciones surgirán, que serán lo que serán, pero no automáticamente los partidos que restaurarán o instaurarán la dictadura del proletariado. La línea de la lucha por el poder, adaptada naturalmente a las condiciones concretas de esos países, deberá encontrar ahí también su aplicación. En esos países, también la construcción del partido de la IV Internacional es inseparable de una estrategia y

“...consignas que se adapten a los deseos obreros de una política independiente, profundicen el carácter de clase de esa política, destruyan la ilusiones pacifistas y reformistas, fortalezcan las relaciones de la vanguardia con las masas y preparen la toma revolucionaria del poder”

El gobierno obrero y campesino

La cuestión no es nueva. La revolución rusa, la toma del poder por el Partido Bolchevique, el inmenso prestigio del Partido Bolchevique sobre el proletariado mundial y las masas oprimidas, han impulsado la construcción de la III Internacional. Sin embargo, ello no fue suficiente para que sus partidos obtuviesen automáticamente la dirección del proletariado en su país y lo dirigiesen en la vía de la realización de la dictadura del proletariado.

La III Internacional debió plantearse la cuestión: ¿cómo lograrlo? Una resolución del IV Congreso de la Internacional Comunista daba la siguiente respuesta:

“El gobierno obrero (eventualmente el gobierno campesino) deberá ser empleado en todas partes como una *consigna de propaganda general*. Pero como consigna de política actual, el gobierno obrero adquiere una mayor importancia en los países donde la situación de la sociedad burguesa es particularmente insegura, donde la relación de fuerzas entre los partidos obreros y la burguesía coloca a la solución del problema del gobierno obrero a la orden del día como una necesidad política.

En esos países la consigna del “gobierno obrero” es una consecuencia inevitable de toda la táctica del Frente Único.

Los partidos de la II Internacional tratan de “salvar” la situación en esos países predicando y llevando a la práctica la coalición de los burgueses y de los socialdemócratas. Los más recientes intentos realizados por algunos partidos de la II Internacional (por ejemplo en Alemania) negándose a participar abiertamente en un gobierno de coalición de ese tipo para a la vez hacerlo solapadamente, no son sino una maniobra tendiente a calmar a las masas que protestan contra esas coaliciones y un engaño sutil de que se hace víctima a la masa obrera. A la coalición abierta o solapada de la burguesía y la

socialdemocracia, los comunistas oponen el Frente Único de todos los obreros y la coalición política y económica de todos los partidos obreros contra el poder burgués para la derrota definitiva de este último. En la lucha común de los obreros contra la burguesía, todo el aparato de estado deberá pasar a manos del gobierno obrero y las posiciones de la clase obrera serán de ese modo fortalecidas.

El programa más elemental de un gobierno obrero debe consistir en armar al proletariado, en desarmar a las organizaciones burguesas contrarrevolucionarias, en instaurar el control de la producción, en hacer recaer sobre los ricos el mayor peso de los impuestos y en destruir la resistencia de la burguesía contrarrevolucionaria.

Un gobierno de este tipo sólo es posible si surge de la lucha de masas, si se apoya en organismos obreros aptos para el combate y creados por los más vastos sectores de las masas obreras oprimidas. Un gobierno obrero surgido de una combinación parlamentaria también puede proporcionar la ocasión de revitalizar el movimiento obrero revolucionario. Pero es evidente que el surgimiento de un gobierno verdaderamente obrero y la existencia de un gobierno que realice una política revolucionaria debe conducir a la lucha más encarnizada y, eventualmente, a la guerra civil contra la burguesía. La sola tentativa del proletariado de formar un gobierno obrero se enfrentará desde un comienzo con la resistencia más violenta de la burguesía. Por lo tanto, la consigna del gobierno obrero es susceptible de concentrar y desencadenar luchas revolucionarias.

Bajo determinadas circunstancias, los comunistas deben declararse dispuestos a formar un gobierno con partidos y organizaciones obreras no comunistas. Pero sólo pueden hacerlo si cuentan con las suficientes garantías de que esos gobiernos obreros llevarán a cabo realmente la lucha contra la burguesía en el sentido indicado hace un momento. En ese caso, las condiciones naturales de la participación de los comunistas en semejante gobierno serían las siguientes:

1° La participación en el gobierno obrero sólo podrá concretarse previa aprobación de la Internacional Comunista.

2° Los miembros comunistas del gobierno obrero seguirán sometidos al control más estricto de su partido.

3° Los miembros comunistas del gobierno obrero seguirán manteniendo un estrecho contacto con las organizaciones revolucionarias de masas.

4° El Partido Comunista conservará absolutamente su fisonomía y la total independencia en su labor de agitación.

Pese a sus grandes ventajas, la consigna del gobierno obrero también tiene sus peligros, así como toda la táctica del Frente Único. Para prevenir esos peligros, los partidos comunistas siempre deben tener en cuenta que si bien todo gobierno burgués es al mismo tiempo un gobierno capitalista, no es cierto que todo gobierno obrero sea un gobierno verdaderamente proletario, es decir un instrumento revolucionario del poder del proletariado.

La Internacional Comunista debe considerar las siguientes eventualidades: 1° Un gobierno obrero liberal. Ya existe un gobierno de ese tipo en Australia, y también es posible, en un plazo bastante breve en Inglaterra.

2° Un gobierno obrero socialdemócrata (Alemania)

3° Un gobierno de obreros y campesinos. Esta eventualidad puede darse en los Balcanes, en Checoslovaquia, etc....

4° Un gobierno obrero con la participación de los comunistas

5° Un verdadero gobierno obrero proletariado que, en su forma más pura, sólo puede ser encarnado por un partido comunista.

Los dos primeros tipos de gobierno obrero no son gobiernos obreros revolucionarios sino gobiernos camuflados de coalición entre la burguesía y los líderes obreros contrarrevolucionarios. Esos “gobiernos obreros” son tolerados en los períodos críticos de debilitamiento de la burguesía para engañar al proletariado sobre el verdadero carácter de clase del estado o para postergar el ataque revolucionario del proletariado y ganar tiempo, con la ayuda de los líderes obreros corrompidos. Los comunistas no deberán participar en semejantes gobiernos. Por el contrario, desenmascararán despiadadamente ante las masas el verdadero carácter de esos falsos “gobiernos obreros”. En el período de declinación del capitalismo, cuando la tarea principal consiste en ganar para la revolución a la mayoría del proletariado, esos gobiernos, objetivamente, pueden contribuir a precipitar el proceso de descomposición del régimen burgués.

Los comunistas también están dispuestos a marchar con los obreros socialdemócratas, cristianos, sin partido, sindicalistas, etc., que aún no han reconocido la necesidad de la dictadura del proletariado. Los comunistas podrán en ciertas condiciones y con determinadas garantías, apoyar un gobierno obrero no comunista. Pero los comunistas deberán explicar a cualquier precio a la clase obrera que su liberación sólo podrá ser asegurada por la dictadura del proletariado.

Los otros dos tipos de gobierno obrero en los que pueden participar los comunistas tampoco son la dictadura del proletariado ni constituyen una forma de transición necesaria hacia la dictadura, pero pueden ser un punto de partida para la conquista de esa dictadura. La dictadura total del proletariado sólo puede ser realizada por un gobierno obrero compuesto de comunistas.”¹⁴

El nuevo período de la revolución proletaria hace más actuales que nunca esas respuestas políticas que formulaba el IV Congreso de la Internacional Comunista. La única cosa que se debe modificar es que no son únicamente los partidos socialdemócratas quienes sostienen con todas sus fuerzas a la sociedad burguesa en putrefacción sino también los partidos ayer comunistas hoy en día estalinistas, y que ellos también están llamados a participar o incluso eventualmente dirigir gobiernos de los dos primeros tipos. Por supuesto que, por el momento, la participación de organizaciones trotskystas en los diferentes tipos de gobiernos obreros y campesinos de los que se trata no es plausible a causa de su debilidad. Sin embargo, no hay que olvidar nunca que las organizaciones y partidos de la IV Internacional tienen como objetivo que condiciona toda su actividad adquirir una influencia decisiva sobre el proletariado y las masas explotadas y, a su cabeza, luchar para tomar el poder. Toda su actividad, sus consignas, están encaminadas en ese sentido. Renunciar u olvidar que las organizaciones trotskystas combaten por ese objetivo, que toda su actividad está condicionada por ese objetivo, es transformarlos en “grupos de presión”, desnaturalizarlos y, finalmente, liquidarlos.

Lo que está al orden del día son los dos primeros tipos de gobierno de los que habla la resolución y de los que dice:

“... son tolerados en los períodos críticos de debilitamiento de la burguesía para engañar al proletariado sobre el verdadero carácter de clase del

¹⁴ *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Edicions Internacionals Sedov, páginas 149-151; <http://grupgerminal.org/?q=node/195>.

estado o para postergar el ataque revolucionario del proletariado y ganar tiempo, con la ayuda de los líderes obreros corrompidos.”

Pero esa misma resolución añade:

“En el período de declinación del capitalismo, cuando la tarea principal consiste en ganar para la revolución a la mayoría del proletariado, esos gobiernos, objetivamente, pueden contribuir a precipitar el proceso de descomposición del régimen burgués.”

Este pasaje es de la mayor importancia: sobreentiende toda la dialéctica de las relaciones entre las clases, de las relaciones en el seno del proletariado y de las masas explotadas y de éstas con sus organizaciones y partidos. Cuanto más se profundiza la crisis de la burguesía y más se tensan las relaciones entre las clases, más defienden los partidos obrero-burgueses a la sociedad burguesa e incluso a los regímenes políticos y a los gobiernos en el poder. Pero toda la experiencia del proletariado y de las masas les dicta, justamente, en el momento en que sienten que todo se concentra en la cuestión del gobierno, del régimen político, en el que se convencen de la necesidad de derrocar al antiguo gobierno, al antiguo régimen, de llevar al poder a un nuevo gobierno para construir un nuevo régimen; es preciso unírnos; cuando el movimiento está dividido, es preciso que nuestras organizaciones se unan; en cualquier caso, es preciso que nuestras organizaciones, nuestros partidos o nuestro partido se coloquen a la cabeza y luchen por el poder, para constituir un nuevo gobierno.

Una contradicción mayor se anuda entre las aspiraciones y la voluntad de las masas y la política de los partidos obrero-burgueses. Las aspiraciones, la voluntad de las masas, deben ser definidas, expresadas. Hay que formularlas. Pero no es suficiente con formularlas. Deben devenir fuerzas materiales, es decir expresiones organizadas. El agrupamiento de una vanguardia organizada, elemento para la construcción del partido revolucionario, se liga indisolublemente con la acción política para impulsar la organización de la unidad de las masas, para que éstas se doten de los medios para superar los obstáculos que se levantan ante su unidad, ante la unidad de sus organizaciones, ante la lucha para acabar con el antiguo gobierno, con el antiguo régimen político y llevar al poder a un gobierno de sus organizaciones. De los comités obreros, de los soviets, pueden surgir aspiraciones de las masas, de su voluntad. Actuando, y para actuar, en ese sentido, las organizaciones trotskystas devienen, no la dirección de las masas sino la expresión de sus aspiraciones y voluntad. Definen las posibilidades de organización de las masas en su propio plan. Así, se dotan de los medios para su construcción.

El proletariado no romperá con un solo golpe sus lazos con sus organizaciones tradicionales, no se desembarazará con un solo golpe de la influencia de los aparatos burocráticos. Los dirigentes de las organizaciones tradicionales estarán presentes en el interior de eventuales organismos autónomos de las masas, ocuparán un lugar importante, sin duda el lugar más importante, lo que relativizará la autonomía de esos organismos. E incluso si tales organismos no se constituyen pero la acción política del proletariado derroca al antiguo gobierno y lleva al poder a un gobierno de los partidos obreros, o eventualmente del partido obrero dominante en el seno de la clase obrera, el proletariado dará un considerable salto hacia delante.

Sea como sea, la llegada al poder de un gobierno del o de los partidos obrero-burgueses es una victoria política de las masas sobre la política burguesa de los aparatos burocráticos, a pesar de todas las apariencias. El proletariado, las masas explotadas, verifican en la práctica que les es posible llevar al poder a un gobierno que ellas consideran como su gobierno, del que esperan que satisfará sus reivindicaciones y aspiraciones. Esta llegada al poder les invita a ir más lejos, a proseguir en la vía abierta.

Si los consejos, los soviets, no han surgido todavía, surgirán ineluctablemente durante los desarrollos ulteriores, el movimiento de las masas proseguirá. Por supuesto que se trata de enfrentamientos, de luchas de clases, de lucha política, donde cada uno es parte interesada y combate, entre ellas la organización que construye el partido revolucionario, y no de una ruta trazada de antemano.

Los dirigentes de los partidos obrero-burgueses, los partidos estalinistas en particular, miden perfectamente el alcance de la llegada al poder de tales gobiernos. También se oponen ferozmente al frente único obrero, a la lucha para derrocar a los gobiernos burgueses y llevar al poder a gobiernos de los partidos obreros, o del partido obrero, sin ministros representantes de las organizaciones y partidos burgueses.

En caso de crisis profunda de la burguesía, de crisis revolucionaria, están prestos a participar en el poder junto a ministros de partidos burgueses. Los estalinistas, expertos contrarrevolucionarios, ocupan un lugar particular en el seno del movimiento obrero, han puesto a punto la receta de los “frentes populares”. A la aspiración de las masas al frente único obrero le oponen la “unidad de los demócratas” o de los “antifascistas”, o de cualquier otra cosa que “justifique” la colaboración con la burguesía y determinados partidos burgueses. Cuando el movimiento profundo de las masas hace imposible el mantenimiento de la antigua forma gubernamental, incluso de la antigua forma política de dominación de clase de la burguesía, le oponen al gobierno de los partidos obreros los gobiernos de “frente popular” con la participación de ministros burgueses. Los “frentes populares” no son frentes únicos obreros ampliados o deformados sino cortafuegos para el frente único obrero y los gobiernos de los partidos obreros.

Por el momento, en la mayoría de los países en los que la crisis de la burguesía alcanza ya un punto crítico, los partidos obreros tradicionales se esfuerzan en mantener los regímenes políticos y los gobiernos en el poder. Pero recurrirán a los “frentes populares” cuando no sea ya posible contener la crisis, o recurrirán a los “frentes nacionales” en los países semicoloniales.

La batalla política por la ruptura con la burguesía, por un gobierno sólo de partidos obreros sin ministros representantes de las organizaciones y partidos burgueses, se identifica con la acción política por la movilización de las masas, por la organización como clase del proletariado, con la lucha por la revolución proletaria, precisamente porque comprende la forma en que las masas pueden avanzar concretamente. Lo esencial es comprender que este arma política, estas consignas, tienen como objetivo la movilización de las masas, desgajar, facilitar, la iniciativa de las masas, reforzar durante esta batalla política a la organización que construye el partido revolucionario, construir un partido que tenga sobre esas masas una influencia decisiva y, por tanto, preparar la lucha por un auténtico gobierno obrero y campesino, transición hacia la realización de la dictadura del proletariado.

Esta variante sigue siendo posible

¿Es posible que durante el nuevo período de la revolución, este período que verá multiplicarse las “circunstancias excepcionales”, de nuevos los partidos obrero-burgueses, incluyendo a los estalinistas, se verán obligados a ir más lejos de lo que desearían en la vía de la ruptura con la burguesía? Verosímilmente sí.

Pero temer una renovación o una prolongación de los procesos que han llevado a la constitución de estados obreros burocráticos relativamente durables sería no comprender el carácter de este período. Las masas proletarias de los países económicamente más desarrollados, particularmente de Europa, se adentrarán en el

proceso de la revolución proletaria; los proletariados (que no están potentemente reforzados) de los países en los que justamente se han constituido tales estados se sacuden para derrocar a las burocracias parasitarias. La posibilidad de la constitución de tales estados ha dependido de la existencia de la burocracia del Kremlin, de su aparato internacional, de lo que ambos han inducido, de un determinado equilibrio nacional e internacional entre las clases. Pero, precisamente, el nuevo período de la revolución mundial es el de la crisis conjunta del imperialismo y de la burocracia del Kremlin, período en el que va a surgir toda la potencia del proletariado, haciendo bascular el equilibrio inestable, y que a la larga no puede mantenerse. Con otras palabras: el nuevo período de la revolución mundial es el del pleno desarrollo de la revolución proletaria mundial. Por consiguiente, el período en que el programa de fundación de la IV Internacional, *La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional* va a ver su plena aplicación. La relación dialéctica entre la cuestión del poder y la construcción de los partidos de la IV Internacional, la construcción de ésta, está en el centro de ese programa:

“Es necesario ayudar a las masas a que en sus luchas cotidianas hallen el puente que une sus reivindicaciones actuales con el programa de la revolución socialista. Este puente debe componerse de un conjunto de reivindicaciones transitorias, basadas en las condiciones y en la conciencia actual de amplios sectores de la clase obrera para hacerlas desembocar en una única conclusión final: la toma del poder por el proletariado.”¹⁵

Porque

“Es la hora del proletariado, es decir, ante todo de su vanguardia revolucionaria. La crisis histórica de la Humanidad se reduce a la crisis de su dirección revolucionaria.”¹⁶

La tarea es inmensa. Será difícil y larga. Se trata de construir partidos de la IV Internacional, tanto en los países capitalistas como en los países en los que el capital ha sido expropiado, desde la URSS hasta Cuba, pero donde el proletariado ha sido expulsado del ejercicio del poder. Todavía hay que matizar: la reconstrucción de la IV Internacional no será la simple suma de la construcción de partidos nacionales, aunque exige la construcción de partidos nacionales. La reconstrucción de la IV Internacional impulsará la construcción de tales partidos. Bajo las actuales circunstancias, no hay ninguna razón para dudar que sea llevada a buen puerto. Cuando Trotsky escribe:

“...incluso aunque esta improbableísima variante pudiera materializarse en algún lugar y momento, aunque se creara un “gobierno obrero y campesino” en el sentido que acabamos de defender, no sería más que un episodio en la ruta hacia la verdadera dictadura del proletariado”¹⁷

Se sitúa en la perspectiva del pleno desarrollo, en los países económicamente desarrollados, de la revolución proletaria, agudizando todas las relaciones mundiales, lo que se concreta hoy en día. Y no se disocia de la realización de la dictadura del proletariado, de la construcción de la IV Internacional y de sus partidos. Ciertamente, la historia no está escrita por adelantado, en particular la de la revolución proletaria. Son los hombres los que, bajo determinadas condiciones, hacen su propia historia, tome ésta el camino que tome. Una cosa es cierta: el relativo equilibrio social y político artificialmente mantenido por la acción política de la burocracia del Kremlin, de su aparato internacional, de sus vástagos, por la movilización de todas las reservas del imperialismo a iniciativa del imperialismo USA, se concluye finalmente en la

¹⁵ Trotsky (1938), *El Programa de Transición*, Akal, Madrid, 1977, página 15.

¹⁶ *Ídem supra*, página 13.

¹⁷ *Ídem supra*, página 39.

putrefacción de los fundamentos del sistema imperialista, en la acumulación de contradicciones mortales en los países en los que el capital ha sido expropiado, mientras que el proletariado se ha reforzado considerablemente, social y políticamente, durante estos últimos treinta años.

De ahora en adelante se entabla el proceso por el cual el proletariado, el movimiento obrero, tiende a agruparse sobre un nuevo eje. El nuevo período de la revolución proletaria, la lucha de clases, no va, sin embargo, a desarrollarse según un esquema perfectamente ordenado. Son inevitables fantásticas convulsiones, flujos, reflujos, situaciones caóticas. La burguesía dispone todavía de importantes recursos en los países dominantes, en las metrópolis burguesas. La burguesía tiene una gran experiencia, profundas raíces sociales. Los aparatos burocráticos del movimiento obrero tienen también profundas raíces. La presión de la sociedad burguesa, de los aparatos burocráticos, sobre las organizaciones que se reclaman de la IV Internacional es enorme. Pero no hay ninguna razón para dudar, las circunstancias objetivas son eminentemente favorables para la construcción de partidos de la IV Internacional y para la reconstrucción de ésta. El conjunto de los datos permite afirmar, en este año del centenario del nacimiento de León Trotsky, la plena validez del programa de la IV Internacional, de su estrategia de lucha por la realización de la dictadura del proletariado y, por tanto, que “gobiernos obreros y campesinos” en el sentido indicado más arriba sólo serán episodios en la vía de la verdadera dictadura del proletariado.

Stéphane Just, 5 de agosto de 1979



Para contactar con nosotros:
germinal_1917@yahoo.es

Visita nuestra página web:
www.grupgerminal.org